



## CRÓNICA HISPANO-AMERICANA.

FUNDADOR, PROPIETARIO Y DIRECTOR. — D. EDUARDO ASQUERINO.

PRECIOS DE SUSCRICION: En ESPAÑA, 24 rs. trimestre, 96 adelantado.—En el EXTRANJERO, 40 francos al año, suscribiéndose directamente; si no, 60.—En ULTRAMAR, 12 pesos fuertes.

ANUNCIOS EN ESPAÑA: medio real línea.—COMUNICADOS: 20 rs. en adelante por cada línea.—REDACCION Y ADMINISTRACION: Madrid, calle de Florida Blanca, núm. 3.

Los anuncios se justifican en letra de 7 puntos y sobre cinco columnas.—Los reclamos y remitidos en letra de 8 puntos y cuatro columnas.—Para mas pormenores véase la última plana.

COLABORADORES: Señores Amador de los Rios, Alarcon, Arce, Sra. Avellaneda, Sres. Asquerino, Auñón (Marqués de), Alvarez (Miguel de los Santos), Ayala, Alonso (J. B.), Araquistain, Anchoarena, Benavides, Bueno, Borao, Bona, Breton de los Herreros, Blasco (Eusebio), Campoamor, Camus, Canalejas, Cañete, Castelar, Castro y Blanc, Cánovas del Castillo, Castro y Serrano, Conde de Pozos Dulces, Colmeiro, Correa, Cueto, Sra. Coronado, Sres. Calvo Asensio, Dacarrete, Echegaray, Eguilaz, Escosura, Estrella, Fernandez Cuesta, Ferrer del Rio, Figuerola, Figueroa (Augusto Suarez de), Forteza, Garcia Gutierrez, Gayangos, Graells, Harzenbusch, Janer, Fellu, Labra, Larra, Larrañaga, Lasala, Lorenzana, Lorente, Mata, Mañé y Flaquer, Montesino, Molins (Marqués de), Martos, Moya (F. J.), Ochoa, Olavarria, Olzaga, Osorio, Palacio, Pasaron y Lastra, Pi Margall, Poe, Reinoso, Retes, Rios y Rosas, Rivera, Rivero, Romero Ortiz, Rodríguez y Muñoz, Rosa y Gonzalez, Ros de Olano, Rossell, Ruiz Aguilera, Rodriguez (Gabriel), Selgas, Sanz, Segovia, Salvador de Salvador, Salmeron, Sauro, Serrano Alcázar, Sellés, Sanmartín, Trueba, Torres Mena, Tubino, Varela, Valera, Boix, Vidart, Wilson (baronesa de).

## SUMARIO.

Revista general, por D. M. Calavia.—La educacion de la mujer, por D. E. H.—Los asesinatos del Tándil.—Los conservadores en la oposicion, por don M. Calavia.—Naufragio del vapor Guadalupe.—Los socialistas alemanes.—Catástrofe en la isla de Zanzibar.—Sueltos.—Los partidos políticos ante la historia, por D. José Torres Mena.—La emancipacion de la mujer, por D. Francisco Flores y Garcia.—El delito y la pena, por D. Juan Alonso y Egúiz.—El Excmo. Sr. D. Manuel José Quintana.—Proyecto del túnel de la Mancha.—Revista agrícola y comercial, por D. Diego Navarro Soler.—El centenario de Pedro el Grande.—La prensa militar en España.—El cultivo de la morera.—La aristocracia inglesa.—Wamba, por D. German Salinas.—Fany, ó la mujer en demanda de sus derechos, por D. J. M. Prellezo.—Las esponjas.—Anuncios.

## LA AMÉRICA.

MADRID 28 DE JUNIO DE 1872.

## REVISTA GENERAL.

Fecunda en trascendentales acontecimientos ha sido la presente quincena. Toda una trasformacion radical, todo un cambio esencial se ha verificado en el órden y esfera de las relaciones políticas. Aun continuábamos bajo la desagradable impresion de tantos y tan innumerables desaciertos como los que se han sucedido con la dominacion fronterizo-sagastina que nos ha precedido, cuando de pronto, y por uno de esos aparentes milagros, cuya explicacion inmediata no aparece á primera vista, pero cuyas causas profundas é íntimas por todos se adivinan, reaparece de nuevo el esplendor de la obra revolucionaria, y se disipan los negros nubarrones que amagaban próxima é inevitable tormenta; que esto y no otra cosa ha venido á significar por de pronto la elevacion del partido radical á la gestion de los negocios públicos.

La explosion ha sido verdaderamente gigantesca: salir el sol despues de un eclipse, reaparecer el derecho con toda su magestad á pesar de haberse pretendido empañar vanamente su brillo, asomar de nuevo en el horizonte la libertad más viva que nunca, y más eficaz y hermosa todavía que en los primeros días de su aurora, es ciertamente un espectáculo magnífico. En estos momentos, todos los corazones se dilatan, todas las almas se conmueven, todos los espíritus aplauden. Cualquiera que sea la cantidad de egoísmo de que todos nos hallemos poseidos, hay siempre un respeto espontáneo y hasta involuntario, á la aparicion de estos acontecimientos en gran parte divinos, que vienen á conmover hondamente á los pueblos.

Y la cosa no es ciertamente para menos. ¡Una revolucion pacífica! Hay tanta grandeza en ella, tanta fecundidad, tan-

ta trascendencia, que supera con mucho la prevision de todos y las esperanzas de todos.

El derecho colérico que pelea por reivindicar sus fueros, que toma de los antiguos procedimientos la fuerza para alcanzar la victoria, tiene algo de sombrío, aun en medio de su triunfo, que puede en parte y á la larga hacerlo más ó menos vulnerable por los usurpadores que lo acechan y lo espian; pero el derecho, cuando se le viene á las manos la victoria, el derecho que tranquilamente toma posesion de sus poderes, el derecho alcanzado por la exclusiva virtud de su naturaleza y por la fuerza inmensa de su propia excelencia, es invencible, y reduce á escombros sin esfuerzo todos los obstáculos.

A la revolucion de Setiembre le faltaba para su consolidacion una hora de prueba; esta hora ha sido ciertamente sombría, no tanto por los hechos que contra ella se hayan consumado, cuanto por los atentados que contra ella se premeditaban; ha habido momentos de vacilacion, instantes de angustia, minutos casi desesperados, pero de todos ellos ha salido al cabo triunfante, y ha sido tal la grandeza de su inmortal principio, que los reaccionarios, á pesar de haber tenido contra ella todo lo material en sus manos, no se han atrevido á combatirla de frente; la han arañado, la han dado unos cuantos alfilerazos, han guardado con ella ciertas consideraciones hipócritas, señal evidente de miedo y de que al cabo todos esos relapsos de la justicia, son tan cobardes como impotentes, y por fin la virtud misma de la revolucion les ha arrancado de las manos el poder que habian prestidigitado, y que mediante una larga serie de componendas habian pretendido hacer su patrimonio exclusivo.

A la majestad de este triunfo, siguió, como no podia ménos de suceder, la majestad de una manifestacion popular, signo evidente de que la nacion habia sido fielmente interpretada por el delegado de su soberanía. Las cosas volvieron rápidamente á su lugar; el poder á los designados por la opinion pública, los merodeadores del Estado á su proscripcion legítima de las esferas oficiales, el partido radical á su programa rectificado de Julio, y los demás partidos á la inviolabilidad de su derecho firmemente garantido por la Constitucion del 69, (de hoy más, rectamente aplicada por el nuevo gabinete).

A pesar de sus envalentonamientos aparentes, los ultra-conservadores no pueden disimular su angustia por el descalabro sufrido. Ciegos y todo, presienten que han quedado sepultados para siempre; que su maximum de reaccion ha sido estéril, que á nadie han seducido, que sus arterias se resienten de añe-

jas, y de que es en ellos todo anti-diluviano.

Las revoluciones propiamente tales, son barrederas hartas decisivas, para que puedan dejar en pié ningun viejo retoño de las antiguas máximas de Estado. Es inútil que los hábiles de otros días hilvanen en su pensamiento escusas pasadas y traten de reproducir preceptos oxidados. Todo eso ha quedado allende de la batalla de Alcolea, donde el doctrinarismo quemó sus naves, pese á quien pese. El general Serrano, figura decorativa y pasadera en el antiguo régimen, ha perdido en el nuevo sus baluartes, y se le conoce el almazarrón prestado que constituye su pintura. Su mismo partido ha debido con él sufrir un horrible desengaño. Se hicieron la ilusion de creer que podia sonar á O'Donnell, pero han visto con desesperacion que no sonaba más que á hueco.

Y nótese que este ídolo era la esperanza suprema de los doctrinarios en alza. ¡Triste situacion la de los partidos que sin pensamiento ni ideas, solo pueden confiar en los hombres haciendo de ellos su becerro de oro! Pronto el ídolo cae, porque no tarda en descubrirse que detrás de él se ocultan para inspirarle los augures encargados de explotarlo. Uno de estos augures, aunque con disgusto del unionismo entero, era Sagasta; los demás dejaban ver la oreja á cierta distancia, pero eran tambien muy conocidos; figuraban en segundo término Rios Rosas, Santa Cruz, y más lejos todavía y como quien se pierde en el horizonte alfonsino, se entreveía á Cánovas del Castillo.

A pesar de semejante sacerdocio y precisamente por tales augures, el becerro cayó; no tenia virtud propia, carecia de todo, era un maniquí galvanizado; se le buscó una apariencia de gloria militar, y nos encontramos con que se habia dejado en Madrid la espada que le prestaron en Alcolea; se trató de zurcirle una parodia del glorioso convenio de Vergara, y salió tan parodia, que ni Pancho y Mendrugo son respecto de Pilades y Orestes, lo que fué Amorevieta respecto á Vergara.

Con todo este prestigio y cuando se pretendia nada ménos que entronizar sin ambages ni rodeos el doctrinarismo dorado de los cinco años, ¿qué habia de suceder? Lo que sucedió inevitablemente. El desengaño vino, la ilusion se desvaneció, los telares fabricados con tanto esmero, tantas sonrisas como se habian hecho, tantas mentiras lícitas como se habian inventado, tantas supercherías provechosas como se habian utilizado, todo, todo se vino abajo, y la verdad apareció con todo su esplendor, y la revolucion volvió á brillar de nuevo con doble irradiacion y con más eficaces encantos.

Arriba y abajo, por todas partes, en

todas las regiones, la luz se hizo. Todo lo que habia de estemporáneo, de insensato, de tenebroso, de pequeño, hasta de miserable, apareció á los ojos de todos y presentó á los unos de relieve el precipicio á que iban inevitablemente conducidos, y á los otros el formidable, el gigantesco, el titánico esfuerzo que habia que hacer para volver las cosas á su cauce, si las conciencias, á despecho de todo, no se iluminaban, y si las almas tímidas, á despecho de la experiencia, no volvían en sí.

Despues de esto, y vuelta la revolucion á su cauce, tiene ya desembarazado todo el camino. Es obra de arte político, de mera ejecucion su desarrollo. A todos está la revolucion impuesta. Ella en sus eternos principios, obliga á los intereses, á las instituciones, á las cosas, á seguir el rumbo de su natural destino. En todas partes, por todos lados el proceso y las leyes del progreso humano se cumplen inevitablemente, y si de aquí pasamos á contemplar el estado de las naciones circunvecinas; si contemplamos á Francia regida en sus destinos democráticos por una república rudimentaria, llena de resabios monárquicos, pero incapaz é impotente á pesar de todo, para reconstituir el viejo pedestal de su trono derrumbado, nos hallaremos con idéntico problema en el fondo, aunque con diversidad de accidentes y detalles.

Italia de su lado, va redondeando el ideal de sus aspiraciones: por bajo de la amazon política exterior que la recubre, va sentando las hondas raíces de su unidad topográfica, de la cual ha de deducir en su día las naturales consecuencias que de ella se derivan, y por fin en medio de todo esto, Europa marcha con aparente ruido exterior y como quien marca en la superficie veredas extrañas y á primera vista ininteligibles á los espíritus inatentos, pero que miradas por dentro y en su fondo, son una recta inflexible, cuyo término todos adivinan, porque todos están más ó ménos en el secreto de sus causas y de sus orígenes.

M. CALAVIA.

## EDUCACION DE LA MUJER.

¡La mujer! Hé aquí un nombre que no se puede pronunciar, sin que el corazón se sienta herido en sus fibras más delicadas, y sin embargo de los grandes y justísimos títulos que esta hermosa mitad del género humano tiene á la consideracion, al respeto y al cariño del hombre, sin embargo de las muchas cualidades que la adornan y enaltecen, sin embargo, en fin, de la gran mision que está llamada á cumplir en la tierra, es lo cierto que, en nuestro juicio al ménos,

ni está considerada, ni está atendida, ni lo que es más triste y doloroso confesar, educada para llenar sus providenciales destinos, los altos fines para que fué creada, ni los sagrados é intransferibles derechos de que fué investida.

Con solo reflexionar un poco, comprendemos que su misión en el mundo, es por lo ménos tan importante como la del hombre, y bien podemos afirmar, sin temor de ser contradichos, que es mucho más espinosa y delicada, y sin comparación más difícil, necesitando, por tanto, de una sólida educación y de un especialísimo cuidado si no queremos lamentar nuestro abandono y descuido. Siendo tan cierto lo que acabamos de afirmar, que no es posible ni aun dudarlo, no comprendemos cómo el hombre no ha fijado en esto su consideración, cómo la ha abandonado á sus propios recursos naturales, no queriendo fijarse en la necesidad de llenar este vacío; y ménos comprendemos la razón por que no se haya consagrado la sociedad al remedio de los males que de esta falta pueden surgir, evitándolos por medio de una educación en armonía con sus deberes.

Nadie está más interesado que el hombre en que la mujer reciba una sólida educación, y nadie ha sido más que el hombre la rémora que se ha opuesto á tan útil progreso, á tan fundamental pensamiento, siendo así que á nadie más que á él importaba esta mejora, que con tanta necesidad reclama el mundo, y á la que en primer término debió consagrar sus vigilias, sus trabajos, sus pensamientos, puesto que del cumplimiento de este deber habia de surgir la gran potencia destructora de la mayor parte de los obstáculos que en el curso de su peregrinación se oponen, si no imposibilitan su felicidad.

Analizando la sociedad, reflexionando su estado de progreso, y el modo y las medidas empleadas para llegar á él, es justísima la ansiedad con que en todas partes se aspira á perfeccionarlo sin perdonar sacrificio alguno, por grande que sea, para conseguirlo; pero comparando este movimiento con la indiferencia que domina al mundo respecto á la educación de la mujer, ni nos explicamos, ni comprendemos este abandono, del cual tantos males surgen á cada paso, que influyen, si no son la principal causa de los obstáculos que se oponen á cada paso á este mismo progreso, á que está inclinado y de seguro naturalmente propende el hombre.

Fijamos nuestra atención en el mundo, y vemos en todos los pueblos, y desde la más remota antigüedad hasta nuestros días, una tendencia irresistible á educarse; y al efecto se han hecho titánicos trabajos y esfuerzos hasta sobrenaturales, pero incompletos, puesto que se han aplicado solo al hombre.

Para civilizarle y cultivar sus talentos ningun sacrificio se ha perdonado, ningun medio ha dejado de explotarse, ningun recurso ha permanecido en el abandono ni el olvido, desde la cuna al sepulcro, la sociedad ofrece al hombre medios de instruirse, un panorama de constante estudio y métodos de fácil aplicación desde el periódico al libro, desde la escuela al Ateneo; pero ni la mujer tiene un periódico que alimente su espíritu, ni tiene un libro que desarrolle los tesoros de su inteligencia, en armonía con los fines que está llamada á cumplir en la tierra, ni tiene otra cosa que una escuela de las condiciones indispensables para la educación de la niñez, que es sin duda alguna su período ménos importante.

Cuando en el mundo se nota una febril agitación hácia la ciencia, un movimiento extraordinario hácia el saber, una afición á la lectura, á las artes, á todos los ramos, en fin, que componen la cultura y civilización de los pueblos, y en medio de este movimiento, cuando el periódico es su agente impulsor, nos fijamos con profundo sentimiento y verdadero dolor en la mujer, y con amargura vemos que solo tiene alguno que otro periódico consagrado á lo que, ya que no le sea perjudicial, como nosotros creemos, es inútil y estéril para la familia, y solo á propósito para distraerla de sus legítimas ocupaciones y alejarla de sus sagrados deberes.

Por dura que sea esta afirmación, preciso es convenir en que es exacta, y por lo tanto digna de tenerse en cuenta, tan-

to más cuanto que nadie como el hombre, ó mejor dicho, solo el hombre está llamado á sufrir las consecuencias de esta falta y á sufrirlas en su parte más sensible, en su vida íntima, en el seno de la familia, en el lugar donde más necesidad tiene de reposo y tranquilidad si la dicha no ha de ser para él una idea de imposible realización una verdadera sombra, siempre huyendo de él por más que se le aproxime, y esté perfectamente unido con ella.

Fijemos nuestra consideración en los medios que se emplean, en los libros que se adoptan, en los periódicos que se publican para educar á la mujer, y analizándolos despacio veremos algo que es peor que su ineficacia y esterilidad. Meditemos: el periódico que se consagra á la mujer, tiene, por regla general, como objeto ocuparse de modas, ó cuando más amenizarle con algunas leyendas y poesías, y por mucho que reconozcamos la necesidad para las artes, el comercio y la industria, de que las modas varíen y de que la mujer, como el hombre, se presenten en sociedad llenando sus exigencias y en armonía con su posición, preciso nos es confesar que no es esta una parte esencial, sino muy accesoria y secundaria del periódico que la mujer necesita para ilustrarse y para imponerse en sus deberes; y en cuanto á las leyendas, novelas y poesías que suelen llenar sus columnas, también debemos manifestar que ni con mucho cumplen el objeto que debiera inspirarlas, según el fin y el sugeto á quien se encaminan.

Ni el espacio, ni el tiempo, ni la clase de publicación para que escribimos nos permiten descender á detalles, analizar la confección y examinar detenidamente el fondo de las composiciones que llenan las columnas de los periódicos consagrados á la mujer, pues á ser así tal vez podríamos probar que no solo no sirven para ilustrar, sino que en ocasiones dadas y en determinadas edades pueden ser perjudicialísimas á la mujer, á la sociedad y á la familia.

Rogáramos de todo corazón al gobierno que fijara su atención en el modo y medios de mejorar la educación de la mujer, y rogáramos con toda eficacia á nuestros primeros génios, que indudablemente los tiene España, y á nuestros patriotas que tanto ansian el bien de la humanidad y de la patria, que analicen los efectos y los examinen, pues, haciéndolo, tenemos la seguridad que este análisis y este exámen los hará encontrar la causa, y esto no será otra que el abandono en que ha tenido y tiene la educación de la mujer, abandono que entraña una idea muy poco favorable así para la mujer como para el hombre, para aquella, por que al no concedérsela el cuidado que se merece, se la deprime, y á este por que al no dispensársela se perjudica.

Volvemos á repetir que se examinen los males que lamenta la sociedad, que se analicen y hallaremos la raíz y el fundamento en la superficial y viciosa educación de la mujer; ella es la directora principal de sus hijos, y si para tan espinoso cargo no está educada, la dirección debe carecer de acierto y convertirse en perjudicial; siendo este nuestro pensamiento, y teniendo este criterio y esta apreciación, así de la mujer, á quien consideramos llamada á llenar las más altas funciones y los más grandes y sagrados fines de la naturaleza y de la sociedad, como del hombre que debe coadyuvar á esta gran obra y consagrarla en primer término todo el caudal de su inteligencia, de su estudio y de sus esfuerzos, porque de ella depende su felicidad ó su desgracia, su tormento ó su placer; siendo este, repetimos, nuestro pensamiento y nuestro criterio, no podemos ménos de lamentar, y nos lamentaremos siempre, de que hoy, cuando de todo y para todos se escribe, solo se escriban para la mujer frivolidades que distan mucho de la utilidad, y están muy cerca del extravío.

Por más que sea dura esta afirmación es una verdad que está á la vista de todos, es un mal que corrompe la sociedad, así del viejo como del nuevo mundo, es la causa del cáncer que ha hecho perder su virilidad y su energía á pueblos inacesibles siempre á la tiranía, incorruptibles á su dignidad, y heroicos hasta la exageración á cuantas arterias y fuerzas se han empleado para deprimirlos y anonadarlos. La mujer de aquellos tiempos tenía en mucho su valer, era hasta exage-

rada en la apreciación de su dignidad, de su decoro y de su honor, y estas ideas inculcaba en sus hijos; hoy la mujer no sabe lo que vale, no se estima, y no puede enseñar sino lo que sabe: á sus labios asoman palabras de reprensión para el vicio, y de condenación para toda indignidad; pero sus hechos destruyen la obra de su apostolado, y como el ejemplo es el más persuasivo de todos los oradores, destruye en sus hijos la eficacia de su palabra.

Considerando el espíritu del siglo, es el periódico, sin duda, la primera de sus potencias, es el elemento civilizador y de propaganda para las ideas, para el progreso y para el desenvolvimiento de la sociedad; por eso hallamos periódicos consagrados á todas las ideas, á todas las utopías, á todos los ramos del saber, á todas las clases de la sociedad: de todo se escribe, para todos se escribe; el niño como el hombre, el artista como el industrial, el labrador como el comerciante, todos están representados así en el periódico como en el libro; para la mujer nada se escribe: véanse las obras que se ponen en sus manos, ni una sola entraña los deberes que está llamada á llenar en sus diferentes estados, ni una sola página se escribe que la enseñe los peligros que corre su juventud, y el modo como debe producirse en esta peligrosa época de su vida; nada se la enseña de lo que debe practicar cuando casada, cuando madre, cuando esposa, ni en el libro ni el periódico. ¿Cómo ha de penetrarse de sus deberes? ¿Cómo ha de llenarlos? ¿Cómo lamentamos y aun acusamos sus extravíos de joven, sus devaneos de casada, sus inconveniencias de madre, sus ligerezas de viuda?

Ningun derecho asiste al hombre para lanzar sobre la mujer estas quejas desde el momento en que con su abandono y omisión ha sido su causa: ninguno tiene la sociedad para lamentar los males que por falta de una educación en la mujer acomodada á sus deberes, sufre: desde el instante en que la tiene olvidada en principio tan fundamental, la tiene expuesta á todos los extravíos; y ni es justa la acusación del hombre, ni tiene fundamento la queja de la sociedad.

Meditemos un momento, y á poco que fijemos nuestra consideración, hallaremos la notable injusticia que en punto tan capital, como lo es la educación, se está cometiendo con la mujer, y en esta injusticia hallaremos, si no la disculpa, al ménos la atenuación de los extravíos, de las faltas, de la ligereza, y hasta de los delitos de la mujer. Tres épocas podemos asignarla en la vida; la de joven doncella, la de esposa, la de madre; y ni un periódico, ni un libro hay escrito que en estas condiciones tan especiales la imponga, ni un periódico ni un libro que la sirva de luz en medio de la oscura noche del vicio; ni un periódico ni un libro que la sirva de norte en los turbulentos mares que ha de surcar, y en los escollos que la sociedad la presenta por todas partes entre los atractivos de la ilusión, ni un periódico ni un libro, que temple el ardor de las incipientes pasiones, que la haga poderosa para resistir un impulso, que la enseñe en fin, que si en todos los vivientes es útil y necesaria la virtud, para la mujer lo es de un modo especialísimo; que pueda decirse constituyese su manera de ser y entraña su porvenir.

Por esta falta la mujer ignora que nació para la familia, y que el centro de sus deberes y el estado en que debe ejercitarlos es la casa, y por esta razón la vemos vivir más en los paseos y en la calle, de aquí nace que en vez de atender al cumplimiento de sus deberes los descuida, si es que no los abandona, por esto la joven pasa las horas mejores del día en componerse, adornarse y prepararse para lucir en el paseo, la tertulia ó el teatro sus trajes y sus gracias, sin tener en cuenta que las verdaderas gracias que deben embellecerla y fijar su porvenir, son la modestia y el pudor, gracias que ni se marchitan, ni se pierden, porque son de tan bruido temple y de tal fortaleza, que ellas solas, al par que la embellecen, la defienden; al par que fijan todas las miradas, aquilatan su mérito hasta excitar un justo deseo de esa inclinación natural que puso el Creador en el corazón de los mortales para acercarse, atraerse y unificarse en el cumplimiento del más grande y santo de los deberes, la maternidad.

Consumida la edad juvenil de la mujer, su estado de virgen, entre los devaneos de la vida á que hoy se entrega, sin conciencia de lo que mañana debe ser, sin un profundo conocimiento de las obligaciones que por el matrimonio contrae, cuando llega á este estado la faltan los medios y la instrucción necesarios para llenar en él su puesto, y ser al lado de su marido el ángel de su consuelo y al lado de sus hijos celoso y competente director, sucediendo de aquí con harta frecuencia ser la causa de muchos, si no de todos, los males y extravíos de sus hijos y de las cuestiones que en los matrimonios hacen del hogar doméstico un campo de continuos y lamentables combates y una sentina de no pocos vicios é immoralidades, cuyas consecuencias, si bien en primer término y en los primeros momentos afectan á los hijos y al marido, recaen con mayores proporciones y hieren más hondamente á la sociedad, por lo mucho que perjudican á la moral, allí donde debía tener su mejor y más sólido fundamento, que es la familia.

Mucho pudiéramos extendernos en esta materia, muchas consideraciones se agolpan á nuestra imaginación á cual más graves y dignas de ocupar la atención de cuantos por deber y por conciencia están en el caso de enmendar esta falta y poner de una vez dique á este verdadero desbordamiento; pero, ya lo hemos dicho, un artículo no es el lugar á propósito, basta en él consignar el mal y llamar sobre él la atención; por lo demás, nadie que en algo atienda y estime el bien de la humanidad, nadie que sienta en su pecho arder el sagrado fuego de la religión, de la libertad y de la patria, puede mirar con indiferencia los males que aquí quedan ligeramente anotados.

Los hombres, ha dicho un sábio pensador, hacen las leyes; las mujeres las costumbres; expláñese debidamente este pensamiento, y comprenderemos, que de una vida disipada solo costumbres dañosas á la sociedad pueden sobrevenir; que de una vida evaporada entre los ensueños de la ilusión, entre los delirios de la vanidad, entre las miserias del amor propio, no pueden esperarse esas grandes virtudes, tan necesarias para formar el corazón de los hijos en los primeros años de la vida, no puede el corazón de una joven, evaporado entre los encantos del festín, entre el ruido de la música y el desvanecimiento de un sarao ó de un paseo disponerse para llenar al lado del hombre su especialísima misión de consuelo, su angélica unción de ternura.

Por esto acaso, en primer término, es hoy tan considerable el número de los célibes; por eso hoy se retraen tal vez del matrimonio los hombres; por eso quizá hay tantas mujeres sin colocación. ¿Pues qué, en un siglo como el presente que todo se somete al cálculo y á la conveniencia, no ha de intimidar, y retraer del matrimonio al hombre la idea de los gastos y de las necesidades que tal estado ha de ocasionarle en la sociedad presente? ¿Pues qué no ha de fijar su atención en los dispendiosos caprichos que hoy forman la moda de la mujer? ¿Pues qué no ha de pensar en las exigencias que las compañías y relaciones sociales han de pedirle con urgencia de necesidad? Y al pensar todo esto no ha de calcular con fuerzas y meditar en la proporción de sus recursos? Es evidente, como lo es que estas consideraciones, por más que los encantos de la mujer, sus adornos y atractivos le enamoren, han de retraerle de unir su suerte á la que no puede hacer su felicidad. No olvidemos, no olviden las mujeres, que son en esto las principales interesadas, que están llamadas á distintos deberes que á los que hoy se entregan; que de cumplirlos ó no, depende que ocupen en el mundo el puesto de honor y de grandeza que están llamadas á ocupar, y no olvide la sociedad que de educar ó no convenientemente la mujer, depende en mucha parte, acaso en la principal, su porvenir.

No pretendemos culpar, ni ménos culpamos á la mujer, de su estado presente; culpamos á la sociedad, que la tiene abandonada y descuidada en su parte más esencial, en la educación, que debe prepararla para llenar sus deberes y los altos fines de su destino en la tierra; sabemos que, á pesar de tanto abandono y punible descuido, hubo mujeres dis-

tinguísimas, y no dudamos que hoy mismo hay honrosas excepciones, más por lo mismo comprendemos que estas excepciones justifican lo que afirmamos de la regla general, y si admiramos á las que saben así sobreponerse al espíritu dominante, tenemos también un deber de manifestar nuestra opinión respecto á las demás, sin que seamos por esto fiscales que pidan castigos, sino moralistas que indiquen el mal y pidan remedio para que se haga el bien.

Una rápida ojeada por la historia, una atenta mirada sobre los sucesos del mundo, un exámen sobre la grandeza y decadencia de los pueblos antiguos y modernos, bastan para justificar nuestra opinión, puesto que ella nos convencerá de las causas, del por qué, así la Asiria como la Media, así Grecia como Roma desde su insignificante origen se extendió, y consiguieron dominar el mundo, y decayeron hasta la abyección. A mujeres fuertes, virtuosas y conocedoras y observantes de sus deberes, que educaron y dieron á la patria heroes, á las ciencias sabios, á la política hombres justos y rectos, sucedieron mujeres infatuadas por el lujo, madres de hombres afeminados y corrompidos, capaces solo del envilecimiento y la bajeza, con los que prostituyeron la grandeza de su patria, anublaron en esplendor, y prepararon su decadencia hasta unirla esclava al carro de pueblos más enérgicos que, impulsados por el decoro y la grandeza de una idea, con propia é íntima conciencia de la gloria levantaron su trono sobre las ruinas de las antiguas y civilizadas generaciones, y convirtieron en esclavos á los orgullosos señores del mundo.

Examinense con todo detenimiento las causas de la decadencia de los grandes pueblos, y veremos que la situación de la mujer en ellos, en las épocas que anotamos, era la misma que hoy lamentamos; observaremos los festines de Babilonia, la corrupción de la corte de Dario, la que canceraba los últimos tiempos de la austera Grecia, los festines voluptuosos de Cleopatra, las bacanales históricas de Mesalina, y ellas nos dirán cómo, por qué, á pesar de buscar estos pueblos los maestros más sabios y virtuosos para la educación del hombre, para la instrucción de sus príncipes y magnates, estos siguieron el camino de la crápula y de la depravación, y entonces veremos el poder y admiraremos la influencia de la mujer en todas las épocas de la vida, y consideremos la causa que hizo ineficaces las lecciones y consejos del maestro, el celo y las exhortaciones del filósofo, y hallaremos que se esterilizaron con el ejemplo de la madre y con las caricias de la esposa, siendo los pueblos las víctimas de esta indisculpable falta.

Si no queremos buscar ejemplos fuera de nuestra historia, ella nos dice que la dominación arábiga no conoció otra causa que la corrupción de la raza goda, debida á la corrupción de las mujeres, ella nos dice que si fuimos fuertes para vencer y dominar á los invasores, y si fuimos un pueblo grande, admiración del mundo, fué porque nuestras madres fueron dignas, enérgicas y virtuosas, y si tocamos hoy los efectos de nuestra debilidad es porque las españolas de hoy en nada se parecen á aquellas y siguen un camino más parecido al de las Mesalinas y Cleopatras, que al de las Lucrecias y Octavias y Virginias.

Estas ligeras indicaciones bastan para comprender esta verdad y procurar el remedio de este mal, acaso origen de nuestra lamentación. Estas indicaciones bastan para que á su remedio y mejoramiento el gobierno consagre sus cuidados, y los hombres de estudio y humanitarios sus talentos y esfuerzos.

Que la educación de la mujer está abandonada es un hecho, como lo es que su remedio y mejoramiento es urgente, sin que á esto se oponga que haya en este sexo honrosas distinciones, sabemos que la mujer, sin embargo del abandono á que esta condenada y en que siempre la tuvo la sociedad, ha dado al mundo modelos extraordinarios, sabemos que siempre hubo, y no negaremos que hoy existen, mujeres de virtud probada y elevados sentimientos que rivalizan con el hombre; pero eso mismo nos dice que esos ejemplos sublimes de clara inteligencia, de valor heroico, de inimitable abnegación, de virtud esclarecida, publican la necesidad de cultivar su entendimiento, educar su espíritu y mirar con

el cuidado y atención debidos este tesoro sin explotar, esta perla sin pulimento para que, enriqueciendo y hermozeando la sociedad, sea el más preciado esmalte de su corona y la joya de más valía de su tesoro.

Nos propusimos indicar la necesidad de educar á la mujer, si no lo hemos hecho con la perfección que quisiéramos, creemos haber abierto palenque para el certámen y campo para la dilucidación de tan importante materia, y esto basta á nuestro objeto.

E. H.

## LOS ASESINATOS DEL TANDIL.

El drama sangriento del Tandil tiene por origen la explotación brutal que ha estado haciendo un hombre perverso de la ignorancia de muchos paisanos, sin que se pueda atinar con el objeto de semejante plan, si no era el de robar las poblaciones, yendo después á reunirse con los indios enemigos.

Parece, sin embargo, imposible, que se haya podido ejecutar una parte de ese plan á mansalva, como lo ha sido, debido á que las autoridades no dieron crédito á los rumores misteriosos que el adivino hacía correr; ni podía creérsele tampoco, por la atroz perversidad que el hecho importaba y porque debía ser tenido por un loco quien así se profería.

Ese hombre, que se llama Solané y que se cree es chileno de origen, había venido hace algún tiempo de la provincia de Entreríos, había estado en el Rosario, y de allí pasó á esta, andando por algunas poblaciones de la frontera.

Cuando llegó al Tandil, en el mes de Octubre, se anunció como salvador de la humanidad, siendo echado del Azul, donde se llamaba médico venido de Dios.

En ese lugar empezó á tener clientela entre los paisanos que iban á consultarle, aumentando su número de día á día.

Solané tendrá 40 años: es muy moreno, pálido, cara simpática, y habla poco, fingiendo estar siempre muy pensativo.

Vivia en dos piezas. En una estaba él pobremente alojado, y en la pared tenía una imagen en porcelana de la Virgen. En la otra pieza había dos ó tres hombres, que eran como sus espías, pues que conversaban primero con los que venían á consultarlo, y de esa manera él sabía de antemano lo que los paisanos venían á decirle, y podía hacer su papel fácilmente.

De un mes á esta parte la afluencia era muy numerosa, procedente de los partidos inmediatos, Azul, Tapalque, Arenales, etc., llegando á estar reunidas como 500 personas en carretas, carros y toldos.

Oían á Solané con devoción, y estaban dispuestos á ejecutar sus órdenes: tal era el ascendiente que había llegado á tener sobre los paisanos.

Solané, llamado por los paisanos *Tata Dios*, no les cobraba las consultas; pero indicaba que le regalasen á la Virgen que tenía en su cuarto.

Les decía que tenía revelaciones de Dios por medio de ella, y que debía obedecer sus órdenes, haciéndoles jurar que así lo harían, porque de lo contrario recaerían en las mismas enfermedades.

Había mandado hacer una bandera blanca y punzó, lo que era sabido también de todos, y había anunciado que el primero del año iba á ocurrir un suceso en que correría sangre, y que sería día de duelo.

Nadie le hacía caso, fuera de los hombres fanatizados y explotados en su ignorancia por ese malvado.

En la madrugada del 1.º de Enero el vecindario del Tandil fué despertado por el toque de tambor; pero no se creyó que fuera toque de alarma, y la población no se inquietó por eso.

Muy luego se divulgó lo que había pasado, diciéndose que algunos bandidos andaban asesinando en el pueblo; y se vio que había en la plaza de 40 á 50 paisanos á caballo, con cinta punzó y blanca, y que se dirigían al juzgado de paz dando gritos.

Ya habían ido á la cárcel y habían abierto las puertas para sacar á los presos, no habiendo á la sazón más que uno en ella.

Se apoderaron de las armas, huyendo los tres hombres que había de servicio.

De vuelta del juzgado mataron en la plaza de un sablazo á un italiano.

En las orillas del pueblo mataron y degollaron ocho vascos que conducían una tropa de carretas.

Pasaron á la casa de negocios de D. Guillermo Thompson, y lo mataron á él y á su joven esposa, recién casados, y al dependiente, y saquearon la casa.

A dos leguas de allí asesinaron á toda la familia Chapar, hombres, mujeres y niños, hasta uno de pechos.

Entre tanto las autoridades y los vecinos armados, del país y extranjeros, á caballo y á pié, se reunieron y salieron en persecución de los asesinos.

En la persecución fueron muertos 16 de ellos y aprehendieron cinco.

Entre estos se hallaba Solané, quien manifestó se presentaba para que no se le tuviera como cómplice, y protestando que no tenía culpa en lo que había sucedido.

Después han sido tomados hasta 24, que están asegurados en la cárcel del Tandil, entre ellos Solané, siendo custodiados por vecinos y extranjeros que auxilian á las autoridades y de acuerdo con ellas.

El resto de los asesinos ha huido en todas direcciones, y no se puede saber su número con exactitud.

Las pesquisas siguen con actividad. En resumen, el total conocido de las víctimas es 36.

De las declaraciones del momento se deduce que hace tiempo el brujo Solané estaba seduciendo paisanos para una especie *San Bartolomé* con extranjeros, sin que se sepa la causa de este odio infernal que ha hecho víctimas hasta en sus mujeres y niños, en ingleses, españoles, vascos y un italiano.

Solané en la cárcel predice todavía desastres mayores.

## MUERTE DEL ENVIADO DE DIOS.

Una carta publicada en los periódicos del Plata comunica la noticia siguiente:

«El cabecilla de los asesinos del Tandil ha sido muerto por el pueblo en masa en su prisión.

El hecho ha acontecido de la manera siguiente.

Un considerable grupo de individuos, entre ellos muchos vecinos propietarios del pueblo, se dirigió á la cárcel donde se hallaba engrillado el titulado brujo, y á los gritos de ¡este infame va á salvarse, porque los jueces no quieren condenar á muerte á nadie! trataban de forzar la reja de la prisión y sacarlo de allí para aplicarle la ley de Lynch.

El brujo quiso calmar la indignación y el furor del pueblo, dirigiendo á los asaltantes una arenga de las que acostumbraba cuando quería fanatizar á los paisanos y hacerse obedecer, como sucedió el 1.º de Enero.

Ostentaba en aquel momento la mayor humildad, y manifestaba tener una gran resignación, diciendo que él había venido al mundo para sufrir, que no le importaban las vejaciones que le quisieran hacer, y hasta la muerte que pudieran darle, porque él resucitaría.

Sin embargo, esta arenga no produjo en el pueblo el efecto que de ella se esperaba: siguieron por el contrario los gritos y amenazas hasta que algunas personas aproximándose á la reja le descargaron varios tiros de revólver y pistolas, dejándolo tendido en su prisión.

Este ha sido el fin de este terrible bandido, causa de tanta desolación y luto en el partido del Tandil.»

## LOS CONSERVADORES EN LA OPOSICION.

Dignas de formidables censuras y de inapelables anatemas, han sido constantemente en España todas esas banderías políticas que con diferentes nombres se han aplicado hasta aquí desde el poder el calificativo de conservadoras; pero si semejantes grupos no merecían en la oposición el exámen colérico é indignado que desde tales alturas inspiraran al crítico, en cambio no son luego menos dignos de estudio en sus actitudes, en sus propósitos, en sus procedimientos tenebrosos, cuando la hora de su descabro ha llegado, y cuando con la ciega tenacidad del despecho, se disponen á escalar de nuevo el poder que se les escapara de las manos.

Todos estos partidos ultra-conservadores, resultado de tantas ambiciones injustificadas y producto de tantos vicios agrupados y de tantas aspiraciones insensatas, son en la oposición elementos anárquicos que no deben perderse de vista, y á los que hay que seguir paso á paso con la recta intención de denunciar en su germen los sombríos planes que meditan.

Después de todo, la tarea no es difícil ni mucho menos. Estamos en el secreto de su debilidad, conocemos su carencia absoluta de pensamiento concreto, hemos tenido ocasión de contemplar á la luz del día sus maquiavelismos, y sabemos también anticipadamente, cuanto puede proyectarse en la sombra y cuanto puede fraguarse en las tinieblas por estos réprobos de la conciencia pública.

La revolución de Setiembre, entre otros bienes, ha traído á la historia de nuestra patria, el de haber puesto en evidencia y de relieve, todos los caminos y todas las veredas ocultas por donde la intriga se insinúa y por donde el cabildero y la cábala obtienen éxito y adquieren fuerza, siquiera sea momentánea y contraproducente, porque hasta en su conducta hallase el mal condenado fatalmente á servir al bien y á garantizar su permanencia.

Cuando se ha caído del poder de la manera que han caído nuestros reaccionarios; cuando se ha evidenciado que no se tiene otra cosa que fiebre de mando, sin ideas generosas que, aunque erró-

neas, manifiesten, por lo ménos, grandeza en la equivocación; cuando por vía de excusa no se puede oponer otra cosa que furor impotente, y esa maldición del condenado, tanto más horrible cuanto más en el vacío cae, entonces la ira se desborda y el encono aumenta, y pretende hacer de todos los medios arma y de todas las iniquidades instrumento.

¿Qué pueden, pues, hacer los conservadores en la oposición? Veamos. Ellos no tienen ideas; hace mucho tiempo que han perdido la brújula del pensamiento, y ha sido, por otra parte, decisiva la derrota que la revolución de Setiembre ha deparado al doctrinarismo, esa compenenda de otros días, para que sean todavía cotizables sus sofismas. El último ensayo, la última tentativa, el último proyecto fué llevado á cabo durante este eclipse pasajero, que comienza en 4 de Octubre del 71 y termina en 13 de Junio del 72. No hay por este lado nada que temer; el espantajo no produce efecto, y ya el país se rie de todos los augures del orden que tan profundamente aborrecen la libertad de los demás.

Los omnipotentes de la inteligencia, los *sabios* de esa escuela, los doctores de este jesuitismo político, los Cánovas del Castillo, los Alonso Martínez, los Ríos Rosas no saben ya ni deletrear siquiera.

Se les ha preguntado qué es el derecho, y no lo saben; se les ha interrogado acerca del poder y de sus atributos, y de sus caracteres, y de sus límites, y lo ignoran; ni siquiera tienen una noción clara del Estado, ni conocen de dónde vienen, ni dónde se encuentran. Han visto salir un sol que los deslumbra, y ellos, murciélagos de esta aurora, han ido á ocultarse en la sombra de su escolástica anticuada.

Por este lado la revolución es invulnerable. Pero si no pueden mirar de frente las ideas, trabajan por insinuarse en los hechos; achacan á los hombres lo que capitalmente es virtud de los principios; creen ilusos! que los antiguos intereses que son el hecho, lo pueden aun todo; que las viejas instituciones, que son la armadura exterior, tienen aun contenido interior, y pueden trastornar las corrientes naturales de las cosas, y el movimiento lógico de los principios, é incapacitados de aniquilar el todo, se esfuerzan por dominar la parte.

De los nuevos principios han de intentar valerse para desvirtuarlos; de las nuevas ideas pretenderán servirse para inutilizar su eficacia; de su libertad de emitir el pensamiento, ya sabemos el uso que hacen: es para ellos una arma envenenada; siempre va en hiel mojada su pluma, y bañada en cólera aparece su protesta; en vez de razonar, disputan; en vez de criticar, murmuran; halagan todo lo viejo, acarician todo lo podrido, protestan contra todo lo honrado, suponen intenciones malévolas, exageran las cosas, dan proporciones á la diatriba, aguzan su estilo literario hasta convertirlo en libelo: tal es su prensa.

Por bajo de todo esto suavizan su sonrisa, hacen subterránea su insinuación, les buscan á las instituciones sus puntos vulnerables, hacen de las debilidades de los hombres su punto de apoyo, y disfrazan con una aparente adhesión mal contenida, sus tendencias veladas y sus despechos disimulados.

Para inutilizar por completo semejantes procedimientos, no nos cansaremos de repetirlo, el partido radical necesita cada día con mayor eficacia ser profundamente renovador sin vacilaciones de ningún género. Con sus principios fundamentales por programa, con la severidad nunca desmentida en su conducta, con el amor á la justicia, cada vez más acendrado que sus rectos propósitos han de inspirarle, ¿qué puede temer? ¿No han quedado al cabo los conservadores desacreditados arriba y desprestigiados para siempre abajo? ¿Quién puede ya quitarles de encima el sambenito que con su desatentada conducta se han puesto encima? ¿No están ya en todas partes juzgados y anatematizados como hipócritas, como inmorales, como corruptores, como impotentes, como ineptos? ¿De la prueba de fuego á que han sometido á la revolución, no ha salido esta triunfante, victoriosa y más hondamente arraigada que nunca en la opinión unánime que solo en aquella encuentra el camino regenerador de tantos y tan seculares males como lamenta?

El único peligro posible que desde la

oposición pudieron hacer correr los ultra-conservadores a la obra revolucionaria, fué el de aparentar adherirse a ella para sofistearla, pero han sido tan torpes, han estado tan ciegos, han dejado tan al descubierto sus intenciones, que ya a nadie engañan, y por otra parte, les apremiaba tanto la necesidad de desprestigiarse y corromperla, que no han caído en que los sucesos no se repiten, y ea que 1843 y 1856 están ya demasiado alejados de nosotros para que podamos volver a su punto de partida.

Ahora ensayarán posturas, se pondrán al pronto de hocico, nos amenazarán con Montpensier y harán como que tratan de tirarnos a la cara al ex-príncipe Alfonso; no hay cuidado. Todo eso se fué de España para no volver, y hay que tener en cuenta que todos esos vividores políticos no han de tardar mucho en hacer la prueba y en preparar la tentativa de una reconciliación que llamarán patriótica, cuando en realidad no será otra cosa que el medio ineludible y necesario a favor del cual les sea posible incorporarse a la corriente.

Por ese camino ¿quién sabe si llegarán a dinásticos de veras, y se habrá conseguido entonces sin ningún esfuerzo, lo que no pudo lograrse en unos cuantos meses de sonrisas benévolas y de complacencias tolerantes?

M. CALAVIA.

#### NAUFRAGIO DEL VAPOR "GUADAIRA".

En la *Gazette du Midi*, periódico marsellés, correspondiente al 18 del actual, leemos lo siguiente:

«A las once de la mañana de ayer empezó a circular el rumor de un espantoso siniestro, y gran número de familias estaban consternadas, porque en los primeros momentos se decía que la explosión de que se hablaba había tenido lugar a bordo del vapor que conducía a Berre los invitados a las regatas del Yacht-Club.

No tardó, sin embargo, en saberse la verdad. El vapor que había volado a la vista del puerto de Marsella era el *Guadaira*, capitán Gomez, procedente de Sevilla, y que había hecho escala en Cádiz, Málaga, Almería, Cartagena, Alicante, Valencia y Barcelona. Iban a bordo de dicho buque 26 hombres de tripulación y 58 pasajeros, entre ellos muchos artistas líricos pertenecientes a dos compañías de canto italianas.

Al aproximarse a la costa una niebla muy intensa obligó a Gomez a contener la marcha de su vapor, y la máquina permaneció algún tiempo con el mínimo de su fuerza. Cuando el tiempo permitió reconocer la posición, el capitán mandó dar fuerza a la máquina, y dijo a su segundo, que estaba con él sobre cubierta, que fuera a preparar el desembarco de los pasajeros de segunda clase, en tanto que él iba a ocuparse de los de primera.

«Apenas había dado esta orden, y el segundo iba a bajar la escalera, cuando de pronto una formidable explosión agitó el buque haciendo volar por el aire restos de toda clase.

El *Guadaira* se hallaba entonces a unas tres leguas marinas de Marsella, enfrente del pequeño puerto de Carri.

Es indescribible la escena de horror que siguió a la explosión. Todas las personas que se hallaban en la parte del buque inmediata a la máquina habían sido lanzadas al espacio, y volvían a caer mutiladas ó gravemente heridas en las olas donde debían sepultarse.

Los viajeros y los tripulantes que se habían salvado estaban, unos inmóviles de terror, y otros azorados, y tratando de abandonar el buque que se hundía bajo sus plantas.

El segundo mandó echar al agua inmediatamente las lanchas, en las que se precipitaron ciegamente todos los que habían sobrevivido.

Sobre el puente había una gran cantidad de fardos de corcho, y los que habían conservado la serenidad se asieron a ellos, debiendo a esta circunstancia su salvación algunos de los naufragos.

En el momento de reventar la máquina del *Guadaira* pasaba el remolcador *Preferé* a unas dos millas de distancia, dirigiéndose a las regatas de Berre con unos sesenta pasajeros. El capitán M. Mary no vaciló un momento, y sin aconsejarse más que de sí propio, voló en auxilio de los naufragos, a los cuales alcanzó despues de un cuarto de hora de marcha a todo vapor.

El *Guadaira* se había ido a pique y el mar estaba cubierto de restos del buque, en medio de los cuales flotaban dos pequeñas lanchas llenas de gente, las personas que se habían asido a los fardos de corcho y cierto número de carneros. La sumersión del buque fué tan rápida, que ni siquiera se tuvo tiempo para salvar los papeles de a bordo.

El capitán del *Preferé*, auxiliado por su tripulación y algunos viajeros, acogió a bordo cuarenta y una personas, veintisiete pasajeros y catorce tripulantes. Entre ellas hay algunas gravemente heridas, y una de ellas ha muerto en el hospital pocos momentos despues de entrar; es un fogonista que había recibido horribles quemaduras.

Fueron sepultados en las aguas el capitán Go-

mez, el maquinista y diez marinos. El número de las víctimas asciende a cuarenta y tres.

Han sido trasladados a la Morgue tres cadáveres de mujeres; el segundo del *Guadaira* ha reconocido a Adela Ruggiero, Rosa Mariotti y Marietta Mariotti, pertenecientes a una compañía lírica que se hallaba de pasaje a bordo.

Se dice que el capitán Gomez murió por querer salvar a una mujer que se ahogaba a su lado.

Al recibirse la noticia del siniestro, acudieron inmediatamente el comandante del puerto, el cónsul de España y el conde de Keratry con su secretario. El prefecto dió orden de que saliera el pequeño vapor de la Sanidad para que se recogieran los cadáveres que arrojase las olas.

El cónsul de España ha dado las gracias a las personas que han contribuido a la salvación de los naufragos, y ha escrito a M. Mary que transmitiera a su gobierno un parte circunstanciado y que esperaba que sería dignamente recompensado su generoso comportamiento.

No se sabe a punto fijo a qué atribuir el siniestro, ni se sabrá nunca probablemente, por que la única persona que hubiera podido dar noticias, que es el maquinista, figura en el número de las víctimas. Pero generalmente las personas inteligentes en la materia creen que la explosión se debió a falta de alimentación de la caldera, que estaría sin duda candente por haber estado parados mucho rato, y que al dar el capitán la orden de marcha, el maquinista arrojara de golpe agua fría en la caldera.»

#### LOS SOCIALISTAS ALEMANES.

En Alemania excitán la atención y los cuidados de los gobiernos más que en otros países los progresos que va haciendo la Internacional. Véase lo que sobre el particular escriben de Berlín a un diario de París:

«En conformidad con las resoluciones adoptadas en Gastein a consecuencia de las deliberaciones entre M. de Bismark, M. de Beust y el conde Andrassy, tendrá lugar aquí en breve una conferencia de delegados de Alemania y Austria-Hungría que se ocupará de la Internacional. Hasta ahora los demás Estados no se han mostrado dispuestos a tomar parte en esa conferencia. La práctica Inglaterra sabrá resolver las cuestiones sociales en su seno sin venir a buscar consejos a Berlín.

Lo mismo puede decirse de la Francia. Los húngaros, solícitos siempre en sacar a relucir su personalidad política y de afirmarse como Estado distinto, han nombrado ya su delegado, que es uno de los jefes de sección del ministerio de Comercio. Ese delegado se encuentra en Viena, donde conferencia con los hombres de la Cisleithania que se han ocupado de la cuestión. A decir verdad, la Hungría es la que menos que ningún otro Estado se halla amenazada de las maniobras de la Internacional. Desprovista de industria, solo tiene una corta población obrera, y la causa formada hace poco a los obreros de Pesti, acusados de manejos socialistas, prueba que había en ellos más aturdimiento que malicia, y que esos pretendidos revolucionarios estaban todavía en el A B C de su oficio.

No es así con nuestros socialistas alemanes, cuya poderosa organización é incansante actividad han suscitado a nuestros gobernantes más de un aprieto.

Nuestro país es el que ha producido los dos padres del socialismo moderno, Lassalle y Marx, ambos prusianos é israelitas. Las huelgas repetidas que se declaran en Berlín, en Breslau, en Magdeburgo y en todos nuestros grandes centros industriales son evidentemente obra de la vasta asociación a que fué debida la Comuna. Sus emisarios no cesan de recorrer la Alemania, y la prensa que subvenciona mantiene una fermentación permanente entre las clases obreras.

El día 9 salieron dos apóstoles de la democracia socialista para hacer propaganda en la Pomerania y la Prusia oriental. Otros dos grandes agitadores que partieron de Altona (una de las grandes sucursales de la asociación en el continente) han ido con el mismo objeto a Westfalia y a la provincia rhiniana. Otros dos emisarios que partieron de Bremen y de Hamburgo llevan encargo de recorrer la Alemania del Sud. La sección de Bautzen ha enviado otro a la Sajonia real, donde está ya trabajado el terreno por numerosas asociaciones locales.

En Chemnitz, gran centro industrial, que produce a la vez artículos de ropa blanca y máquinas de vapor, el partido socialista tiene un órgano, *La Prensa Libre*, que diariamente excita al «pobre pueblo» contra los «burgueses panzudos y satisfechos.» Ultimamente, su redactor en jefe, Mort, fué perseguido por unos versos socialistas que contenían el delito de ultraje a la persona del emperador. Anunció el hecho en una reunión nocturna y a los pocos días pudo gloriarse de haber recogido 187 francos 33 céntimos destinados «a comprar un almohadón en que poder sentarse durante sus largas horas de cautiverio.»

Así es como nuestros demócratas toman las cosas: la conciencia de su fuerza les permite reírse de las persecuciones. En la provincia de Brandeburgo, de la que es capital Berlín, los dos agentes más activos de la Internacional son el célebre albañil Breikau y un tal Schenkel de Halbestadt.

Su programa, publicado recientemente por los diarios socialistas, termina con estas frases: «Nuestra consigna se resume en esto: combatir en todas partes a nuestros enemigos, a saber: la reacción y el capital. Así, pues, ¡valor y ade-

lante!» Desde hace algunas semanas se halla trabajada la Silesia por emisarios que obtienen gran éxito, sobre todo entre la clase numerosa de los pobres tejedores.

Hace un mes dos socialistas han publicado un informe que no ha sido desmentido y que traza el cuadro siguiente de la terrible miseria de aquellas poblaciones:

«Los tejedores están en su taburete desde las cinco de la mañana hasta las once de la noche, y luego necesitan estar liando hasta las once ó las doce de la noche para poder continuar su trabajo a la mañana siguiente. Las mujeres que lían para las fábricas ganan al día 1 1/2 grchen (18 céntimos) y las más hábiles 2 1/2 grchen (30 céntimos). El alimento de estas gentes se compone de patatas cocidas en agua ó preparadas con un poco de harina y de grasa. En cuanto a la manteca y la carne, solo las conocen de nombre.»

Véase una muestra de las miserias sociales que explotan nuestros socialistas y a las que nuestros hombres de Estado van a tratar de buscar remedio.

Las cercanías de Berlín continúan ofreciendo el espectáculo de colonias de habitantes nómadas, en número de más de 2.000! que no han podido hallar alojamiento en la ciudad y acampan bajo tiendas ó barracas.»

#### CATÁSTROFE EN LA ISLA DE ZANZIBAR.

Del *Times* tomamos el siguiente interesante artículo:

«El cielo aparecía cubierto de nubes en la noche del domingo; todo anunciaba una próxima lluvia. En efecto, a eso de las seis de la tarde, el agua empezó a caer á torrentes, impelida por una fuerte brisa del Sud. De ocho a diez calmaron algun tanto la lluvia y el viento, pero la noche siguió horrascosa, soplando por intervalos fuertes ráfagas. Hasta la mañana estos fenómenos no ofrecían todavía nada de extraordinario y parecían los preludios de la primera aparición de los monzones del Sud. Desde el apuntar el día hasta las ocho redoblaron la tempestad y la lluvia, y ya entonces se empezó a temer algo inusitado.

Los techos que resistieron a otros monzones empezaron a ceder, y nuevas señales indicaban que la tempestad redoblaba en intensidad y fuerza. Muy de mañana, las techumbres de hierro que cubren las casas elevadas del sultan fueron arrojadas al mar por una fuerte ráfaga, quedando destruidos por la tarde todos los techos que miran al Sud.

Al propio tiempo las embarcaciones que los naturales del país tenían en el puerto se iban a pique, y los vapores y buques de vela del sultan, rotas las amarras, fueron a estrellarse en los escollos.

A la una la tempestad dió muestras de apaciguarse, y, en efecto, no tardó en sobrevenir una calma chicha tan completa, que una pluma hubiese caído al suelo perpendicularmente.

Fueron en gran número los que, juzgando ya pasada la tormenta, salieron para ir a examinar los estragos. Un amigo mio, sin embargo, más al corriente que yo de la ley de los ciclones, instóme para que volviese a mi casa y procurase arrancar cuantas ventanas y puertas mirasen al Norte. A la sazón, la calma que reinaba tenía algo de siniestra, como el terrible huracán que soplara horas antes; ni un rayo de sol pasaba a través de aquel cielo de plomo, que por momentos se iba oscureciendo más y más por la parte Norte.

Los animales todos permanecían inmóviles y silenciosos. Mis cotorras, con el plumaje erizado, no respondían a las preguntas que les dirigía, y las gallinas se dejaban coger y no hacían el más leve ruido. Yo, que había oído ponderar el instinto de los animales en circunstancias análogas, temí que nos amagase un terremoto.

Entre tanto mi amigo estaba ocupado en arrancar las ventanas, ni más ni ménos que si se preparase para resistir a un asalto general. Imité su ejemplo sin apresurarme, pues creía que si la tempestad nos amenazaba por el Norte vendría gradualmente dándonos tiempo para poner a salvo mis papeles y mis libros.

No habían trascorrido tres cuartos de hora desde que terminada la tempestad del Sud, cuando, y en ocasión en que estaba sujetando con cuerdas las ventanas, oí un agudo silbido como el que produce una máquina de vapor, por lo cual pensé que podría proceder del *Abidos*.

De repente la ventana que yo estaba asegurando empezó a agitarse con violencia, y tras cuatro ó cinco sacudidas, una fuerza irresistible abrióla de par en par, arrancó los postigos y nos derribó a todos. Creo que aquella primera ráfaga del Norte fué la más impetuosa de todas. En fin, levantéme agarrándome a una balaustrada y miré al Norte; la oscuridad, sin embargo, era tan completa, que ni siquiera veía la pared en que me apoyaba. El agua entraba a torrentes por la ventana; era agua salada y el huracán la arrastraba del mar entre nubes de arena.

En pocos momentos las habitaciones quedaron inundadas y derribados los muebles. Libros y sillas, todo flotaba en confusión, y hubiera sido inútil tratar de salvar algo. La tempestad se prolongó hasta una hora avanzada de la noche, y al despejarse el cielo pudimos formarnos una idea de las ruinas que nos rodeaban.

Los muebles habían sido arrancados y las casas que dan al mar amenazaban ruina.

Los grandes edificios de la misión inglesa y los consulados americano, inglés y alemán no

hubieran podido resistir por más tiempo el ímpetu de la tempestad. Fueron en gran número los navíos que se estrellaron en las rocas, pereciendo sus tripulaciones.

La ciudad ofrece el aspecto de la desolación, no habiendo quedado en pie una casa de tierra. Las noticias que se reciben del interior de las islas son desastrosas.

En Zanzibar se cultiva el cacao y el clavo. Una de las granjas que la misión inglesa adquirió recientemente contenía 600 árboles de cacao y solo han quedado 19 ó 20, y aun rotos. Lo propio ha sucedido en otras granjas.

Al decir de los árabes, la destrucción de los árboles del cacao y del clavo es completa. Una propiedad evaluada en 20.000 dollars ocho días atrás, hoy no vale 1.500.

Requiere quince años para que dichos árboles den fruto. Las cosechas de arroz, maíz y patatas han quedado destruidas. La ruina y el hambre amenazan a los habitantes de la isla. Evalúanse las pérdidas en cuatro ó cinco millones de libras esterlinas.»

Sabida la importancia que tiene todo lo que afecta al progreso material del mundo, hemos recopilado datos mercantiles de varias naciones, y de ellos extractamos los resúmenes que van más abajo.

Los Estados-Unidos importaron durante el mes de Enero de este año, mercancías por valor de 51.966 179 pesos, contra 41.406.336 en igual mes de 1871. Los buques americanos llevaron efectos de estos por valor de 12.398.419, los extranjeros, 37.807.572, y el resto fué por ferrocarriles y otros transportes.

Las mismas importaciones ascendieron en los siete meses que terminaron en 31 de Enero de 1872, a la suma de 338.937.959, contra 193.420.737 en igual período de 1871.

La exportación durante el referido Enero de 1872 se valió en 52.987.419, contra 53.500.224 en el del año anterior. Los buques extranjeros condujeron mercancías de estas por valor de 38.685.579; los americanos 13.893.593, y el resto por transportes terrestres.

La exportación durante los siete meses terminados en 31 de Enero de 1872, ascendió a 301 millones 191.989 contra 302.404.664 en igual período del año anterior.

El número de buques entrados en los puertos de la Unión durante Enero de 1872 fué de 1.236 con 19.763 hombres de tripulación, midiendo 747.309 toneladas. De estos, son americanos 456 y 780 extranjeros. Procedían de España 26, de Cuba 99 y de Puerto-Rico 16. En el puerto de Nueva-York entraron 385, que median 272.967 toneladas.

Durante el ya referido mes salieron de los puertos de la Unión 1.271 buques, con 19.516 tripulantes, midiendo juntos 721.226 toneladas. De estas embarcaciones, 527 son americanas, y 744 extranjeras; 188 fueron para Cuba, 52 para la Península y 40 para Puerto-Rico.

De los buques entrados, 122 son de vapor, 56 americanos y 66 extranjeros, y entre los salidos hay 117; 57 americanos y 60 extranjeros. De Cuba fueron 18 y salieron para allí 20.

Durante el mismo mes entraron en los puertos de los Estados-Unidos 1.888 buques costeros y balleneros, de los cuales eran de vapor 1.060; y salieron 1.738, siendo 980 de vapor.

Durante los siete primeros meses del año fiscal de 1871 a 1872, el ramo de bebidas produjo al Tesoro de los Estados-Unidos 31.926.214 pesos; el de tabaco, 19.243.088; el de Bancos y banqueros, 2.915.585; de productos líquidos de individuos, compañías y empresas, 8.373.740, y con el producto de otros ramos forma un total de cerca de 77 millones.

Rusia tenía en 31 de Diciembre de 1869 cuatro ferrocarriles del Estado, que median 827 millas y 26 de empresas particulares, que comprendían 4.308.

La marina mercante de Inglaterra y sus posesiones asciende a 37.587 buques, que miden 7.149.134 toneladas.

La de Alemania cuenta 4.949 buques, que miden 1.294.948 toneladas.

La de Austria tenía en 1870 7.843, que miden 375.822 toneladas.

La de Italia se componía en 31 de Diciembre de 1870 de 18.822, con 1.013.038 toneladas métricas.

En 1871 se ocupaban en el comercio de los Países-Bajos 9.567 buques, de los cuales eran nacionales 3.015 y 6.556 extranjeros.

Durante el año de 1871 se exportaron de Cuba 1.126.141 cajas de azúcar, 416.153 bocoyes de azúcar y 234.553 id. de miel.

En una correspondencia oficiosa dirigida de Berlín a la *Gaceta de Augsburg*, se dice «que las negociaciones para la evacuación del territorio francés, no terminarán tan rápidamente como desean ambas naciones, por la gran desconfianza que reina en las altas esferas oficiales de Alemania acerca de la estabilidad del actual gobierno francés.» Por su parte, la *Gaceta de la Cruz* expresa dudas sobre la exactitud de los informes publicados por *Le Temps*. «La evacuación de los dos departamentos, dice el diario prusiano, no se verificará hasta despues del pago de otros 1.000 millones, y no es tampoco probable que la fuerza efectiva del ejército de ocupación se disminuya antes del pago íntegro de estos 1.000 millones.»

LOS PARTIDOS POLÍTICOS  
ANTE LA HISTORIA.

## XLVIII.

Predominaba el partido liberal avanzado, con gran número, en las Cortes Constituyentes. Reunidas estas, como ya se dijo, el 24 de Octubre de 1836, su primer acto envolvía la consagración del derecho popular más eminente, con el reconocimiento más espontáneo del principio monárquico; y revalidando la autoridad de doña María Cristina, como gobernadora del reino, asentaban el trono de Isabel II sobre la augusta base de la soberanía nacional.

Consignada por las Cortes esta doble protesta de fe política, su tarea más importante y la que le era peculiar, fué la de reformar la Constitución y establecer, con mano tan diestra como firme, las bases de la nueva organización social, según palabras textuales del discurso de apertura. En este mismo discurso decía, entre otras cosas, la reina gobernadora: «A esta empresa noble y majestuosa sois principalmente llamados. Yo, por tanto, nada propongo ni aconsejo como reina; nada pido como madre. No es posible imaginar en la generosidad española que sufra menoscabo ninguno la prerogativa del trono constitucional por la orfandad y niñez de la reina inocente que está llamada á ocuparle.... Subidos á la altura de vuestra misión sublime, sin duda os sobrepondréis á los intereses parciales y pequeños, á todos los sistemas exclusivos.»

El cómo correspondieron las Cortes revolucionarias ó exaltadas á las esperanzas de la corona, lo manifestó la misma reina gobernadora el 18 de Junio de 1837, día de la jura y promulgación solemne de la nueva Constitución, por medio de otro discurso, del cual trasladamos el siguiente párrafo: «Al proceder á la reforma de la ley política de Cádiz, no habeis escuchado las sugerencias presuntivas del espíritu de partido, ni atendido á las mal seguras ilusiones de una popularidad perniciosa. Por manera que, naturalmente y sin violencia, ha recibido aquel Código las formas y condiciones propias de todo gobierno monárquico-representativo. En la sanción de las leyes y en la facultad de convocar y disolver las Cortes habeis dado á la prerogativa real cuanta fuerza necesita para mantener el orden, y dejando en lo demás espedita y desembarazada la acción ejecutiva del gobierno, conteneis el abuso que pudiera hacerse de aquella facultad, imponiendo la obligación de convocar las Cortes cada un año.» El país en general aceptó también, complacido, la nueva Constitución, considerándola como el justo razonable medio entre la democracia de Cádiz y el feudal Estatuto; pero no así, en absoluto al menos, las fracciones más exaltadas del liberalismo, que manifestaron su descontento en las discusiones parlamentarias, revelado además por la salida de Lopez del ministerio, sustituyéndole Pita Pizarro; y también se manifestó por asonadas en Barcelona y Tarragona.

## XLIX.

Conocido el efecto producido, de primera impresión, en la corte y en el país por una medida de tanta trascendencia en la vida política, vengamos á examinarla con relación al partido que la llevó á cabo, á la luz de los juicios y sucesos posteriores.

Los moderados que formaban parte de las Cortes constituyentes cooperaron sin reserva á la elaboración del nuevo Código político, y el partido en masa lo adoptó con paternal cariño, como emanación genuina de sus principios. El más autorizado de sus periodistas declaraba entonces (1), que «la Constitución de 1837 debe adoptarse como la base, y ser el punto de partida de todos los progresos y mejoras apetecibles.»

«Aunque enemigos opuestos, é injuriándose recíprocamente, los dos partidos reconocieron tácitamente que ambos eran necesarios á la existencia del edificio constitucional, y quizá sin saberlo, ó cuando menos sin poderlo evitar, dieron una insigne prueba de patriotismo y de cordura, elaborando los unos y aceptando los otros, la Constitución de 1837 que á todas luces fué una verdadera transacción entre los dos gran-

(1) Borrego en su obra citada, páginas xvi y 67.

des fracciones del partido liberal, un medio hábil de haber echado las bases definitivas de un acuerdo que diera á todas las opiniones un terreno legal, perpétuo, dentro del cual midieran sus fuerzas y ejercieran su influencia con la libertad, igualdad y recíprocas garantías en que se funda la estabilidad y el crédito de los gobiernos constitucionales.» Con términos tan lisonjeros venia á juzgar uno de los oráculos del moderantismo la lealtad y desinterés del partido contrario, respecto al punto crítico de que nos ocupamos.

Otro publicista, no menos autorizado que el Sr. Borrego, y de su escuela, ha dicho (1) á propósito de lo mismo, lo siguiente: «El partido dominante pareció reconocer el fin de su misión, y doblegando la inflexibilidad de sus creencias exclusivas ante la necesidad de principios más flexibles y expansivos, consignó en un Código político de inmortal memoria las bases del gobierno, los elementos del orden y las garantías de la libertad. Aquella Constitución restauró la monarquía, sancionando el veto: sustituyó á la soberanía nacional la omnipotencia parlamentaria: hizo posible la administración, trasladando al poder ejecutivo las atribuciones de gobierno que habían absorbido las Asambleas deliberantes, y en sencillas y solemnes fórmulas reguló la acción, y circunscribió los límites de los poderes públicos. Aquella ley política fué aceptable para todos. Con aquella ley todos podían gobernar, menos los que no pueden acomodarse á ninguna. Con la adopción de aquella ley debió concluir la división de los partidos.»

No puede darse encarecimiento más acabado de una obra humana; pero celoso el Sr. Pastor Diaz de la gloria de sus autores principales, trató de amenazarla, con aquel espíritu político enfermizo que le era habitual, suponiéndoles impulsados solo por la necesidad de las circunstancias, sin verdadera abnegación patriótica y hasta sin nociones gubernamentales. Así es que asegura en párrafos anteriores al transcrito, con pueril desavío, que el partido exaltado, falange aguerrida y victoriosa, se hallaba mal con la paz; que creía que la revolución, como era su obra, debía ser su trabajo eterno; que no atinaba á construir el gobierno y á regularizar la libertad: pero tan arrebatada catilinaria queda destruida con el anterior ciceroniano elogio del Código de inmortal memoria, formado por esos pobres diablos exaltados.

Y el mismo Sr. Borrego, de carácter más sesudo y práctico, en vez de reconocer en el partido exaltado esa exuberancia revolucionaria perturbadora, le moteja de caduco é impotente—página XV de la obra antes citada—«porque no daba satisfacción y cabida á los intereses democráticos que aspiraba á representar; ineficacia, además, de que él mismo suministraba la más evidente prueba, verificando las reformas económicas, la supresión del diezmo y la apropiación de los bienes nacionales, según un sistema que favorecía á las clases acomodadas y ricas en perjuicio de las pobres y jornaleras.»

Podemos, pues, asentar, por los mismos juicios de la banderiza malquerencia y por los hechos realizados, que el partido liberal exaltado dió en 1837, cuando más pujante se sentía y era omnipotente su influjo, la prueba más acabada de benevolencia, de moderación, de patriotismo y de aptitud para el desempeño del gobierno; haciendo el sacrificio de antiguos arraigados principios y hasta de entrañables afecciones políticas. Porque no es de creer que los ilustres veteranos parlamentarios de Cádiz y los que en su escuela se habían ejercitado, renunciáran, sin pena, á los cánones principales de su dogma político, para establecer, con sincera buena voluntad, una fraternal alianza con políticos infieles; pues es lo cierto, que el principio fundamental de la soberanía nacional se había transmitido como con cierto velo desde la Constitución de 1812 á la de 1837, y que en aquella quedaron, como en panteón histórico, la Cámara única, la integridad parlamentaria, la diputación permanente de las Cortes, y otras garantías de orden más secundario, sacrificado todo en aras de los intereses conservadores y monárquicos, con imprudente desampa-

(1) Pastor Diaz, id. pág. 35.

ro de los verdaderos intereses populares.

Y esto se hacía en un país, donde, por efecto del inveterado despotismo, los hábitos, las tradiciones, los elementos sociales todos estaban al lado de la autoridad para asegurar su prepotencia; y cuando la naciente práctica parlamentaria enseñaba que las descompasadas oscilaciones gubernamentales procedían de la infiel ponderación monárquica.

## L.

Natural y lógico era, por lo tanto, que al reconstruir la máquina política según el mecanismo constitucional, se hubiese procurado asentarla sobre el equilibrio de los dos grandes poderes, elevando el popular hasta el nivel del monárquico, en vez de seguirse el procedimiento contrario por los operarios de 1837. Pero esta misma contemplación, que podrá ser censurada de inconveniente por el liberalismo más exaltado, es la que debía abonar al partido tildado de trastornado, á los ojos de los moderados, para reconocer en él verdaderas ideas de orden y de gobierno; títulos legítimos para ser admitido, con generosa lealtad, en el juego de las instituciones representativas.

En abono también de los Constituyentes de 1837, de su levantado patriotismo y rectas intenciones, vamos á transcribir el juicio autorizado del Sr. Marliani, notable por su exactitud é ingenuidad. Dice (1) así: «...pero es innegable que, por un fenómeno que debiera embargar la atención general, los mismos sujetos de 1812, á quienes se tilda de *celebros emparejados*, sin aprender ni olvidar cosa alguna, han sido los reformadores de su propia obra, soslayándose al monarquismo. Si lo han hecho con el desengaño de la experiencia, hágase á lo menos justicia á su racionalidad excelsa; si convencidos de la perfección de la Constitución de 1812, se han avenido á instar por su revisión, entonces han descollado con un ejemplar harto escaso de nobilísimo desaproio, de sumo afán por lo mejor, sacrificando así su convencimiento entrañable á la opinión pública, que estaba pidiendo una reforma constitucional. Así en ambos casos se han acreditado de verdaderos progresistas; y en verdad que al volver por este dictado, nada usurpan; pues, sin realizarse á sí mismos, sus gestiones están abogando por ellos.» Aprovechamos esta ocasión para tomar acta del calificativo PROGRESISTAS, empleado por el Sr. Marliani, como el más apropiado para designar á los liberales reformistas, á quienes sus adversarios impusieron en un principio el de exaltados, por vía de anatema político. Que no era este merecido, lo acreditaron el tiempo y los sucesos, y por eso la opinión les arrancó el sambenito de exaltados para cubrirlos con el manto de progresistas.

Con este calificativo, que adquirió luego la sanción universal, los designaremos en adelante; así como continuaremos, con el uso, llamando moderados á los adversarios, á pesar de su empeño en despojarse de tal nombre, por el sarcasmo que envuelve, de día en día más reparable, aplicado á políticos de semejantera laya.

Aprovechada la oportunidad crítica de 1837, para desvanecer las malévolas inculpaciones lanzadas contra el partido progresista, y para rehabilitarle ante sus propios detractores, veamos cómo fueron recompensados los extraordinarios servicios que prestó al trono y al pueblo, al orden y á la libertad; reanudando, al efecto, la narración histórica, por esta necesaria digresión interrumpida.

Rendido el ministerio Calatrava, ante la sedición político-militar de Pozuelo de Aravaca, y creyéndose cómplice de ella á Espartero, porque no la castigó, como general en jefe que era de aquel ejército, cuando tal vez por prudencia extrema adoptó este temperamento, diósele la cartera de la Guerra, en el que le sucedió, cuyo cargo no tuvo por conveniente aceptar; no obstante lo cual, el nuevo ministerio representó también, muy precariamente, como veremos después, las ideas de progreso.

En cuanto á las Cortes, votado que hubieron las reformas más urgentes, algunas de las cuales hemos indicado, y formada la Constitución, se apresuraron á abdicar sus poderes, publicándose el 20 de Julio el decreto de convocatoria de las ordinarias; cuyos representantes ha-

(1) Su historia citada, pág. 127.

bían de nombrarse con arreglo á la ley electoral elaborada por aquellas.

## LI.

El partido progresista, con toda la organización oficial por suya y con el favor general de las opiniones más ó menos liberales, como premio merecido á su leal y patriótico comportamiento en las Cortes Constituyentes, al consultar al país con arreglo á su misma ley electoral, aparece abandonado por este, pronunciándose por el moderado en el secreto de las urnas.

El Sr. Borrego, que ha calificado de fenómeno este suceso político, lo ha explicado (1) con sobra de vanidad y falta de criterio; suponiendo, por un lado, que su «Manual electoral» en aquellas críticas circunstancias publicado, fué todo el artificio á que las ideas moderadas recurrieron, como la varita mágica que hizo brotar del país la mayoría que se le pedía; y aseverando por otro, en el párrafo inmediato, que el partido progresista entronizado en 1836, cayó un año después «por su propio peso y porque apuró sus condiciones naturales de vida.»

En primer lugar, la educación política no estaba todavía lo bastante formada para poder dirigirla con tan maravilloso éxito hácia un fin determinado, por medio de una cartilla electoral; de cuya enseñanza, siendo tan elocuente, se hubieran aprovechado también los progresistas, á pesar de la fiscal previsión del pedagogo en consagrarla á «los electores de la oposición monárquico-constitucional» exclusivamente.

En segundo lugar, es absurdo suponer que el partido progresista muriese ahora de muerte natural ó por el apuramiento de sus condiciones de vida, cuando poco antes acababa de manifestar tan exuberante y ordenada vitalidad, dando á luz una Constitución robusta, cuyo natalicio celebró alborazado el mismo Sr. Borrego. Para que tal aseveración dejara de ser absurda, tendríamos que asimilar orgánicamente los partidos políticos á aquellos seres que pierden la vida al comunicarla por medio de la generación, en vez de representarlos por el ave Fénix, que muere y revive al calor de la propia ceniza.

El fenómeno electoral descubierto por el Sr. Borrego, tiene una explicación muy sencilla. El partido progresista, consagrado con la fe que le es ingénita, á completar y asegurar las conquistas revolucionarias, hacía una política franca; mientras que sus adversarios, con torcidas miras y sin apoyo en la opinión popular, habían inventado otra política atrabiliaria, escudada por encubiertas influencias extralegales. Lanzados los progresistas al campo electoral, á pecho descubierto, sin preparación ni precauciones siquiera, no es extraño que perdiesen la batalla contra los moderados, que acometían con armas vedadas y resistían bajo encubiertas cotas.

J. TORRES MENA.

## LA EMANCIPACION DE LA MUJER.

...una mujer obligada á pensar y obrar como un hombre, no es ni hombre ni mujer; abdica todas las gracias de su sexo, y no adquiere ninguno de los privilegios que nuestras leyes han concedido á los más fuertes.

BALZAC.

Las revoluciones del progreso humano, en sus levantados fines de devolver á la criatura racional su ingénita grandeza, han ido destruyendo, con el esfuerzo de las ideas y la perseverancia de la razón, los innumerables abusos y privilegios que engendraron las pasiones y el egoísmo de los primitivos dominadores del mundo en las costumbres públicas.

El hombre ha ido quebrando paulatinamente los duros eslabones de su pesada cadena; y hoy, si no ha recobrado totalmente la plenitud de su soberanía, al menos goza de alguna libertad y no mira tan lejano el día de su completa redención.

Como consecuencia de este adelanto moral del hombre, ha nacido en la mujer, hermoso complemento de la vida, el natural deseo de ser libre, la noble aspiración de entrar en la esfera de los seres redimidos que han de cumplir su destino en la tierra, aplicando sus fuerzas, morales y físicas, á la realización de su voluntad, siempre dentro de la libertad y del derecho.

La esclavitud de la mujer en el mundo antiguo es la peor de las esclavitudes.

La mujer, base fundamental de la sociedad y

(1) Su obra citada, página 69.

de la familia, esclava, y por consecuencia embrutecida, no podía educar sus hijos más que como ella había sido educada, resultando principalmente del atraso y la barbarie de la mujer, la ignorancia, el servilismo y la esclavitud de los pueblos.

Por esta razón, para el adelanto de las sociedades humanas, la mujer debe progresar juntamente con el hombre, aunque en distinto sentido, por ser distinta su misión en la obra de perfectibilidad que ha emprendido el mundo moderno.

Hoy, en presencia del activo desarrollo intelectual del ser viviente, ante la universalización de las ciencias y de las ideas, hay mujeres que se creen igual al hombre en todo, considerándose con las mismas aptitudes, con iguales derechos y hasta con la misma misión que realizar.

De este pensar inocente resulta la publicista, es decir, la mujer política, que lo mismo escribe un artículo de furiosa oposición al gobierno, que asiste a un cónclave de conspiradores, que levanta su voz en un club para excitar ó entusiasmar las masas, entendiéndose que de esta manera trabaja por la emancipación de la mujer.

Reconocida y proclamada la libre emisión del pensamiento en todas sus manifestaciones, aunque no en su expresión más lata, háse despertado en el bello sexo el deseo de escribir para la imprenta, no ya para tratar los asuntos sencillos y delicados de la moral de las costumbres, con relación al hogar doméstico, ni para explicar los deberes de la madre, de la hija y de la esposa, ni para otras muchas cuestiones ajenas á la mujer, sino para escribir política, y política de rabiosa oposición.

Generalmente, en la casa de esta especie de publicista, todo está, como suele decirse, manga por hombro.

Si esta mujer es casada (suponiendo que la complacencia del esposo mártir llegue hasta el punto de permitirle semejantes excesos), si es casada la publicista, repetimos, y no vive en situación de mantener criados que cuiden las haciendas de su casa, el pobre marido, ó mejor dicho, el pobre hombre, tiene que asistir á la cocina, que dar la papilla á los chiquitines y hasta que barrer el, por lo general, súpico pavimento. Trocados los respectivos papeles del hombre y la mujer, figúrese el lector, si puede, cuál será el aspecto de la mansión de tan bienaventurados cónyuges.

La perspectiva que ofrece un marido atizando la lumbrera de la hornilla, mecendo la cuna del pequeñuelo ó limpiando el polvo á los muebles, es deliciosa.

Cuando el cuadro presenta cambiantes más sorprendentes, es cuando el esposo se apercebe de que no vive en la isla de San Balandran y abandona, volviendo por sus fueros, los quehaceres domésticos. Entonces, y solo entonces, es cuando dá alegría penetrar en la casa de la escritora política.

Casi siempre comen *fiambres* traídos de fuera de casa, ó lo que es lo mismo, comen caro y mal. De arreglo y limpieza no hay que hablar una palabra.

Los pobres niños, careciendo de la solicitud y de los cuidados que su edad reclama, se crían entecos, enfermizos, y á lo mejor, mientras la mamá corrige las pruebas del artículo que ha de publicarse inmediatamente, para que no pase su oportunidad, se arrastran por el suelo llorando á grito herido, ó se rompen las narices contra una cómoda, ó se caen de encima de una silla fracturándose algún miembro ó ponen el sofá hecho una lástima.

Y á todo esto, ella, la escritora política, entiendo que trabaja por su emancipación.

La mujer política participa del vértigo, de las pasiones y de las miserias que, en mayor ó menor escala, trabajan el partido á que pertenece; se agita en sus luchas, toma parte en sus intrigas y corre sus peligros.

Así, el mejor día (y ya se han dado casos) la periodista agitadora se mira envuelta en un proceso judicial por haber injuriado al ministro S. ó calumniado al funcionario H., ó por haber atacado la inatacable persona de S. M.

Y ya tenemos á la publicista á salto de mata, huyendo de la policía ó en la cárcel pública, si no ha podido burlar la vigilancia de sus crueles perseguidores.

El cuadro se completa. La situación de esta mujer y la de su familia no puede ser más lisonjera.

Ella, sin embargo, continúa creyendo que sirve la causa de la emancipación de la mujer.

La escena varía de aspecto. Imagínese el lector la espaciosa estancia donde reside un club.

El lenguaje empleado en estos centros es casi siempre apasionado.

En lo más interesante de la sesión, se oye la voz fina y delicada de la ciudadana G., que pide la palabra para *terciar* en el debate.

Cuando la ha llegado su turno, la ciudadana atraviesa el salón, en cuya atmósfera está condensado el humo de los cigarros, lo que algunas veces hasta impide la respiración á los hombres, y ocupa graciosamente la tribuna, no sin haber escuchado al pasar por entre la multitud, los punzantes epigramas con que la obsequiarán sus correligionarios políticos.

Oigan Vds. un discurso *femenino* de club, y digan luego con franqueza si de él han podido sacar algo en limpio, y digan también si algo

provechoso tiene que decir ó hacer una mujer en semejante lugar.

Nada: su trabajo se concreta única y exclusivamente á declamar en media hora ó en una, el discurso que á duras penas escribió en un día y en dos aprendió de memoria, y cuyo contenido es la sempiterna repetición de las palabras más huecas y rimbombantes del diccionario de los escritores á la fuerza y de los políticos por compromiso. Menos cuando no emprende una senda, para ella más desconocida y difícil que la rutinaria, pero de más gloria, y proclama la destrucción de la familia, la liquidación social, la anarquía, y hasta la necesidad de ahuchar con petróleo á la mitad del género humano.

Esta no es ni puede ser en manera alguna la misión de la mujer que, mientras pronuncia un discurso ó se ocupa en su confección, es necesario arremangarse los pantalones para poder penetrar en su política morada.

Esto, sin mencionar el ridículo que pesa sobre ella, y sobre todo la inutilidad de su esfuerzo, en tal sentido, en las empresas públicas de los pueblos.

Sucede (y también se han dado casos) que la mujer añada á una asamblea secreta de conspiradores, para burlar la vigilancia de la policía, ó para estar en carácter en su papel de revolucionaria, ó por algún otro motivo que ignoramos, se disfraza trocando su traje habitual por un vestido de hombre.

Al reemplazar el pantalón á las enaguas y la levita á la túnica, el cambio ofrece un contraste tan grotesco que, más de un transeúnte al mirarla se imagina estar en pleno carnaval, porque más que otra cosa parece una máscara.

Entonces es fácil se descubra la conspiración, porque no ha de faltar, de seguro, algún desocupado que por curiosidad siga los pasos de la incógnita revolucionaria y averigüe dónde y para qué entra.

Después de mil peripecias é inconvenientes, penetra al fin en el cónclave, y aquí entra la segunda parte, que de suyo es siempre la más lastimosa.

La estancia que ocupan los conjurados es de rigor que sea subterránea y sombría; la luz que en ella luce, téame; los discursos que allí se pronuncian (siempre á media voz) misteriosos y terroríficos.

La ciudadana también usa y abusa de la palabra, y después de encarecer la necesidad de derribar al gobierno por medio de la fuerza, es decir, á sangre y fuego, da cuenta de los *hombres que tiene á su disposición* y de los recursos que posee para cooperar á la obra revolucionaria.

Mientras la conspiradora se ocupa en esta empresa temeraria, que puede muy bien facilitar el viaje gratis á Fernando Póo, acaso sus hijos, si los tiene, se han despertado y escandalizado á gritos la vejez: acaso su marido pasa la noche alegremente con alguna tiple de zarzuela, ó quizá los calcetines de su papá, suponiendo que sea soltera, necesiten de repaso.

Pero ella no se cuida de estas nimiedades domésticas; ella cree que su deber es conspirar, que tiene derecho á trabajar por la emancipación de su sexo, y sigue cándidamente creyendo que realiza su destino, que merece bien de la humanidad y que está á la altura de las circunstancias.

Además de estos tipos originalísimos y por lo general improvisados, existe la literata de profesión, la mujer estudiosa que con cabal conciencia del sublime sacerdocio de las letras humanas, se ha emancipado y trabaja por la emancipación de su sexo, adornando nuestra escena y enriqueciendo nuestras bibliotecas con los frutos de su meditación y con las inspiraciones de su genio, sin penetrar nunca en el candente círculo de la política activa.

También existe la literata de afición, la mujer que después de atender con preferencia á todo el cumplimiento de sus obligaciones, en vez de dedicar sus ratos de ocio á frecuentar bailes, ó á visitas de etiqueta, ó á tertulias de confianza donde se gasta el tiempo inútilmente, ó perjudicialmente se *aprovecha*, destina estos ratos perdidos al estudio de las ciencias y de la literatura.

Estas mujeres, á nuestro juicio, cumplen con su deber y sirven á la causa de su emancipación más eficazmente que la oradora de club, que la periodista política y que la conspiradora revolucionaria.

No somos enemigos de la emancipación de la mujer, en el buen sentido de la palabra, por que, como dejamos dicho, la cultura de la madre se refleja en el hijo, y de mujeres ignorantes nacen pueblos esclavos y envilecidos.

Pero como las nuevas ideas atraviesan siempre un largo período de exageraciones, y de estas resultan las publicistas que hemos malamente bosquejado, de aquí la necesidad de señalar á la mujer el camino que debe seguir para elevar su sentimiento moral, colocándose á la altura que ocupar debe en la actual civilización, para lo cual no es necesario, en nuestro sentir, su participación activa en las fogosas contiendas de la política.

Trabaje la mujer por su emancipación. Pero sepa que ha de realizar la sublime misión de su destino dentro del hogar doméstico, reinando, por medio del amor, en el corazón del hombre.

FRANCISCO FLORES Y GARCÍA.

## EL DELITO Y LA PENA.

Leyendo días pasados el libro de Röder, traducido por el Sr. Giner de los Rios, sobre la cuestión enunciada en el anterior epigrafe, no pudieron menos de llamarme la atención ciertas graves confusiones y aun contradicciones que de la doctrina en él expuesta se derivan, y que trascienden, no solo al objeto entero de la obra, sino también á algunas importantes teorías del sistema general filosófico á que el autor pertenece. Bajo tal punto de vista voy, pues, á trazar en las siguientes líneas algunas ligeras observaciones sobre el concepto del delito y el de la pena, principalmente el de esta última, observaciones ya basadas en mi simple sentido natural, tal como él sea, ya nacidas de la misma teoría de Röder, y relativas á ella. Si de ellas no se desprende alguna solución definitiva y positiva (cosa que tampoco ahora pretendo) por lo menos creo que servirán para dejar al desuado ciertas dificultades y fijar ciertos problemas que, á mi parecer, exigen franca resolución.

Respecto al concepto del delito y de la delincuencia la opinión comunes tan clara y tan recta, que, á mi juicio, no ofrece su aceptación peligro alguno. Todo el mundo reconoce que para poderse decir que un individuo ha delinquido, es menester que ese individuo, abusando de su libre arbitrio, haya cometido conscientemente un acto ó una omisión que debiera haber evitado, ocasionando con esa omisión ó ese acto perjuicios ilegítimos á otro ó otros hombres. Ahora bien; siendo esto cierto é indudable, claramente se ve que en el hecho de la delincuencia entran siempre por necesidad dos elementos distintos: el primero, puramente moral, que es la mala voluntad del delincuente; el segundo, puramente jurídico, que es la lesión del orden normal del derecho ó sea el daño ilegítimamente verificado en las condiciones de vida de la víctima. Hay más, reflexionando sobre ambos elementos, encontramos que el segundo es consecuencia del primero, es decir, que el perjuicio sufrido por la víctima tiene su origen en la voluntad del delincuente, ó lo que es lo mismo, que la mala voluntad del delincuente es la causa del daño experimentado por la víctima.

Respecto al concepto de la pena tampoco la cuestión puede ofrecer grandes dificultades. Desde luego es igualmente unánime el reconocimiento de que la palabra pena (su propio nombre lo dice) significa sufrimiento. Sin embargo, la pena no es meramente considerada como un simple sufrimiento, pues mientras este no indica otra cosa que el hecho del padecer, la pena representa ese hecho en relación con una culpa anterior de que procede y subsiguientemente como medio de suscitar el arrepentimiento de ella por cuanto lleva al ánimo á comprender que todo extravío, rompiendo la normalidad providencial, es padre inexorable del mal y del dolor. Así nadie vacila en estimar que el delito y la pena son correlativos, que no es concebible un delito sin pena aneja á él, y que la pena (justamente por constituir un sufrimiento hijo del delito y relacionado con él) es después aguijón que guía al camino de la enmienda. Podemos, por lo tanto, considerar merecedor del nombre de pena á todo sufrimiento emanado de una culpa anterior, y propio subsiguientemente para estimular al ánimo á purificarse de sus extravíos.

Expuesta así brevemente la opinión que el espontáneo buen sentido de los hombres ha formado en todos tiempos acerca del delito y de la pena (opinión á menudo desfigurada por los filósofos al querer interpretarla y reducirla á fórmulas científicas), yo creo que esos datos fundamentales son bastantes para servir de base al examen de todos los problemas de derecho penal. La cuestión se reduce á profundizar metódicamente en su estudio, cuidando especialmente, más que de otra cosa, de no perder nunca el sentido de los indicados conceptos. Procedamos, pues, brevemente á la verificación de esa tarea.

Hemos visto que el delito emana, como de su raíz y origen, de la mala voluntad del delincuente. Ahora bien, siendo esto cierto, desde luego se advierte que el delito debe ser análogo en intensidad á la intensidad de mala voluntad del delincuente, y debe ser además análogo en

calidad á la índole ó especie de las malas pasiones de ese delincuente. Esto es enteramente lógico. En efecto, ¿de cuántos modos puede una mala voluntad diferenciarse como tal de otra? De dos solos, á saber: primeramente por su grado de maldad, y después por su clase de maldad. Así hay hombres de peor intención que otros, y hay hombres de distinto género de mala intención que otros. Un individuo es, por ejemplo, capaz de llegar al último extremo de criminalidad, mientras otro solo es capaz de delitos menos horrendos, y otro solo es capaz de leves extravíos que nunca alcanzarán grande importancia. Y del mismo modo un individuo es inclinado, por ejemplo, á riñas y derramamientos de sangre, mientras otro lo es á las estafas y los hurtos, y otro á los delitos contra la honestidad; géneros de índole ó dirección de perversión dentro de cada uno de los cuales caben diversos grados de intensidad ó cantidad. Supuesto, pues, que todo delito procede de la mala voluntad del delincuente, y supuesto que esa mala voluntad tiene que ofrecer un grado y una índole especial de maldad que constituyan su individualidad propia, queda patentizado que todo delito debe ser análogo en intensidad y en calidad á la intensidad y calidad de la mala voluntad del delincuente. Aquí hay, sin embargo, que notar una cosa, y es que acaso á veces el delincuente contenido por el temor ó por cualquier otro motivo, no cometa ni delitos tan graves ni tantas clases de delitos como dada su perversidad y sus distintas malas pasiones sería capaz de cometer. Esto es, efectivamente, cierto; pero conviene á la par advertir que solo Dios puede en cada caso particular conocer si el criminal ha agotado ó no al verificar la comisión del delito el lleno de su perversidad en todos los matices de la misma. Ahora bien, como á nadie más que á Dios le es dado penetrar en el interior del ánimo ageno, con respecto á la esfera legal es menester sentar el principio de que nadie es más perverso que lo que ha demostrado serlo por medio de faltas ó delitos, y nadie posee tampoco más clases de malos instintos que las que ha dejado transparentar de igual manera.

Pasemos ahora de nuevo á la pena.

Hemos dicho que la pena procede de una culpa ó delito anterior de donde emana como el efecto de la causa, y hemos dicho también que la pena es subsiguientemente medio de llevar al ánimo culpable á arrepentirse de su culpa. Ahora bien, siendo lógicamente todo efecto de la misma naturaleza que su causa y siendo asimismo necesariamente todo medio análogo al fin para que sirve, desde luego se advierte que la pena debe ser análoga en intensidad á la intensidad de la culpa de que procede y á la intensidad de la reacción necesaria para provocar la enmienda, y debe ser, además, análoga en calidad á la índole de esa misma culpa y á la índole de la reacción necesaria para provocar la enmienda. Efectivamente, supuesto que toda pena procede de un delito que es su causa, y supuesto que todo delito tiene que ofrecer necesariamente un grado y una índole especial de culpabilidad, claro es que toda pena tiene que ser análoga bajo ambos puntos de vista al delito de que emana. Por otra parte, supuesto que toda reacción necesaria para la enmienda del criminal procede del mismo delito cometido y determina á la par un movimiento moral correspondiente en sentido contrario, claro es también que toda pena tiene que ser análoga bajo el punto de vista de la intensidad y de la calidad ó índole, á la reacción y enmienda de la culpa.

Sentados ahora estos principios preliminares, y dando ya un delito por verificado, el observador se encuentra frente á frente de tres datos capitales: primero, la mala voluntad revelada en el delincuente y que es de por sí sola una anomalía con respecto al orden ideal de la creación en lo moral; segundo, el perjuicio ocasionado á la víctima y que es también de por sí solo una anomalía del orden ideal de la creación en lo jurídico; tercero, la probabilidad de que la mala voluntad del delincuente continúe en lo sucesivo siéndolo y continúe por lo tanto dando lugar á otros perjuicios análogos en cantidad y calidad á los ya ocasionados. Total, un mal actual y positivo de carácter moral, otro mal actual y positivo de carácter jurídico y otros males futuros y probables de ambos géne-

ros. Ahora bien, ¿qué es lo que aquí debe desearse? Que entrambos males actuales y positivos, el moral y el jurídico, desaparezcan si es posible; y que los males futuros y probables de ambos géneros no lleguen a tener lugar. Pero ¿cómo podrá lograrse satisfacer todos y cada uno de esos tres deseos? Tal es la cuestión que hay que resolver y para ello conviene proceder por partes. Examinemos, pues, separadamente los diversos miembros del problema.

Primer punto. La mala voluntad del delincuente es, como ya queda dicho, un fenómeno perteneciente a la esfera moral de la creación dentro de la cual constituye una anomalía. Ahora bien, si esas anomalías pudieran perpetuarse indefinidamente, la realización de la esencia divina en el universo, necesaria según las leyes de la lógica, se vería, sin embargo, comprometida; por cuya razón todo extravío moral lleva en sí mismo el germen de su desaparición mediante el sufrimiento ó la pena á que en un plazo más ó menos largo da lugar y que por los grados del reconocimiento de la culpa, el remordimiento y el arrepentimiento conduce á la enmienda del culpable.

Tenemos, pues, que la pena es el medio providencial que conduce á la desaparición de la mala voluntad del delincuente, y tenemos además que la pena así entendida ofrece dos caracteres capitales, á saber: primero, reconocer como única causa la culpa; segundo, reconocer como único efecto la enmienda. A este mismo resultado se acerca por diversos caminos Röder (aunque sin determinar los caracteres de la pena en esa fórmula precisa), cuando declara que la teoría correccional, que es la que él sustenta, vé en la pena puramente el medio racional y necesario para ayudar á la voluntad injustamente determinada á ordenarse por sí misma: doctrina que le lleva á declarar *acto perverso* el de imponer un padecimiento cualquiera al delincuente *con objeto de hacerle mal, cuando el único fin esencial de toda pena justa es el mejoramiento de aquel á quien se aplique.* Aquí surge, empero, una nueva cuestión. En efecto, si el objeto esencial de la pena no es otro que la enmienda del delincuente y si la imposición á ese delincuente de un padecimiento cualquiera con objeto de hacerle mal constituye un acto perverso, claro es que el ideal de la penalidad consistirá en que el delincuente no experimente otro sufrimiento que el absoluto y matemáticamente necesario para que su enmienda se logre. Pues bien, recorramos el catálogo de penas que los Códigos establecen, recorramos las mismas penas que Röder expresamente admite, como son la privación de libertad, el destierro y la multa, y veremos que ninguna de ellas corresponde á ese ideal. ¿Corresponde al concepto ideal de la pena la privación de libertad? De ninguna manera, porque siendo posible que el sufrimiento de la prisión no produzca la enmienda, la prisión puede ser un simple mal inútil é infecundo. ¿Corresponden al mismo concepto el destierro y la multa? Tampoco y por iguales razones. ¿En qué consiste entonces tal contradicción? ¿En que Röder no ha sido bastante lógico consigo mismo, aceptando primero un principio y deteniéndose después á medio camino al deducir sus consecuencias? Así parece ser, supuesto que el filósofo alemán parte de la idea de que la pena no debe consistir en mero sufrimiento (simple mal añadido á la lista de los existentes en el mundo), creyendo, por el contrario, que el sufrimiento (por lo mismo que es en sí un mal) no debe admitirse en la pena sino en cuanto su concurso sea necesario para producir la enmienda; doctrina que debería haberle llevado á deducir y reconocer una consecuencia que él, sin embargo, no ha deducido ni reconocido, á saber, que la sola pena realmente digna de tal nombre, es la constituida por el remordimiento; único caso en que no se desperdicia, digámoslo así, un átomo de dolor, el cual íntegro é intacto se emplea en conducir á la purificación del criminal. Y, en efecto, si Röder se hubiera detenido á medir y exponer todos los resultados lógicos de sus propios principios, claro es que habría llegado á advertir que la pena perfecta, según esos mismos principios, es aquella cuya única causa reside en la culpa, y cuyo único efecto es la enmienda. Con lo cual tendría á la par que haber decla-

rado que la prisión, el destierro y la multa no reúnen tales cualidades, puesto que tienen por causa la voluntad é intervención de la autoridad pública (aunque sea motivada por la culpa ó unida á ella) y producen privaciones ó disminuciones de libertad ó de bienes de fortuna, es decir, efectos que no son la pura enmienda, y que ni siquiera en muchos casos dan lugar á ella. Y claro es que hecha tal declaración, en ella iría envuelta la de que esas penas no realizan la esencia de tales, á diferencia del remordimiento, único sufrimiento que no reconoce absolutamente otra causa que la culpa de que emana, ni engendra otro resultado que la enmienda: por cuyo motivo nada de extraño habría sido que Röder fuera á parar á la afirmación de que Dios es el único que tiene facultades para imponer penas á las criaturas. Hay además que advertir otra circunstancia íntimamente unida á las observaciones que vengo exponiendo. En efecto, el remordimiento es la sola pena exactamente proporcionada por su intensidad y por su índole, tanto al delito de que procede, como á la purificación que engendra, mientras los castigos impuestos por los Códigos no pueden guardar jamás esa proporcionalidad delicadísima y sutil. Ahora bien, desde que las penas de los Códigos ofrecen necesariamente alguna falta de proporcionalidad, claro es que cabe reconocer en ellas algo que no es pena. Y supuesto que ese algo que no es pena no parece que deba imponerse á nadie, y por otra parte la pena propiamente dicha no puede separarse de ese algo extraño á ella, ¿no se deduce de aquí que el Estado no tiene facultad de castigar por no poder hacerlo debidamente?

A ese mismo resultado llegamos de igual manera por otro camino distinto. Veamos cómo.

Según la doctrina de Röder, y según el modo de pensar de muchos filósofos contemporáneos (acordes con los últimos progresos de la ciencia) el delincuente se halla en un estado de perversión de voluntad, cuya reforma no puede lograrse generalmente sin el auxilio exterior de la Sociedad de Derecho (Estado), ó en otros términos, sin el cumplimiento de todas las condiciones exteriores indispensables para la curación de aquella enfermedad moral, por más que en algún caso quepa la posibilidad de la enmienda, á consecuencia de reacciones puramente internas, verificadas en el culpable. De donde Röder y los que profesan sus mismas ideas deducen que el criminal tiene derecho á la pena (aunque él por su perturbación moral no lo comprende así) y que el Estado, haciéndose cargo de ello le considera como incapaz de saber lo que le conviene y se lo proporciona, obligándole á aceptarlo forzosamente. Ahora bien; esta manera de raciocinar, hoy harto en voga en el campo científico, es, á mi juicio, enteramente inconcebible, dado el mismo sistema general filosófico que siguen los que la sostienen. En efecto, ¿cuál es la misión del Estado según ese sistema? ¿Proporcionar á nadie condiciones de progreso? De ninguna manera. Las condiciones de progreso se las deben proporcionar mutuamente todas las diversas esferas de la vida *excepto la del Estado*, consagrada por las leyes de Dios á presidir ese respectivo cambio de servicios, y á que en él no se infrinjan por error ó malicia las leyes de la justicia. El Estado, pues, no debe entrometerse, *con arreglo al ideal de su naturaleza*, á suministrar ni al criminal ni al hombre honrado condición alguna de adelantamiento, sino limitarse á conservar y mejorar el orden jurídico, mediante el cual las mutuas prestaciones de servicios han de verificarse con creciente perfección.

Por otra parte, aun suponiendo que el Estado aceptara un papel legítimamente inaceptable, la pena no puede ni podrá nunca ser contada en el número de las condiciones de progreso de los seres. Efectivamente, ¿qué significa la mutua condicionalidad de las criaturas? Que siendo estas por esencia limitadas, necesitan suplir su limitación con auxilios externos. Ahora bien, la pena no sirve para suplir ninguna limitación sino para restablecer un equilibrio perturbado, lo cual es completamente distinto. Suponiéndose á los seres en estado normal, el principio de la condicionalidad mutua viene en auxilio de esos seres que dentro de tal estado normal son por su esencia limi-

tados, y suple hasta donde es posible su limitación, permitiéndoles que se asimilen elementos externos, útiles para su desarrollo; pero la pena supone que los seres han salido de su estado normal, y solo trata, no de adicionarles ningún elemento asimilable de progreso, sino de restablecer su armonía interna perturbada. Existiendo, pues, entre ambos conceptos un verdadero abismo, es absolutamente imposible sostener que haya *derecho á la pena*, afirmación monstruosa capaz de introducir por sí sola el caos en la ciencia jurídica. De donde resulta nuevamente que solo Dios puede imponer (según la misma doctrina general filosófica á que Röder pertenece) penas verdaderamente dignas del nombre de tales. Con esto terminaremos, por tanto, el examen del primero de los tres puntos arriba indicados, advirtiendo que la ciencia, según está hoy constituida, conduce á confesar que la enmienda de los delincuentes solo es legítimamente conseguible mediante la simple acción de Dios y por virtud del remordimiento, única pena perfecta y susceptible de acomodarse á todos los matices y grados de intensidad del delito.

Segundo punto. Respecto á los perjuicios causados á la víctima por el criminal, no caben en mi opinión dificultades sustanciales y capitales. Constituyendo esos perjuicios una lesión del orden normal jurídico, esta lesión, en los casos en que el daño no sea irremediable, puede subsanarse de dos maneras; ó por la espontánea voluntad del culpable, ó por mediación é intervención del Estado que como sociedad de derecho obra en el lleno de sus legítimas y por nadie contestadas atribuciones al procurar restablecer la normalidad jurídica allí donde bajo cualquier concepto sea perturbada. Supuesto, por lo tanto, que aquí no existen motivos de disensión científica en lo fundamental y principal, pudiendo solo suscitarse alguna cuestión secundaria, pasemos adelante sin detenernos.

Tercer punto. Queda por examinar el modo de lograr la desaparición de la probabilidad de que aquel que ya ha cometido algún delito por virtud de la perversión de su voluntad, continúe en lo sucesivo en ese mismo estado de perversión y cometa en su consecuencia nuevos delitos, ocasionando nuevos perjuicios á sus conciudadanos. Ahora bien, esa probabilidad solo puede desaparecer de dos maneras: ó modificándose la índole moral del delincuente y desapareciendo, por tanto, su mala voluntad, ó siendo ese delincuente colocado en la imposibilidad física de perjudicar á nadie, cualesquiera que sean los deseos que pueda tener de verificarlo. Respecto á la primera manera, ó sea á la enmienda del culpable, no tenemos sino reproducir lo que ya queda manifestado en el primer punto. Respecto á la segunda, se presenta, desde luego, una dificultad insuperable. En efecto, ¿con qué asomo de justicia se encarcelará ó dará muerte á un hombre que haya delinquido, ejecutándose esos actos no por vía de castigo, sino simplemente como medio de evitar que cometa nuevos crímenes? El haber cometido un hombre uno, dos ó cien delitos no autoriza á nadie para afirmar que cometerá otro más. Podrá suponerse así, habrá probabilidades de que así suceda, pero el simple sentido común dice que no es lógico ni admisible causar un daño seguro con objeto de evitar otro que solo es hipotético. Resulta, por consiguiente, que este tercer punto tiene también pronta solución y que su examen nos conduce á la afirmación de que la desaparición de la posibilidad de reincidencias criminales solo puede lograrse por virtud del mejoramiento moral del delincuente (alcanzando de la manera que sea posible) pero no por virtud del simple sistema preventivo.

Al llegar aquí, y una vez examinados los tres puntos que nos habíamos propuesto sumariamente estudiar y recorrer, el ánimo no puede menos de sentirse tristemente impresionado ante el papel que al parecer queda reservado al Estado en la cuestión jurídico-penal, objeto de estas líneas, según las más modernas concepciones científicas desarrolladas en sus rigurosas y extremas consecuencias. Severamente analizada la índole de la pena, aparece, en efecto, que las cualidades constitutivas de ella solo se reúnen de un modo satisfactorio en el remordimiento, sufrimiento de naturaleza moral como la culpa de que emana, sufrimien-

to cuyo único resultado es la enmienda del culpable, sufrimiento matemáticamente acomodado en intensidad y en calidad á la intensidad y calidad del delito, sufrimiento, en fin, acomodado igualmente bajo ambos puntos de vista á la reacción que debe producir en el ánimo del criminal para que se realice su purificación. Del mismo examen de la pena resulta, por otra parte, que esta no puede ser considerada como condición de desarrollo de los seres, sino simplemente como causa ocasional del restablecimiento de su perturbado equilibrio moral, y del examen de la naturaleza del Estado aparece además que la única misión esencial de esa esfera de la vida es asegurar y perfeccionar el orden jurídico mediante el cual ha de verificarse según las leyes providenciales, el libre cambio de servicios entre los hombres. Ahora bien, el análisis y combinación de todas estas doctrinas parece llevarnos irremisiblemente (según queda indicado) á un resultado que rechaza el sentido común, á saber, el de que el Estado solo está legítimamente facultado para ejercer su acción respecto á la reparación (cuando es posible) de los daños ocasionados por el delito, pero que ni puede imponer al delincuente penas si estas han de corresponder al concepto de tales, ni puede impedirle, mediante la encarcelación, que cometa nuevos crímenes, sin cometer un acto verdaderamente injusto. ¿Qué hacer, pues, ante semejantes soluciones, que sin necesidad de conocimiento alguno jurídico se comprende que deben ser forzosamente absurdas, puesto que de su admisión práctica resultará la ruina de la sociedad?

Puede, en primer lugar, reconocerse que las penas imponibles por el Estado, aunque imperfectas, deben aceptarse con todos sus defectos y sus inconvenientes. En tal caso, y concediendo al Estado el derecho de castigar, hay que confesar de un modo explícito que la justicia humana tiene forzosamente que causar muchos sufrimientos inútiles á los delincuentes al imponerles las penas de que ella dispone, y que nunca pueden guardar la proporcionalidad debida, pero manifestando que se pasa por esos vicios sustanciales á trueque de no tropezar con otros males mayores. Igualmente hay, por otra parte, que suponer (en contra de las opiniones reinantes) que el Estado no es una simple esfera central con respecto á las demás que componen el organismo social, sino que es la esfera superior y más alta de la sociedad; circunstancia sin la cual no se concebiría en él la potestad de imponer penas de ninguna clase, ni buenas ni malas. Para la adopción de tal sistema es, pues, menester renunciar á la idea de que las penas humanas correspondan nunca al concepto ideal de la pena: es, además, menester modificar el concepto que bajo cierto punto de vista se tiene hoy del Estado, buscando bases metafísicas (que acaso no dejen de existir) con arreglo á las cuales se establezca la superioridad de dicha esfera de la vida sobre las restantes. Si estas concesiones parecen excesivas, puede, por el contrario, declararse que la facultad de imponer penas está reservada exclusivamente á Dios, y que al Estado solo le compete, en primer término, procurar la reparación ó indemnización de los daños causados por el delincuente y procurar, por otra parte, evitar nuevos quebrantos sociales encarcelando al delincuente por un tiempo discrecional. En tal caso habrá que reconocer que se hace uso de un sistema preventivo también esencialmente injusto, en cuanto por él se imponen sufrimientos ciertos con el solo fin de impedir daños problemáticos: conducta rigurosamente indefendible, y que solo podrá explicarse de mala manera por la necesidad del mantenimiento del orden social. Como se ve, pues, tanto el primer recurso como el segundo son en todo rigor lógico fundadamente censurables, y el juriconsulto se encuentra, al parecer, encerrado en un dilema cuyos dos términos son los siguientes: ó romper por el medio y admitir en el Estado el derecho de castigar ó prevenir (reconociendo que de ambos tienen que nacer á todas horas evidentes injusticias), ó probar que estas aparentes injusticias no lo son en realidad, por encontrar su explicación en principios hasta ahora no advertidos.

Tales son, en conjunto, las observaciones que me ha sugerido la lectura del

libro del Róder. Creo, en vista de ellas, que la exposición doctrinal hecha en el mismo no es tan clara, ni tan minuciosa, ni tan metódica como fuera deseable, supuesto que de su exámen nacen las graves dudas que quedan expuestas, dudas que debían haber sido previstas, manifestadas y resueltas por el autor. Creo también que todo esto puede nacer de haber adoptado Róder un mal camino poniendo todo su empeño en deslindar el objeto de la pena sin cuidarse antes de definirla. Claro es, en efecto que al escribirse un libro sobre el delito y la pena, el trabajo esencial debería consistir en llegar á la definición de ambas palabras. Fijado el concepto de la pena simplemente en sí y sin atender á más, fácil sería determinar después el objeto de la misma, pasándose en seguida á emprender la tarea de averiguar quién podrá imponer penas perfectas, así como la de averiguar si sería lícita la imposición de penas imperfectas, y en caso afirmativo cuáles estarían facultados para imponerlas y cuáles serían las reglas á que deberían sujetarse al verificarlo.

Con esto doy fin al presente artículo, expresando el deseo de que los filósofos españoles, empezando por el mismo ilustradísimo traductor de Róder, Sr. Giner de los Ríos, emitan su respetable juicio personal acerca de cuestión tan grave, y en que de ningún modo deben limitarse á seguir opiniones extrañas, teniendo aliciosos sobrados para mucho más. Si la manifestación que hago de tal anhelo surtiera efecto apetecido, ese fruto al menos se debería á estos poco ordenados renglones.

JUAN ALONSO Y EGUILAZ.

#### EL EXCMO. SR. D. MANUEL JOSÉ QUINTANA.

##### I.

Las obras que á su fallecimiento dejó inéditas este eminente hombre público y laureado poeta, acaban de ser publicadas por los conocidos editores Sres. Medina y Navarro; y como este es un verdadero acontecimiento literario tratándose de algunas producciones, desconocidas hasta hoy, del gran Quintana, y por otra parte, entre ellas las hay literarias, políticas é históricas, despertando por lo tanto el interés de los literatos, de los políticos y de los amantes en general de las glorias españolas, hemos creído que debíamos ofrecer á nuestros lectores una muestra de dichas obras, y un retrato y unos apuntes biográficos del que, aunque muerto para la sociedad hace años, vive todavía y vivirá eternamente en sus obras, en el recuerdo de todas las personas que en nuestro país y en el extranjero se dedican á los estudios literarios, históricos ó político-sociales.

El grabado que publicamos en la primera página de este número está tomado de una magnífica fotografía hecha en los últimos tiempos de la vida del gran Quintana y después de su solemne coronación; pero la modestia de que aparecían siempre revestidos todos sus actos, aun en los menores detalles de su vida, fué causa de que no quisiera prestarse á que le pusieran la corona en el dibujo que le hicieron, y del cual se sacó después la fotografía; por cuya razón el artista tuvo que recurrir á la estratagemá de ponerle después la corona sin su conocimiento, toda vez que probablemente debía ser aquel el último retrato que quedara del eminente poeta, como así sucedió. Existe también un magnífico dibujo hecho en la época en que Quintana era ayo de doña Isabel II, pero éste era bien conocido por haberse publicado más de una vez; así, hemos preferido el retrato que damos á la estampa, por ser casi desconocido, y copia exactísima de la fisonomía de Quintana en los últimos tiempos de su vida.

##### II.

D. Manuel José Quintana nació en Madrid el 11 de Abril de 1772. Aprendió las primeras letras en una escuela de la corte; la latinidad en Córdoba; la retórica y filosofía en el Seminario yonicer de Salamanca, y el derecho civil y canónico en la célebre Universidad de la misma ciudad. Aun no había cumplido 20 años, cuando presentó un ensayo didáctico, titulado *Las reglas del drama*, escrito para el concurso abierto por la Academia Española en 1791. Desde entonces se dedicó con preferencia á la poesía, y la elocuencia y á la historia, en las cuales fueron sus maestros D. Pedro Estala, Cienfuegos á Melendez.

Graduado en ambos derechos y recibido de abogado en 1795, fué nombrado aquel mismo año agente fiscal de la Junta de comercio y moneda. Ya por entonces corrían de mano en mano sus composiciones líricas y patrióticas, buscadas con ávido interés por el público. Desde los primeros cantos que publicó se vio en él al gran poeta y al hombre político que más tarde había de sacrificar su carrera y su porvenir á la causa liberal de aquellos tiempos. Sus odas *Al mar* y *A la invención de la imprenta* fueron reimprimadas innumerables veces.

En Marzo de 1800 contrajo matrimonio con una señora de Zaragoza, de gran belleza y notable talento, que murió, sin haber tenido hijos,

en 1820, poco tiempo después de haber salido Quintana de la prisión de la Ciudadela de Pamplona.

En Mayo de 1801 se representó por primera vez en el coliseo de la Cruz la tragedia de Quintana *El duque de Viseo*, y cuatro años más tarde *El Pelayo*. Estas dos tragedias son las solas que nos ha dejado, pues aunque tenía muy adelantadas otras tres, los acontecimientos políticos de 1808 le impidieron concluir, y los manuscritos desaparecieron de su casa con otros papeles de interés, durante sus persecuciones políticas.

En 1802 escribió como principal redactor el periódico *Varietades de ciencias, literatura y artes*, revista que tuvo gran aceptación. En 1806 fué nombrado censor de teatros, y al año siguiente publicó el primer tomo de las *Vidas de españoles célebres*. Dos años más tarde formó la *Colección de poesías selectas castellanas desde Juan de Mena*, y por entonces redactaba también el *Semanario Patriótico*, periódico político emprendido en compañía de otros amigos suyos para fomentar y sostener el espíritu de independencia contra la invasión francesa.

En Diciembre de 1808 tuvo que abandonar á Madrid, dirigiéndose á Sevilla; formada en 1809 la Junta central le nombró oficial mayor de la secretaría general, y en el mismo año secretario del rey con ejercicio de decretos. La primera regencia le hizo en 1810 secretario de la interpretación de lenguas, y al siguiente año fué nombrado secretario de cámara y de la real estampilla, de cuyo cargo tuvo que hacer dimisión por los muchos enemigos que le creó un puesto de tal confianza.

En Febrero de 1814 fué elegido académico de la de San Fernando, y casi simultáneamente la Academia española le recibió también en su seno como individuo de número.

Los sucesos políticos ocurridos en 1814, y la parte más ó menos activa que tomó en ellos Quintana, dieron margen á su prisión y proceso, cuyos detalles están contados por él mismo en la parte correspondiente de las obras inéditas que ahora se publican. Restablecida la Constitución en 1820, fué sacado en triunfo de la Ciudadela de Pamplona el 11 de Marzo; seis días después le dieron el gobierno político de Navarra, cargo que no pudo aceptar por haberle llamado el gobierno á Madrid para que desempeñara la presidencia de la Junta suprema de Censura; y al restituirle en todos los cargos y honores que había tenido antes de su prisión, le nombraron también individuo del Museo de ciencias naturales.

En Mayo de 1821 fué elegido por las Cortes el primero de los siete individuos que habían de componer la Junta protectora de libertad de imprenta; y creada en el mismo año la dirección de estudios, fué nombrado presidente de la misma, ejerciendo este cargo hasta 1823, en que fué abolido otra vez el sistema constitucional, y por consiguiente volvió á ser despojado de sus empleos y honores y de todo influjo público. Durante estos dos años del 21 al 23, la Sociedad Económica Matritense le acogió en su seno, y también la Junta suprema provisional de sanidad le nombró individuo de la misma.

Abolida por segunda vez la Constitución, y despojado nuevamente de sus cargos, se retiró Quintana á un pueblo de Extremadura, donde residía su familia paterna, y allí permaneció hasta Setiembre de 1828, en que se le permitió volver á Madrid y continuar sus trabajos literarios.

En 1833 le restablecieron en su empleo de secretario de la interpretación de lenguas, y volvió á los honores de que le despojaron en 1823. Cuando el Estatuto Real, en 1834, fué elevado á la dignidad de príncipe del reino, y al año siguiente le nombraron ministro del Consejo Real. Fué senador diferentes veces, siendo el vitalicio cuando cesó esta institución en 1854. Volvió desde 1836 á ser presidente de la dirección de estudios; cuando ésta se convirtió en Consejo de instrucción pública, fué nombrado presidente de dicho cuerpo; y aunque tenía concedida su jubilación desde 1831, continuó hasta su muerte ejerciendo este cargo por disposición del gobierno.

En 1840 fué nombrado ayo instructor de la reina doña Isabel, cargo que renunció tres años después á consecuencia de la reacción política que hubo entonces.

Por aquel tiempo escribió por encargo superior el manifiesto del gobierno español contestando á la alocución de Su Santidad de 1.º de Marzo de 1840, y redactó también en su mayor parte las proclamas y manifiestos hechos por los gobiernos liberales que hubo hasta la regencia del duque de la Victoria.

Estimado del público, honrado por sus amigos, querido de su familia y respetado de todos, se desahucaban los últimos años de su vida, cuando vino á sorprenderle la hora insigne de su coronación pública y solemne, verificada el 25 de Marzo de 1855 en el salón del Senado.

Desde el día de la coronación hasta el de su fallecimiento, dos años después, Quintana solo salió á la calle una vez: su salud se fué debilitando poco á poco, hasta que el día 11 de Marzo de 1857 entregó su alma á Dios.

##### III.

Las obras inéditas de Quintana, que ahora acaban de ver la luz, llevan á su frente una biografía escrita por su sobrino D. M. J. Quintana, de la cual hemos extractado los anteriores apuntes, y un magnífico juicio crítico de las obras, escrito por el Sr. D. Manuel Cañete, encargado por los herederos y los editores del exámen que Quintana ordenó en su testamento como

condición precisa para la publicación de sus producciones inéditas.

En la imposibilidad de dar una idea del notable trabajo del Sr. Cañete, porque sería preciso copiar íntegro tan notable documento, preferimos hacer caso omiso de él, y limitarnos á transcribir lisa y llanamente, contando con la amabilidad de los editores, una de las mejores obras poéticas de Quintana, que hasta ahora han permanecido inéditas. Creemos que nuestros lectores nos agradecerán la publicación de esta poesía, de la cual dice el Sr. Cañete que «es un precioso poema donde se pinta con envidiable concisión y rica vena fantástica el poderoso atractivo de la hermosura;» y añade después: «La catástrofe del poema está trazada con tal rapidez y con mano tan segura, que ni el fecundo Zorrilla, ni el fogoso Espronceda, ni el mismo duque de Rivas, en quien parecía reavivarse con nueva luz, antes de morir para siempre, la vena poética genuinamente española de nuestros insignes dramáticos del siglo decimoséximo, han hecho nada que supere en vigor ó en colorido romántico á la del romance de Quintana.» Hélo aquí:

#### LA FUENTE DE LA MORA ENCANTADA.

##### ROMANCE.

Oye, Silvio, ya del campo se va á despedir la tarde, y no es bien que aquí la noche con sus sombras nos alcance.

Ya el redil busca el ganado, ya se retiran las aves, y en pavoroso silencio se ven envueltos los valles.

Y tú en tanto embebecido, sin atender ni escucharme, las voces con que te llamo dejas que vayan en balde.

¿Qué haces, Silvio, en esa fuente? ¿tan presto acaso olvidaste que los padres nos la vedan, que la maldicen las madres?

Mira que llega la hora; huye veloz y no aguardes á que el encanto se forme, y que esas ondas te traguen.

¡Ventil!... Mas ya no era tiempo: la fascinadora imagen reverberaba en las aguas con sus encantos mortales.

Como ilusión entre sueños, como vislumbre en los aires, incierta al principio y vaga, se confundió y se deshace;

Hasta que al fin más distinta en su apacible semblante de sus galas la hermosura hace el más vistoso alarde.

La media luna que ardia cual exhalación radiante entre las crespas madejas de sus cabellos suaves,

Mostraba su antiguo origen y el africano carcter de los que á España trajeron el Alcoran y el alfange.

Mora bella en sus facciones, mora bizarra en su traje, y de labor también mora la rica alfombra en que yace,

Toda ella encanta y admira, toda suspende y atrae, embargando los sentidos y obligando á vasallaje.

Mirábala el pastorcillo, entre animoso y cobarde, queriendo á veces huilla y á veces queriendo hablalle;

Mas ni los pies le obedecen cuando pretende alejarse, ni acierta á formar palabras la lengua helada en las fauces.

Solo la vista le queda, para mirar, para hartarse en el hermoso prodigio que allí contempla delante.

Ella al parecer dormía; mas de cuando en cuando al aire unos suspiros exhala de su seno palpitante,

Que en deliciosa ternura convierten luego y deshacen el asombro que su vista causó en el primer instante.

Y abriendo los bellos ojos, tan bellos como falaces, á él se vuelve, y querellosa le dice con voz suave:

—¿Viniste al fin? ¡Qué de siglos de esperanzas y de afanes me cuestas! ¿Dónde estuviste que tanto tiempo tardaste?

Mírame aquí encadenada por la maldición de un padre á quien dieron las estrellas su poder para encantarme.

«Vive ahí, me dijo irritado; ten esa fuente por cárcel; sé rica, pero sin gustos; sé hermosa, pero sea en balde.

Enciéndante los deseos, consumiéndote los pesares, de noche sólo te muestras, y el que te viere se espante.

Y pena así hasta que encuentres, si es posible que le halles, quien ahí osado se arroje y entre esas ondas te abrace.»

Ya otros antes han venido, que, pasmados al mirarme, él bien con que les brindaba

se perdieron por cobardes.

No lo seas tú; aquí te esperan mil delicias celestiales, que en ese mundo en que vives jamás se dan ni se saben.

Ven, serás aquí conmigo mi esposo, mi bien, mi amante; ven...—y los brazos tendía como queriendo abrazarle.

A este ademán, no pudiendo ya el infeliz reñenarse, en sed de amor abrasado, se arroja al pérfido estanque.

En remolinos las ondas se alzan; la víctima cae, y el ¡ay! que exhaló allí dentro le oyó con horror el valle.

MANUEL JOSÉ QUINTANA.

(De *La Ilustración Española y Americana*.)

#### PROYECTO DEL TÚNEL DE LA MANCHA.

Todo se ha dicho ya acerca de las inmensas ventajas que las relaciones internacionales obtendrían del establecimiento de una vía de comunicación que permitiera á los viajeros atravesar el canal de la Mancha sin cambiar de carruaje y á los wagones de mercancías efectuar la travesía sin trasladar su carga y sin las pérdidas inevitables que siempre produce un trasbordo.

Por laboriosa y difícil que sea una empresa semejante, su ejecución no choca sin embargo contra obstáculos insuperables. La ciencia de los ingenieros se ha pronunciado sobre este punto; y si quedaban algunas dudas respecto de él, serán desvanecidas por la determinación tomada hace algún tiempo por el gobierno francés, al encargar á una comisión compuesta de ingenieros de caminos y de minas y de marinos, que estudiase una obra de tanta importancia y la siguiese en su descubrimiento.

Antes de la guerra franco-prusiana, el proyecto estaba á punto de pasar de la teoría á la práctica, y tres sistemas igualmente estudiados se recomendaban en competencia á la atención de los hombres de negocios y de capital. El primero consistía en establecer un túnel; el segundo en colocar en el fondo del mar un tubo de proporciones gigantescas; el tercero en un puente construido por un nuevo sistema que hubiera permitido hacer arcos de un vano casi indefinido.

No faltó tampoco quien propusiera restablecer el istmo que, según geólogos autorizados, debió en un tiempo remoto enlazar las islas británicas con el continente, sin contar con el proyecto, en nuestro concepto, el más razonable y práctico, del ingeniero español, señor conde de Brockman, del que nuestra *Gaceta* publicó la Memoria y planos hace poco más de un año.

El restablecimiento de la paz y el desarrollo de los negocios debían naturalmente inclinar los ánimos á ocuparse de algunos de estos proyectos. En Inglaterra, donde no se los ha perdido de vista un solo instante, se ha fijado en un sistema de túnel como dotado de más probabilidades de éxito, recomendándose además por tener un principio de experiencias prácticas. Los tonelajes hechos por M. Hawkshaw á lo largo de las costas de Francia y de Inglaterra han permitido consignar la existencia y la continuidad entre ambas riberas de la Mancha de una capa de creta en cuyo interior será posible construir un túnel.

Las obras de pura experimentación hechas con auxilio de máquinas especiales, demuestran ya de una manera cierta que bastarían quince meses para abrir una galería de ensayo. Sobre estos datos se ha formado una compañía presidida por el conde de Grosvenor, hijo mayor del marqués de Westminster, es decir, del par más rico de Inglaterra, y se ha constituido en sociedad anónima ó de responsabilidad limitada, para reunir un capital de tres millones de reales necesarios para los gastos preliminares.

Una vez acabada la galería de ensayo, decidirán si conviene una nueva sociedad definitiva para llevar á efecto el túnel, ó ceder sus derechos á otra compañía, mediante un precio remuneratorio de los primeros estudios y gastos. Dado el éxito de los trabajos preliminares, los capitales que hayan concurrido á ellos obtendrán seguramente una buena recompensa por su atrevida iniciativa.

De las 1.500 acciones de á 50 libras esterlinas de que se compone el capital destinado al ensayo, 600 se suscribieron en el primer momento y las 900 restantes han debido suscribirse en los días inmediatos.

Ya hemos dicho bajo qué patronato se forma en Inglaterra esta sociedad. En cuanto á Francia, que es la otra nación más inmediatamente interesada, la *Sociedad de depósitos y cuentas corrientes* y la *Sociedad financiera* tienen el encargo de recibir la suscripción que por otra parte, según parece, no se abre sino por pura fórmula estando, como está, cubierta de antemano.

Nuestros lectores saben con cuanta frecuencia y extensión nos hemos ocupado de este asunto, y saben también que no es un túnel lo que en nuestro concepto puede resolver mejor el problema; y si hoy llamamos su atención de nuevo, no es para discutir sistema, sino para darles cuenta de que el proyecto ha entrado por fin en vías prácticas. Y en una empresa de tal naturaleza y de tan excepcionales condiciones, el empezarla solo puede calificarse de un verdadero y notable acontecimiento.

REVISTA AGRÍCOLA Y COMERCIAL.

I.

El tifus del ganado vacuno.

M. Bouley ha pasado una interesantísima comunicación á la Academia de ciencias de París, sobre el tifus del ganado vacuno.

Ya nos hemos ocupado en otra revista del congreso internacional que acaba de celebrarse en Viena para estudiar y combatir la peste bovina, que desola hace muchos meses varios departamentos franceses y mucha parte de Europa. Se sabe que esta terrible enfermedad se declaró en Francia durante la ocupación del ejército prusiano, siendo una calamidad más de las muchas que han venido á pesar sobre un país digno de mejor suerte.

La comisión internacional de Viena, prescindiendo por completo del tratamiento que debe seguirse para atajar el mal, se decide, en vista de la violencia y rapidez con que ataca, por el recurso heroico de llevar en masa á la muerte el ganado acometido, como única medida eficaz para extirpar radicalmente el contagio.

Respecto á la cuestión de los medios que hayan de emplearse para oponer una insuperable barrera á la propagación de la epidemia en Francia, M. Bouley, cuya experiencia en esta materia es demasiado conocida, sostiene que solamente una autoridad dictatorial inflexible es capaz de combatir la resistencia y la ignorancia de los campesinos sus paisanos. La Sociedad protectora de los animales ha tomado la primera la iniciativa, apelando al sacrificio sin elección de innumerables cabezas. Ahora solo faltaba, dice M. Bouley, que los sensibles demócratas franceses viniesen á protestar, en nombre de la humanidad, de la libertad y de los inmortales principios, sobre la inevitable carnicería que imponen fatalmente las circunstancias.

M. Bouley no tiene reparo en demostrar que los recursos de que dispone la administración para combatir la enfermedad en las praderas son completamente insuficientes, y que la resistencia general á las prescripciones de la autoridad puede hacer correr á la fortuna agrícola de Francia el más grave cataclismo.

En resumen, el mal no solo es muy grande, sino que amenaza de todas partes; por lo tanto, es imprescindible que la administración francesa obre vigorosa y despóticamente, sin apelar á experimentos y tentativas más ó menos problemáticos que podían hacer perder tiempo, para aplicar medios energicos, heroicos, que impidan la propagación.

En vista de esta justa alarma, el gobierno español y la Asociación de ganaderos del reino debieran tomar eficacísimas medidas para oponer un insuperable valladar en nuestro país á un contagio que compromete una de las más pingües riquezas, y que puede crear conflictos de subsistencia si extendiese sus mortíferas alas para cernirse sobre nuestros establos y nuestras dehesas.

III.

Abuso de las bebidas alcohólicas.

M. Paul Janet, presidente de la Academia de ciencias morales y políticas de Francia, ha dado un informe sobre la creación de una asociación francesa contra el abuso de las bebidas alcohólicas.

M. Janet hace notar en muy pocas palabras el inconveniente aumento que progresivamente toma el consumo del alcohol, y sus perniciosos frutos sobre la salud pública. En efecto, en 1820 se consumían en Francia 350.000 hectolitros de alcohol, y en 1869 se ha elevado la cifra á 978.000. El número de los puestos de bebida ha subido en la misma proporción, contándose hoy 4 por 102 habitantes. La cifra anual de las muertes por accidentes, efecto de excesos alcohólicos y suicidios, ha llegado también casi á triplicarse.

M. Janet pide á la Academia de la asociación un testimonio de simpatía adhiriéndose sus miembros.

III.

Hierro contenido en la sangre y en los alimentos.

El célebre químico M. Boussingault ha escrito una interesante Memoria sobre el hierro contenido en la sangre de los animales y en los alimentos. No pudiendo disponer de espacio suficiente para dar á conocer detalladamente y analizar un trabajo tan importante, nos contentaremos con ofrecer á nuestros lectores las consecuencias que de él se deducen.

El hierro es indispensable al hombre, á los animales y á las plantas.

Todas las plantas y todos los animales contienen hierro.

El hombre necesita absorber por día de 7 á 9 centigramos de hierro.

Este hierro, determinado en estado metálico, existe en nuestros alimentos y en nuestro organismo en un estado desconocido.

La ración de un marino y de un soldado francés contiene 7 centigramos de hierro por término medio; la de un herrador inglés, 9 centigramos.

La cantidad total de hierro contenida en un animal ó en un individuo cualquiera está representada por una diezmilésima próximamente de su peso. Un carnero de 32 kilogramos suministra de 3 á 4 gramos de hierro metálico; un ratón de 27 gramos, 3 miligramos. Los pescados contienen mucho menos hierro. Los invertidos aun menos. En los limacos descendiendo la proporción á 400 milésimas, etc.

Por espacio de mucho tiempo se ha creído que el hierro contribuía á formar la materia colorante de la sangre; pero M. Boussingault demuestra que la cantidad de hierro contenida en la sangre no bastaría para formar toda la materia colorante, y además, que la sangre blanca contiene igualmente hierro, esencial á su constitución.

¿De dónde viene este hierro, pregunta? De las bebidas y de los alimentos. Un caballo, que come en veinticuatro horas 5 kilos de heno y 3 y medio kilos de avena, absorbe poco más de un gramo de hierro. Una vaca de 600 kilos absorbe un gramo y 30 centigramos, y rinde 13 centigramos en los 7 kilos de leche que suministra.

Sería prolijo reseñar cuanto hay de notable en este trabajo tan completo, tan instructivo y tan sabiamente escrito.

IV.

Empelo del cobre para combatir la phylloxera de las viñas.

El secretario perpétuo de la Academia de ciencias de París, al anunciar la aparición de una nueva serie de *Entretenimientos científicos* de M. Henri de Parville, llama la atención sobre uno de los capítulos de esta obra. En él hace notar, como un recurso que puede ser eficaz para combatir la *phylloxera* de las viñas, el empleo de metales, como el cobre. Este, expuesto al aire, dá origen á óxidos, formándose un líquido ligeramente tóxico que destruye los parásitos. M. de Parville juzga que disponiendo piezas de cobre en las viñas se provocaría la formación de un líquido susceptible de matar los gérmenes de la *phylloxera*, tan funesta á la prosperidad vitícola de Francia hace algunos años.

V.

Comercio exterior de Francia en el primer trimestre de 1872.

IMPORTACIONES.—Hecha abstracción de los metales preciosos, ofrecían hasta el 31 de Marzo un valor de 927'1 millones de francos. Comparadas con las del primer trimestre de 1870, que fué un período normal, presentan un aumento de 144 millones. Veamos el movimiento de los diferentes artículos de importación en cada uno de los dos trimestres:

Valor en millones de francos.	1872	1870.
Artículos de alimentación.....	214'4	156
Productos naturales y materias primas.....	534,4	510
Objetos fabricados.....	134	82
Otras mercancías.....	44'3	35'4
Totales.....	927'1	783'4

De un año á otro el aumento ha sido de 58,4 millones en los artículos de consumo; de 24,4 millones en las primeras materias empleadas en la industria; de 52 millones en los objetos fabricados, y un poco más de 9 millones en las demás mercancías.

El desarrollo que han tomado las importaciones de los productos alimenticios es debido á las influencias calamitosas de todos conocidos, á la insuficiencia de la última cosecha y á la total extinción de las provisiones del país.

Las entradas de cereales acusan por sí solas un aumento de 58 millones.

Las lanas, los algodones y las pieles sin curtir figuran en primera línea entre las materias primas, objeto preferente de la importación. Las sedas, por el contrario, acusan disminución.

Los hilos y los tejidos, y particularmente los tejidos de lana y algodón, se comparten los 52 millones que han aumentado los productos de fabricación extranjera importados.

EXPORTACIONES.—Las mercancías exportadas en el mismo período representan en el primer trimestre de 1872 un valor de 860'8 millones, y de consiguiente un aumento de 110'4 millones sobre los resultados de los tres primeros meses de 1870. Las cifras siguientes resumen el movimiento de cada uno de los grandes grupos de exportación en los dos trimestres comparados.

Valor en millones de francos y décimas de millon	1872	1870.
Objetos fabricados.....	485,8	424'7
Productos naturales.....	335'8	297'4
Las demás mercancías.....	39'3	28'3
Totales....	860'8	750'4

La exportación de los objetos manufacturados ha ganado, como se vé, en 1872 61 millones; la de los productos del suelo, 38'4 millones, y la de las mercancías no clasificadas en las dos categorías que preceden, 11 millones.

Los tejidos de seda suministran á la exportación la mayor cifra del trimestre, 128 millones de francos; es necesario remontarse á 1866, año que pasa por excepcional, para encontrar una cifra superior á ésta.

Los tejidos de lana han producido 66 millones, 5 ó 6 millones más que en 1870. Los de algodón, por el contrario, han perdido 5 millones de un año á otro, no elevándose sino un poco más de 12 millones la cifra más baja de los diez últimos años.

El movimiento general del comercio exterior, importaciones y exportaciones reunidas, se resume en las cifras siguientes:

1872 1870.

Millones.	Millones.	
Importaciones.....	927'1	783
Exportaciones.....	860,8	750'4
	1.787'9	1.533'5

El conjunto de operaciones comerciales ha aumentado, pues, de un trimestre á otro 254'4 millones, á saber: 144 millones para la importación, 110'4 para la exportación. Las importaciones han excedido á las exportaciones en 1872 66'3 millones.

DIEGO NAVARRO SOLER.

EL CENTENARIO DE PEDRO EL GRANDE.

Creemos que interesará á nuestros lectores, por alejada que esté España de Rusia, un extracto de la curiosa correspondencia de San Petersburgo que dedica el *Times* á describir cómo celebró Rusia el día 12 del corriente el segundo centenario de Pedro el Grande. Ann cuando no ha habido pequeña aldea que no se haya asociado al entusiasmo que semejante solemnidad produce en todo corazón ruso, las fiestas más notables han sido en San Petersburgo y en Moscow. Un fuerte cañoneo desde la formidable isla de San Pedro y San Pablo, la anunció á San Petersburgo. A las nueve todas las grandes corporaciones del Estado, presididas por el clero, fueron á la modestísima casa de Pedro el Grande, desde donde presidió á la fundación de su gran capital y el metropolitano sacó de ella la venerada imagen del Salvador, que acompañó á Pedro el Grande en todas sus batallas, y que se cree en Rusia ejerció decisiva influencia en la batalla de Paltowa. En medio de gran entusiasmo, la procesion llevó esta reliquia á la catedral de San Pedro y San Pablo, donde descansan los restos del verdadero fundador de la Rusia.

En derredor de la tumba se veían sobre magníficos cognes el uniforme, la espada y el sombrero, marcados de balas, y la orden de San Andrés, que llevaba en la batalla de Paltowa, y la magnífica orden del día que dió á sus tropas la mañana de la acción, y que concluía así: «Debeis saber, soldados, que Pedro mira con indiferencia la vida, con tal que Rusia le sobreviva.»—Oficiales de infantería, caballería, artillería y marina, representando todos los regimientos existentes en tiempo de Pedro el Grande, con las banderas que él mismo les dió, rodeaban el sepulcro.

A las diez entró la familia imperial con todos los grandes de la corte, empezando el servicio de difuntos, cuya música es tan magnífica como solemnemente en la iglesia griega. Al entonarse solo por voces el glorioso himno de la *Resurreccion*, el emperador colocó una medalla de oro acuñada con este motivo sobre la tumba de su ilustre antecesor, mientras todos los cañones de la fortaleza y las campanas de la catedral y de cien templos unían su estruendo al *Te Deum* entonado por el pueblo entero.

El Czar pasa desde allí con toda pompa al sitio donde se eleva, sobre una masa de granito, la estatua de Pedro el Grande, rodeada de 50.000 hombres del ejército y de la guardia imperial. Entonces se presenta el Senado imperial, que trae por el Neva en un pequeño esquife, construcción también de Pedro el Grande, cuando, como obrero, trabajaba de incógnito en Zardam de Holanda, la mencionada imagen, el sombrero, espada y uniforme de Pedro el Grande. El pueblo y el ejército aclaman todos estos objetos, y enseguida se forma una procesion inmensa, presidida por el Czar, la cual marcha hasta la catedral de San Isaac. Formado de columnas de granito y malauquita este soberbio edificio de construcción griega, es después de la catedral de Moscow, el primer templo de Rusia, rodeado del caudaloso Neva, de los magníficos edificios del almirantazgo y dominado por la gigantesca ciudadela. El prelado metropolitano oficia de nuevo aquí, y arroja agua bendita sobre el monumento de Pedro el Grande y las reliquias que de él se conservan, pronunciando una oración por la prosperidad del imperio.

La artillería de los muelles, la de la guardia imperial y la de la fortaleza, responden á esta oración y 700 campanas atruenan los aires con sus repiques.

Al fin, montando á caballo el Czar y todos los príncipes, con unos uniformes de riqueza espléndida, desfilan por delante de la estatua 58 batallones, 40 escuadrones y 122 cañones, que manda el gran duque Nicolás, en medio de aclamaciones entusiastas á toda la familia imperial. Con la misma ceremonia es llevada la imagen del Salvador á la fortaleza, volviendo después el Czar al palacio de invierno por el río, donde tiene lugar una magnífica regata, con asistencia de toda la alta aristocracia de Rusia. Para el pueblo y las tropas hay en el Campo de Marte toda clase de espectáculos gratuitos: piezas alusivas á las circunstancias, exposiciones de objetos de la industria moscovita, panoramas en que se ve representada la historia toda de Pedro el Grande.

En Moscow, la antigua capital y corazón del imperio, ya que el Czar no pudo asistir á sus fiestas, si bien visitará más tarde su magnífica Exposición, le reemplaza su hermano, el gran duque Constantino, almirante de las escuadras moscovitas, y es llevado también en procesion por el caudaloso río en otro buque considerable, que puede decirse fué el fundador de la marina rusa, y que se guarda actualmente como una reliquia patriótica cerca de la célebre fortaleza de Kremlin que domina á Moscow.

En este buque, imitación de las naves entonces de Inglaterra, y que Pedro el Grande vió por primera vez en Ismailou, construcción de un armador holandés, trabajó también como carpintero Pedro el Grande, y contribuyó, como marinero, á que navegase en los mares. La impresión que la marina inglesa y holandesa causó en su espíritu fué tan grande, que durante un mes no hablaba de otra cosa á su tutor Franz Zimmermann, aprendiendo con entusiasmo todos los rudimentos de la navegación.

Treinta años después había organizado un ejército, creado una flota formidable, establecido las bases de la civilización en Rusia, y fundado un imperio, que cuenta hoy cerca de 90 millones de habitantes.

LA PRENSA MILITAR EN ESPAÑA.

Es incontestable que nuestra organización militar adolece de graves inconvenientes; que el estado de perturbación social en que nuestra patria se encuentra, dificulta poderosamente todo adelanto en el ejército; que la instrucción, tan necesaria hoy día en cuantos pertenecemos á la gran familia militar, no es todo lo sólida y bien cimentada que debiera; pero no podrá negarse que se ha comprendido por algunos individualidades de la milicia, no muy numerosas ni muy influyentes desgraciadamente, la necesidad de destruir los vicios de nuestro defectuoso sistema, de purificar sus elementos constitutivos, y como si, por el estado de eferescencia política que existe, por el desbordamiento de las pasiones y por los graves problemas sociales que sin cesar piden pronta y definitiva resolución, se presintiesen próximos y grandes trastornos, de prepararse por medio de la meditación y del constante estudio, para hacer frente al peligro con ánimo sereno y mostrar al mundo que, si conservamos nuestra proverbial valentía, es unida á las virtudes de antiguo guerrero español.

Estas consideraciones, y otras de no menos importancia, que há tiempo se agitan en la mente de los militares pensadores, son las que en primer término han contribuido, sin dada, al movimiento intelectual de algún tiempo á esta parte en nuestro ejército se advierte. Es cierto que este movimiento es todavía muy limitado; que una gran parte de los individuos del ejército, ocupados de lo que á ellos les toca, á la milicia añaden, ó no ocupándose de nada, parecen desconocer la importancia de propagar la ilustración entre las filas, y de adquirir por su parte la más valiosa instrucción imprescindible á los modernos hijos de Marte; pero no lo es menos que el primer impulso está ya dado, que se agitan en el campo de las ideas, se plantean, se discuten importantes cuestiones que, pasando á vías de hecho tal vez en plazo no lejano, introducirán trascendentales y provechosas reformas en las fuerzas armadas de España.

Tal asercion dista mucho de ser gratuita: se halla suficientemente comprobada, no solo por la existencia de una sociedad de la índole del Ateneo del Ejército y Armada, sino por el gran número de obras militares de toda especie que han visto la luz en estos últimos años, y por el de las publicaciones periódicas dedicadas exclusivamente al ejército.

Nuestros lectores podrán juzgar fácilmente del estado de importancia del Ateneo por las conferencias que en *La Revista* se publican: nos proponemos, por otra parte, dar todos los meses, conforme lo hemos hecho en nuestro número anterior, unos ligeros apuntes bibliográficos de las obras militares que en el estudio de la prensa aparecen, y nos ocuparemos, por último, de las publicaciones periódicas, así de España como del extranjero, con cuanta frecuencia nos sea posible, y siempre que la índole de los asuntos que tratan lo requiera.

Toca hoy el turno á nuestra prensa militar, que tal importancia y consideración ha llegado á adquirir en poco tiempo. No há mucho, al tratar de este asunto, hubiéramos tenido que dividir en dos clases las publicaciones militares españolas.

Comprenderíamos en la primera todas aquellas dedicadas exclusivamente á defender los intereses del ejército, ó á propagar en el mismo toda clase de conocimientos; y en la segunda las que, sin desdénar este objeto, descubren sus simpatías ó aspiraciones hacia tal ó cual partido político; pero comprendiéndose sin dada que no es este el fin que debe proponerse la prensa militar, dichas publicaciones, algunas de ellas excelentes por otra parte, no han obtenido gran aceptación en el ejército. De aquí el que hoy solo subsistan las primeras, que son de las que nos vamos á ocupar en los siguientes renglones.

El *Correo Militar*, que se halla en el cuarto año de su publicación, destinado especialmente á defender los intereses del ejército y armada, y apareciendo actualmente los martes, jueves y sábados de cada semana, es un periódico cuyo elogio está hecho diciendo que justifica plenamente el objeto especial á que se halla dedicado.

Arte, ciencia é historia de la guerra, biografías, bibliografías, noticias de verdadero interés, movimiento del personal en las diferentes armas é institutos del ejército, todo tiene cabida en este periódico; pero su mayor importancia, la esencia, digámoslo así, de esta publicación, coasiste en su independencia, en el acierto con que trata las cuestiones referentes á la organización de la fuerza armada, y sobre todo, en su constancia para defender los verdaderos intereses de la colectividad de que es digno representante.

Sus recientes artículos sobre *Regeneración del Ejército* han sido bien acogidos por todos los buenos militares.

El *Memorial y Revista de Caballería*, como su título indica, se consagra especialmente á tratar las cuestiones referentes á dicha arma, sin que por eso desdeñe el ocuparse de asuntos de interés general, que siempre desenvuelve con grande acierto.

Sus doctrinas son excelentes; pero no creemos que basten á sacar el arma de caballería, tan necesaria en las modernas guerras, del estado de abatimiento en que se encuentra. Este periódico se publica semanalmente, y, como *El Correo Militar*, se halla en el cuarto año de su publicación.

*El Propagador del arte militar*, periódico semanal, lleva tan solo publicados dos números, por lo cual nos limitamos á decir á nuestros lectores, que es una revista perfectamente escrita y que promete justificar su título.

Según el orden que nos hemos propuesto seguir al escribir estos renglones, correspondería tratar en este lugar de *La Revista del Ateneo*, único periódico quincenal dedicado al ejército; pero como nuestros lectores habrán podido juzgar de ella con mayor imparcialidad que nosotros pudimos hacerlo, pasaremos sin detención á ocuparnos de las

*Academias de Regimiento*, publicación mensual de estudios militares, fundada y dirigida por el coronel de infantería D. Serafín Olave. Van publicadas veintiocho conferencias desde el mes de Febrero de 1870, en que apareció la primera. Si fuéramos á dar noticia de todos los interesantes trabajos que contienen, temeríamos hacer demasiado largo este artículo, por lo que nos limitaremos á decir que en ellas se han tratado con gran acierto las cuestiones referentes á organización, publicándose á la vez excelentes estudios de interés actual. Las conferencias, desde la XVII á la XXVI inclusive, contienen una sucinta y detallada historia política y militar de Prusia, y en la XXVIII, correspondiente al mes de Mayo último, ha empezado á publicarse un concienzudo estudio, traducción del francés, sobre la guerra franco-prusiana.

*La Revista militar contemporánea*, publicación mensual, como la anterior, no ha dado á luz hasta la fecha en que estas líneas escribimos más que tres números, que bastan, sin embargo, para conocer la bondad de sus doctrinas y poner de manifiesto el talento de sus redactores. Hace con gran acierto este periódico la revista de las publicaciones militares, así de España como del extranjero, y en sus columnas hemos podido leer excelentes artículos y meditados estudios sobre diversos ramos del arte de la guerra.

*El Boletín militar y naval*. Con el primer tomo de la Biblioteca militar económica, de que ya tienen conocimiento nuestros lectores, ha visto la luz pública el primer número de este nuevo periódico. Dedicó un artículo á la prensa militar española; ocupase después con gran lucidez y abundancia de datos de la marina militar en la Alemania del Norte, del *Kriegsspiel* ó *juego de guerra*, tan generalizado entre los jefes y oficiales del ejército prusiano, terminando con una noticia de las obras militares recientemente publicadas.

Hé aquí hecha á grandes rasgos la revista de lo que podemos llamar *prensa militar independiente*, pues además de las publicaciones expresadas, existen los boletines oficiales de las diversas armas é institutos, algunos de los cuales, como los de ingenieros y artillería, insertan excelentes escritos, que merecen ser leídos con detención por cuantos aman el progreso del ejército.

No es posible, pues, dudar que este alberga en su seno una infinidad de oficiales que, comprendiendo la época de penosa transición en que vivimos, se esfuerzan en propagar entre las filas la ilustración, el amor al estudio y la práctica de las virtudes militares, único camino para llegar al anhelado término de una completa regeneración.

¿Conseguiremos nuestro objeto? El tiempo solo podrá darnos cumplida respuesta. Mientras tanto tendremos la satisfacción de haber cumplido con nuestro deber.

## EL CULTIVO DE LA MORERA.

Por la dirección general de agricultura, industria y comercio se ha expedido la siguiente circular llamando la atención de nuestros agricultores sobre las ventajas de fomentar los plantíos de moreras para dar mayor ensanche á la producción de la seda, que se halla en lamentable decadencia:

«Confiados á la inteligencia y al impulso del interés privado en sus diversas manifestaciones los diferentes elementos en que se apoyan y con que se nutren la agricultura, la industria y el comercio, no incumbe á la administración pública el cuidado de imponer su voluntad coartando la iniciativa individual, sino de atender con especial esmero y promover con solícito celo cuanto al fomento, prosperidad y desarrollo de la riqueza nacional se refiera, ofreciendo toda clase de facilidades y removiendo cuantos obstáculos se opongan á tan laudable fin, en aras del acrecentamiento de la producción que constituye la fortuna del Estado, con el cual los particulares llegan por este medio á establecer verdadera solidaridad de interés.

Firme en este intento, é inspirándose en la alta idea del cumplimiento de los deberes que la ley le impone, esta dirección general se propone

interpretar fielmente y llevar al terreno de los hechos los pensamientos y propósitos del ministro de Fomento, encaminados á tan elevado fin, dedicando sus esfuerzos á plantear unas veces y mejorar constantemente los variados ramos de la agricultura, aconsejando y propagando los medios que el estudio y la experiencia le sugieren para aumentar la producción y perfeccionar la industria agrícola á fin de que llegue á adquirir la importancia que en un tiempo tuvo, y se coloque al nivel de las naciones más adelantadas.

Uno de los elementos principales de la agricultura patria y que mayor desarrollo tuvo desde remotos tiempos, fué el cultivo de la morera y la producción de la seda, que durante la dominación de los árabes llegó á su apogeo en las provincias meridionales, especialmente en Granada, Sevilla y Toledo, cuyos telares abastecían el consumo nacional y la importante exportación de preciosas manufacturas, hasta el punto de alcanzar en la última de dichas provincias tanto y tan provechoso éxito en el siglo xv, que sus célebres fábricas consumían hasta 450.000 libras de seda, ofreciendo constante trabajo á multitud de operarios y excitando la emulación de los industriales de Europa. Por desgracia, desde fines del siglo xvii esta importante industria rural ha experimentado tan sensible decadencia, que solo quedan de ella algunos preciosos restos en los antiguos reinos de Valencia y Murcia y en las afluentes del Ebro, y triste es confesar que España, emporio un día de tan rico artefacto, hoy ocupa un lugar muy secundario entre las naciones productoras de este elemento principal del lujo de nuestra época. Comparada la producción anterior con la que en el día obtiene, es por demás dolorosa la diferencia que resulta; pues apenas llega á 100 millones de pesetas el producto de la seda que se recolecta cada año, y escasamente á la mitad de esta cifra la que se dedica á la exportación, una vez provistas las fábricas de Cataluña y Valencia, al paso que Francia produce seda en rama por más de 300 millones de francos; y no bastando esta para las necesidades de su prodigiosa industria, importa de Italia y del Asia por el istmo de Suez por otros 800 millones.

La Italia produce de 800 á 1.000 millones de francos de esta materia, de la cual exporta dos terceras partes á las naciones manufactureras de Europa.

Inútil tarea sería buscar el origen de un mal que puede fácilmente atribuirse al vituperable descuido de algunos y á la exacerbación de las pasiones políticas que, impresionando el espíritu y arraigando en pos de sí la parte más inteligente y activa de la nación, han venido absorbiendo y enervando las fuerzas del país en la serie de luchas intestinas que desde principios del siglo afluente á España con evidente detrimento de la agricultura y de las industrias, que son seguro fundamento de moralidad y manantial inagotable de la prosperidad y bienestar de los pueblos.

Al logro de tan caros objetos tiende el propósito de esta dirección, que hoy más que nunca mira solícita la industria sérica considerando que en los progresos y adelantos adquiridos en las manufacturas y en la rapidez de las comunicaciones marítimas y terrestres encontrará sus mejores y más poderosos auxiliares. Por esto hace un llamamiento á la actividad y al interés de los agricultores, cuyos terrenos sean frescos y permeables por su situación á orillas de ríos y acequias de riego, que en muchas comarcas alimentan arbolado de ninguna utilidad para que los dediquen al cultivo de la morera; por esto recomienda una producción que, sobre tener gran valor en los mercados, ofrece la ventaja de realizarse en pocas semanas: por esto, fiada en larga experiencia y constante práctica, invita á labradores y propietarios á contribuir colectivamente al fomento y desarrollo de tan importante ramo agrícola en las regiones donde no sea conocido, proporcionando estos la semilla y el alimento del gusano, y aquellos con sus familias la mano de obra, en beneficio de entrambos y de la riqueza imponible del Estado; por esto, en fin, dirige su voz á todos en la persuasión de que verán premiados sus esfuerzos con los dones de la naturaleza, siempre pródiga, y la recompensa de la civilización, protectora del trabajo y del perfeccionamiento de la industria.

Este centro directivo no pretende que los agricultores comprometan sus capitales en grandes explotaciones, que en este artículo no dan siempre el mejor resultado; pero sí aconseja numerosos ensayos de pequeñas incubaciones, al mejor éxito de las cuales coadyuvará solícito obviando los inconvenientes que se presenten, y apoyando los intentos de los particulares; y si el año último, llevado de este propósito, el ministerio de Fomento encargó al Japon una cantidad considerable de semilla de gusano, que repartió al precio de coste á cuantos cosecheros y corporaciones populares las solicitaron, solo espera conocer su resultado para ordenar otro pedido en la cantidad que se crea conveniente para el año próximo venidero.

Esta dirección, confiada en la ilustración y celo de V. S., espera que penetrado de la importancia de este asunto secundará sus miras con decidido interés y dará la mayor publicidad posible á esta circular, disponiendo su inserción en el *Boletín oficial* y periódicos de esa provincia para que llegue á noticia de las personas á quienes pueda convenir, y dispondrá que por la sección de Fomento se escriba una Memoria que demuestre el pasado y el presente de esa industria, y los medios de aumentarla y mejorarla para lo porvenir.

Dios guarde á V. S. muchos años. Madrid 3

de Junio de 1872.—El director general, Antonio Castell de Pons.»

## LA ARISTOCRACIA INGLESA.

En medio de sucesivas conmociones señaladas por un odio sistemático hácia lo antiguo; en medio de la corriente de ideas reformistas, de la tendencia democrática y niveladora del humano espíritu, de las violentas declamaciones de apóstoles del pueblo, patronos entusiastas de las que llama clases desheredadas el nuevo diccionario de la revolución económica y social iniciada en el presente siglo, no puede mirarse sin asombro por cuantos hacen objeto de sus estudios la organización y la vida fatina de las naciones modernas, la existencia en la sociedad inglesa de una aristocracia hereditaria, numerosa, privilegiada, rica é influyente, que cual árbol secular, fuerte y robusto, sobrevive á una total mudanza en el escenario inmenso que la rodea.

El orbe entero se conmovió al profundo sacudimiento de la revolución francesa, que al proclamar la extirpación de todos los privilegios y abusos ahoga en lagos de sangre la monarquía y la aristocracia, las dos instituciones más florecientes, los dos elementos políticos más poderosos en Inglaterra, y como tales debían comoverse y debilitarse al gran choque del huracán revolucionario del continente.

Pero Inglaterra escuchó el estruendo y presenciando la justicia popular envenenada como quien oye un lenguaje que no entiende, y pacífica y serena en la nueva arca de sus islas, escapó del diluvio de las pasiones contra todo lo existente desencadenadas. ¡Singular espectáculo y al parecer fenómeno incomprensible! ¿Qué hay en esta clase? ¿Qué privilegio ó exención posee este privilegiado cuerpo, ó qué pueblo es este que deja vivir en paz con sus honores y riquezas á los que apellida explotadores y tiranos de la democrática fraseología; que pasa silencioso, hambriento y desuado en derredor de inmensos parques y lujosos castillos, y lejos de incitarles el ejemplo pernicioso de sus hermanos del continente, respeta la fortuna, acata la superioridad y se envanece con el nombre de sus patricios?

Nada más común que los errores de juicio en los extranjeros al tratar de este importante punto de un modo superficial. Créese que la posesión de territorios, la acumulación de títulos, el lujo, la obediencia á etiquetas minuciosas y otros accidentes exteriores constituyen *ipso facto* el mismo fondo vicioso de las demás aristocracias destruidas por la revolución: se espantan de la aquiescencia del proletario y el mendigo; achacan su existencia á la ignorancia de las clases bajas; y fijan en porvenir cercano el día en que concluirá el *mentis solemne* dado á sus pretensiones por la más poderosa y antigua aristocracia conocida en el suelo de una nación libre colocada al frente del movimiento civilizador del siglo.

Tal vez el adelanto en la civilización dé la clave para la explicación de este fenómeno. En tanto es más ó menos civilizado un pueblo en cuanto tiene más complicada combinación de elementos sociales, de organismos distintos, de maneras de ser de vida pública, de todos los hechos fenómenos propios de la asociación. El refinamiento social podría compararse á una combinación química, al modo que el estado salvaje á los cuerpos simples. Elementos nocivos, peligrosos ó disolventes, causan daño á las naturalezas poco trabajadas, y provecho en las sujetas á toda clase de estimulantes. El bálsamo que hizo estragos en la naturaleza de Sancho, hizo maravilloso efecto en el delicado organismo de D. Quijote; y valiéndonos de la oportuna tazon del hidalgo, podríamos decir que la nación francesa no era *armado caballero* cuando raras bases y conmociones le hizo sufrir la idea, el trago democrático y ecualitario, y que la Inglaterra tenía la orden de caballería cuando no solo sufrió, sin alterarse, el vendabal de la nueva doctrina, sino que le dió más vigor y más entereza, y sacó de ella provechosos frutos.

En efecto; Inglaterra es un pueblo *armado caballero*, esto es, un pueblo civilizado en la verdadera, más amplia y profunda acepción de la palabra; tiene más esquisita y variada complicación de elementos, más experiencia de vida social y pública.

Por esto presencié impasible los sacudimientos de la Francia; por eso admite en su suelo á los caracteres políticos más peligrosos, lanzados de las astutizadas naciones del continente; por eso hoy mismo, cuando la Francia, la España y los demás gobiernos legislan contra la Internacional, Inglaterra, centro de sus directores, la mira con la mayor indiferencia, y está segura de que no han de quebrantar su salud política cuantas sociedades puedan fundar todos los demagogos del mundo.

Las causas de este refinamiento político, fuerte valla contra repentinidades y violentas sacudidas, apoyo y defensa contra los rudos embates que en Europa cambian las dinastías, derrumban instituciones, trastornan elementos y tienen la vida de las naciones en perpétua inseguridad y continuo jaque, pueden referirse al carácter práctico y al buen sentido que caracterizan al pueblo inglés. La asociación política no tiene ningún especial carácter que la distinga de otra asociación cualquiera. El pueblo inglés tomó por lo serio, tomó á pecho y con toda conciencia, el importante negocio de la vida pública y existencia en la forma política y social. Los nobles, los patricios, la clase más ilustrada echó los cimientos inquebrantables de su organiza-

ción, plantó el árbol de las libertades y garantías cívicas. Lejos de crearse privilegios y de codiciar monopolios, la aristocracia inglesa se valió de su indisputable superioridad para asegurar el gran bien de las libertades políticas, no á una clase, sino á todos los ciudadanos, á todos los seres nacidos en el patrio suelo, al pueblo todo en masa sin excepción alguna.

¿Qué sentimiento ha de abrigar el pueblo británico hácia sus aristócratas cuando tiende la vista por el campo de la historia y ve su emancipación política y social enaltecida por el cóncono, protegido por la espada de aquellos señores feudales que con heroica constancia y perspicacia singularísima establecen en época remota en la *Magna carta* las grandes bases y columnas sobre que se funda, andando el tiempo, la más admirable de las Constituciones? ¿Qué odio puede tener á la nobleza el pueblo que le debe un pasado lleno de gloriosa perseverancia en las vías de la ilustración y del progreso?

Cuanto de grandeza y prestigio, cuanto de riqueza y adelantos, cuanto de libertades y franquicias goza el pueblo inglés, obra es toda de los *patres majorum gentium*, de los *magnates regni*, de esa orden heredera de la caballería andante, ó caballería andante transformada y mejorada, que aplica á las ciudades, á las colectividades, á las naciones, el mismo espíritu recto que guiaba á los caballeros en las aventuras privadas de su vida; de esa orden, finalmente en que así se entra por la puerta principal y antigua de la hidalguía y las hazañas, como por las laterales y no menos principales del trabajo honrado, de la aplicación asidua, del talento, del patriotismo, de los grandes servicios de los notables hechos.

Si, pueden caer y han caído en menosprecio noblezas engendradas en el vicio, alimentadas con el odio, vestidas de vanidad, ribeteadas de necio orgullo, encubridor de un hondo abismo de ignorancia: pueden caer de sus pedestales bustos sin seso, déspotas de azar, nobles de chancillería, alquileres de títulos por vida á quienes nada liga con el pueblo, que nada hacen por el pueblo, que se dicen carne y sangre diferentes, que profesan no tener otro deber ni hallarse á más obligados que á desplegar, como pavos reales, sus brillantes colas para que el mundo se poste ante sus plantas deslumbrado con los cambiantes de sus reflejos; pero no la aristocracia de Inglaterra, esa clase activa, puritana, asequible, ilustrada, protectora de las artes y las ciencias, que aunque está *sobre* el pueblo, nunca estuvo *contra* el pueblo.

¡Notable buen sentido y penetración de ambas clases! La nobleza hizo su deber, y el pueblo no fué ingrato. En aquellas críticas épocas que llamaban á las naciones de Europa á una liquidación con lo antiguo y á fijar las clases y condiciones permanentes del porvenir; en aquel difícil y comprometido paso de la Edad Media á la moderna civilización, mientras unas naciones dormían, otras vegetaban, estas se enervaban con los placeres, aquellas con las conquistas, esotras gastaban su actividad en disputas inútiles, esotras en más inútiles persecuciones, la Gran Bretaña atendió á los negocios serios é importantes: inventó y trazó el plan de su existencia política, inició el sistema representativo, producto eminentemente indígena, solución admirable y característica de la ilustrada experiencia de un pueblo; solución cuyo valor aquílata el afán de otras naciones en trasplantarlo á sus políticas zonas, aunque sin provecho, porque las Constituciones, como el traje, para sentar bien han de ser hechos á medida.

Y ¿quién fué el autor anónimo de esta maravillosa y acertada dirección de la inteligencia nacional? ¿Es por ventura el pueblo, en la acepción en que hoy se toma esta palabra; esto es, las clases inferiores por contraposición á las altas? No, entonces como siempre, la dirección está reservada á las inteligencias superiores, á los hombres perspicaces, observadores é ilustrados. El pueblo inglés, ahora como antes, en cantidad numérica mucho, y en calidad poco, tiene el buen sentido de reconocer la superioridad de sus mayores, y más abyecto, pobre y abatido tal vez que el de otras naciones, posee el singular instinto de querer y ansiar, no la destrucción de la aristocracia, sino la posibilidad de elevarse á ella.

Siempre que se ha tratado de restringir en Inglaterra la prerrogativa de crear pares del reino, la Cámara de los Comunes se ha opuesto abiertamente, ávida de tener abierto el camino á esa distinción social que no es un vano nombre en estas islas.

Ninguna nación emplea con más frecuencia la fórmula, ni está más embuida en el espíritu de este gran proverbio social y político, que vale por sí solo mil tratados, *The right man in the right place*; proverbio ó máxima de versión difícil en todos los idiomas, y que prueba el arraigo de las convicciones, la experiencia de vida pública que lleva adquirida el pueblo inglés. Así como *nemo repente fuit turpissimus*, *nemo sapientissimus*. Los altos puestos, las grandes dignidades, los empleos de responsabilidad, los cargos que llevan anejas la dirección de los negocios é intereses públicos, necesitan de aprendizaje ni más ni ménos que cualquier mecánico oficio.

Este aprendizaje no pueden tenerlo el pueblo ni la clase media con tanta facilidad como las clases nobles. Saint-Simon se equivocó lastimosamente en su célebre parábola cuando dijo que la muerte de todos los reyes, todos los príncipes, duques, condes, marqueses y barones importaría poco á la sociedad, porque en el acto se encontrarían personas capaces de llevar sus puestos. Aplicado esto á experiencias de nacio-

nes del continente, puede ser exacto; pero por desgracia para el reformador no lo es en la situación actual de Inglaterra. El alto puesto de jefe de la nación no se llena tan fácilmente, dada la débil condición humana y los peligros y tentaciones de la autoridad y la riqueza. Díganlo los pocos reyes que pueden servir de modelos de primeros magistrados, entre los cuales tiene la dicha de hallarse colocada la actual soberana de Inglaterra. Tampoco se improvisan príncipes como Alberto, cuyas grandes y nobles cualidades son objeto de admiración y culto, no solo de su familia, sino de la gran familia, que así pudo llamar al pueblo inglés. Respecto á las diversas denominaciones ó grados de la aristocracia, también sentimos no estar conformes con el apóstol francés, al ménos tocante á la aristocracia inglesa. La parábola San Simoniana la hemos visto en realidad en el continente gracias á las revoluciones, y por cierto que no ha respondido á sus afirmaciones *ex-cathedra*. Ya se sabe lo que son esos plebeyos que sustituyen á los aristócratas.

Téngase presente que hablamos de un pueblo excepcional, de un pueblo que, á juzgar por comparaciones, aunque sean odiosas, lleva en nuestro sentir la palma á los demás. Inglaterra, socialmente, es la que más se acerca á la militar disciplina y ordenanza. Todo es categoría y gerarquía; pero excepción hecha de los pronunciamientos y revoluciones, fruta que aquí se desconoce, ¿qué es lo que desea un soldado? Adelantar y merecer sucesivamente los grados hasta obtener la faja de general. Esta es, cabalmente, la aspiración del pueblo inglés, este el dorado sueño de la que llaman aristocracia del mandil. Y cuenta que no es solo la aristocracia de que hablamos la existente en Inglaterra. Al par que la corona con su prerogativa, el pueblo mismo ha creado otras muchas en todos los organismos, en todas las profesiones, en todas las reformas de actividad. Si aristocracia es la Cámara de los lóres, aristocracia son la Cámara de los comunes; aristocracia los banqueros de la City, los grandes manufactureros; todos, en fin, los que arriban al punto de excelencia, blanco á donde tira el interés y la emulación de los hombres, camino que conduce al elevado rango de la nobleza titular y hereditaria, puertas que dan entrada al templo tan codiciado de los honores y distinciones.

Esta renovación continúa de la nobleza inglesa por medio del elemento popular acrisolado, engrandecido y elevado en la base firme del mérito y de los servicios, es lo que en gran manera contribuye á vigorizar su flujo, rejuvenecer sus fuerzas, amoldar su espíritu á la época, vivir y latir por los intereses generales del presente, identificarse con la marcha del progreso; ser, finalmente, de hoy, á diferencia de otras aristocracias que se estancaron, vultos sus ojos á lo pasado, apegado su espíritu á las tradiciones.

Imitando al gigante hijo de la tierra que en su lucha con Hércules cobraba nuevos bríos cada vez que tenía contacto con el seno de su madre, el cuerpo aristocrático inglés cobra nueva vida y adquiere savia nueva con la unión incesante de los ídolos del pueblo á quienes con orgullo acoge entre sus filias. El pueblo ve que en ese cuerpo ilustre corre la sangre de sus venas; que el camino está abierto, la senda franca y seguro el premio de sus esfuerzos. Ve que una vez en la altura no se desdennan de mirar abajo, y que cabalmente el título de nobleza les hace estrechar más sus lazos con las clases inferiores, convertirse en sus patronos, emplear su prestigio en su beneficio, servir con dignidad y esplendor los altos puestos del Estado, y ponerse al frente y autorizar con su nombre todas las empresas encaminadas al progreso y al bien común.

Tal es la aristocracia en Inglaterra. Importante elemento del sistema constitucional ó representativo, se la ha visto, sin dejar de llamarse conservadora, iniciar y apoyar todas las reformas liberales exigidas por un prudente criterio; en muchas ocasiones sobrepasar al partido que se enavanece con el título de progresista y en todas pagar el justo tributo que se debe á la opinión pública de la nación legítimamente manifestada. Su esplendor y prestigio lanza sus reflejos sobre el trono que tanto más se sublima cuanto más excelsa es la base en que se apoya y descansa. La adoración y respeto del pueblo inglés hacia su monarca proviene en gran parte de la grandeza y brillo de este sistema sideral en que, cual sol, forma su centro y del cual recibe la luz en rayos que de su base irradian. De aquí también la grande estabilidad de estas monarquías. Los reyes que se apoyan en la democracia no son del gusto del práctico instinto británico. Es base más ancha; pero no por eso más sólida. Es un monarca que busca su apoyo en otro monarca, veleidoso tal vez é inconstante, suspicaz sobre todo é impaciente, que al menor capricho le niega su apoyo y le deja en el aire sobre el gran abismo en que se derrumba, sin poder intermedio que le salve.

El pueblo inglés ama también la aristocracia porque es su maestro y dechado en todos los actos de la vida. Las reglas de cortesía, la norma de las maneras, la forma, tono y carácter de las relaciones sociales son mucho y valen mucho en un pueblo inclinado por naturaleza al aislamiento. De aquí que su buen instinto le lleva á ser el más disciplinable de todos los pueblos, á tomar por norte á sus mayores en posición y talento, á imitar sus actos y seguir en cuanto es posible sus huellas. Esa regularidad de actos, esa gentileza en la etiqueta que á las clases en general distingue, no es más que el resultado de este magisterio de la aristocracia, á quien clase media y aun las trabajadoras, se honran en imi-

tar en sus asociaciones, *meetings*, convites y otros actos propios de la vida de ciudadanía.

La aristocracia inglesa es, en suma, una institución admirable, una rueda importante, un organismo vital, un elemento poderoso que responde dignamente á la misión altísima que política y socialmente le está confiada. Doquier que se ojea la historia, doquier que culmina un grande hecho, resplandece una gloria, se efectúa un progreso, se fomenta, estimula, ampara, protege ó encamina la actividad nacional, allí se ve la mano y el entendimiento de este sabio patriado, más noble por sus acciones que por sus posesiones, más fuerte por sus proezas que por sus riquezas, más excelso que por sus títulos y ejecutorias, por los que cada día se gana el respeto, consideración y amor de sus conciudadanos y las simpatías de las demás naciones del universo.

## WAMBA.

El génio independiente y orgulloso que dominaba á los conquistadores de la Europa del siglo V se revela en todas sus instituciones. Aquellos bárbaros, como por desprecio eran de los romanos llamados, viviendo en hordas diseminadas por las llanuras de la Germania y la Sarmatia, teniendo por ocupación la caza y la guerra, sin otro gobierno que el que la autoridad de algún nombre ilustre podía imponer sobre sus cuellos indomables, rigiéndolos más por sus buenas costumbres que por escritas leyes, sin otra religión que la fuerza, sin otro Dios que la victoria, sin los vicios anejos á una refinada cultura, tan sobrios en la comida como robustos sufridores de toda suerte de trabajos; aquellos pueblos tan sencillos y honrados, como valientes y fieros, que el Norte arrojaba sobre el Mediodía para regenerar con su limpia sangre la sangre podrida que serpeaba por las venas del decadente imperio, aquellos pueblos que venían en el gran concierto universal de la historia á realizar la armonía del elemento social romano con el elemento espiritual del cristianismo y con el elemento individual de la personalidad humana, aquellos pueblos habían de traer en germen el feudalismo, contra el absolutismo monárquico que constituía la esencia de los gobiernos orientales.

Así en vano buscaremos en los revueltos tiempos de las invasiones y en aquellos más tranquilos del establecimiento de las nuevas monarquías, un derecho claro y definido, un poder estable y permanente, una fuerza superior que guíe á la humanidad en aquella segunda vida al cumplimiento de sus altos destinos.

Mirad la monarquía en Francia, unas veces dividida, otras veces en manos del súbdito poderoso que inutiliza á su rey para arrancarle la corona; miradla en Inglaterra, siempre combatida por el oleaje de las invasiones; miradla en Alemania, que hereda la dignidad del antiguo imperio romano, y la vereis en manos de ambiciosos electores que disponen de ella á su antojo no siempre á la mayor salud del pueblo enderezado, miradla sobre todo en España, y la vereis en poder de los grandes, esos pequeños reyes de la Edad Media, y cuando esta monarquía se hace católica, abandonando la profesión de Arrio para fundir á los vencedores y á los nacionales en una misma fe, en un mismo gobierno, en una misma sociedad, al igual de los grandes del reino entran los príncipes de la Iglesia en la elección del monarca, juntándose con la aristocracia guerrera la aristocracia del talento. No faltaron reyes insignes godos que trataran de hacer hereditaria en su familia la autoridad real; mas nunca pudieron alcanzarlo cumplidamente, por que ni los anteriores les ministraban datos en que fundarse, ni el derecho monárquico podía estar bien definido en la tiranía de aquella sociedad, ni el excesivo poder de los grandes hubiese jamás consentido á la ambición ó la tiranía les despojase de la autoridad que su fuerza se abrogaba. La monarquía de los godos fué electiva, por que no pudo ser hereditaria.

La tendencia del padre á dejar á sus hijos el goce de los bienes que posee, tendencia poderosa que obraría en los descendientes de Ataulfo, con la misma fuerza que obra en nuestros días en el ánimo del pobre labrador, satisfecho en legar á sus vástagos el campo con las gotas de su sudor regado, esta tendencia fuerte y poderosa, hallábase combatida por otras más superiores, que lograron el triunfo más completo. En España todas las pretensiones podían tener es-

peranza, hasta las más criminales. Pocos eran los reyes que dejaban las riendas del gobierno abrumados por la edad ó por las fatigas de los públicos negocios: los más caían del trono, ya asesinados por la espada de un ambicioso que se coronaba rey sobre el tronco inanimado de su predecesor, ya despues de apurar el veneno escondido en doradas copas, ya viendo como una atrevida tijera les cortaba sus largos cabellos, inutilizándolos para ostentar la corona. ¡Como si la larga cabellera, fuese más precisa al gobierno de la nación, que una larga y provechosa experiencia!

Estos serán los eternos borrones de la monarquía electiva. La corona, que tal vez parece carga irresistible al que la lleva, preséntase á los ojos de los que la miran con brillo tan deslumbrante, que no necesitan gran parte de ambición para desear ceñirla á sus frentes.

Además, siendo el monarca electivo, si no en la fortuna, igual en dignidad á los que le elevan, vése por éstos tratado de potencia á potencia, y poco tiene de extraño que se juzguen excederle en los méritos; que si en los hombres más ruines caben los más altos pensamientos, ¿cuánto mayores ser no deben los de aquellos que nacidos grandes por la cuna y por las riquezas, han sabido realzar doblemente su grandeza por las armas? ¿Que tiene de extraño que acaricien en lo profundo de sus ánimos tales esperanzas, y que se arrojen á conseguir las, sin que la perfidia ni la traición les sirvan de obstáculo, antes valiéndose de ellas para alcanzar el fin á que aspiran, máxime sabiendo que una vez alcanzado pueden borrar sus crímenes anteriores? ¿Qué tal es el triste privilegio de la fortuna, hacer olvidar los medios con que se ha logrado, y al reverso la más honrada desgracia no conseguirá jamás una mirada de respeto en el mundo!

No somos partidarios del derecho divino de los reyes, no creemos puedan disponer legítimamente de sus pueblos, como el labrador de sus campos, es más, no podemos ni concebir siquiera, tan cortos son nuestros alcances, cómo existieron tantos pensadores que derecho semejante defendiesen; pero creemos sí, que la monarquía hereditaria es un gran adelanto con respecto á la monarquía electiva, porque viene á derribar por tierra el poder del feudalismo, cien veces más odioso que el poder de un monarca. Pero dejando aparte estas consideraciones que, mal nuestro grado, nos distraen del objeto propuesto, vamos á pintar con sus propios colores uno de los cuadros más hermosos que el reinado de los visigodos en España presenta, el del reinado de Wamba.

Su historia, no es historia; es un poema por lo heroico, una tragedia por lo conmovedor, un libro de filosofía por su moralidad. Entre las cabezas coronadas que se alzan en la historia de España, ninguna puede levantarse con más orgullo.

El ambicioso Chindasvinto había inutilizado con el más ruin de los engaños al joven Tulga para ceñir la corona. Conociendo los muchos enemigos que su elevación había de acarrearle, procuró borrar su torpeza gobernando el reino con tanta moderación en medio de las guerras civiles, y con tanta justicia en la paz, que si su poder fuese tan legítimo como benéfico, no faltaría nada á la gloria de su nombre.

Con el propósito de vincular la corona en su familia, asoció á su hijo Recesvinto al gobierno, y así á su muerte hallóse un heredero conocedor de los públicos negocios, que con la memoria respetada de su padre fué elegido y aclamado rey de los visigodos; mas hizoze la elección á disgusto de no pocos que se rebelaron con fuerzas imponentes contra su legítimo soberano, siendo por él vencidos tan completamente, que la amnistía que siguió á su victoria solo pudo derramar sus beneficios sobre el escaso número que lograron salvarse traspasando el Pirineo.

## II.

Como al poder de la muerte no resiste ni el de los reyes más temidos, que caen bajo su golpe inevitable de igual modo que el último de los vasallos, cayó Recesvinto enfermo de la mortal dolencia, por la amargura que le causaban los ataques de los árabes á sus pueblos de la Mauritania. Quizá sospechó que un día atravesando el Estrecho, lanzaríanse

á la conquista de España; sospecha que los acontecimientos posteriores probaron con la funesta realidad era más fundada de lo que á muchos parecía.

Es lo indudable, que estos últimos sucesos pusieronle al borde del sepulcro donde bajó á esconder eternamente su corona y sus desgracias. Aunque había heredado el trono de su padre, no pudo legar á sus hijos tan preciosa herencia. ¡El cielo se los había negado! Sus parientes no fueron juzgados, por la grandeza y clero reunidos con bastantes dotes de mando; por lo cual éste y aquella, desentendiéndose de los individuos de la real familia, pusieron los ojos en un anciano de gran autoridad, de prestigio mayor, y diestro como el primero en los asuntos militares.

Libre de ambición, y de temores por consiguiente, vivía en una pequeña aldea, retirado de la corte que repugnaba á la modestia de su carácter y la piedad de sus sentimientos, cuando una tarde vése rodeado de los obispos y magnates del reino que venían á ofrecerle la corona. Wamba que conocía las espigas que ocultas lleva, pidió con repetidas súplicas no echasen fardo tan abrumador sobre sus débiles espaldas: representóles su edad, más propiamente para pensar en la eterna que en la gloria del mundo: rogóles que mirasen de entre ellos al más digno, y le hiciesen el presente que de ninguna modo podía él aceptar. Súplicas enteramente vanas que surtieron el efecto contrario, pues las mismas razones que apoyaban su renuncia, apoyaban también á sus electores.

De nuevo volvió á negarse el respetable anciano, y volviera cuantas veces se la ofreciesen, si un capitán animoso poniéndose frente á él con el acero desnudo, no le diera á escoger entre la corona y la muerte, amenazándole con semejantes palabras: «No consentiremos que so color de humildad rehusas la corona. Es pesada, por eso la colocamos sobre tu firme cabeza. Lleva espigas, tú estás acostumbrado al sufrimiento. Ni tu edad es inconveniente, antes con ella suponemos habrás madurado tu juicio, porque nos gobiernes con mayor prudencia. Ahora, si bajo el pretexto de incapacidad, quieres ocultar tu egoísmo, prefiriendo el reposo de los años que te quedan al bien y la tranquilidad de la nación, con este acero, siempre en tu defensa desenvainado, juro atravesarte el corazón, para enseñar á los que vengan á cuánto precio debe pagarse el olvido de la pública por la propia felicidad.»

Atónito quedó Wamba ante la resolución de aquel joven capitán, y revolviendo en su ánimo qué le estaría mejor, si el aceptar la corona ó la muerte, resolvióse por esta última; pero pensando luego que la prosperidad pública exigía sus esfuerzos, tomó el partido de aceptar la primera, no por creerlo el más acertado, sino porque la voz secreta de su conciencia le ordenaba el aceptar aquel sacrificio que le parecía más grande.

Doblegóse, pues, más á las razones que á las amenazas, marchando en compañía de sus electores á la ciudad de Toledo, en la que debía ungirse rey de los godos, si, como él confiaba, en aquel ínterin, los pueblos no mudaban de ánimo, negándose á darle el mando que con tanto empeño le ofrecían, y con tanta repugnancia suya aceptaba. Mas salieronle fallidas tan ilusorias esperanzas. Por todas partes del tránsito recibía vítores y aclamaciones el nuevo soberano; por todas partes se bendecía su nombre, y de todas partes acudían á la capital del reino ávidos de admirar la ceremonia que levantaba sobre el trono al más honrado y al ménos ambicioso de los godos.

## III.

La iglesia de San Pedro y San Pablo estaba llena de inmensa muchedumbre, que, presurosa, había acudido á la coronación del nuevo monarca, á quien contemplaban, frente al altar de aquellos dos apóstoles del cristianismo, oyendo la misa cantada con místico recogimiento, y elevando sus oraciones, envueltas con las oraciones de los fieles, á los sublimes espacios. Todo era unción, armonía religiosa, piedad y mansedumbre. Los unos cantan, los otros rezan, todos sienten.

Hasta las aves, esas dichosas moradoras del cielo, se agrupaban alrededor de las esbeltas torres de la iglesia, mezclando sus gorgeos deliciosos al concurso so-

lemne de las campanas, á los salmos de los sacerdotes, á los coros de los tiernos infantes, esos ángeles de la tierra, y á las notas acordadas del órgano que se extendían por las naves de la catedral, haciéndola estremecerse en sus más profundos cimientos.

Aquellos gritos y cánticos y oraciones, formaban una armonía mágica, embriagadora, inexplicable. Las almas de los fieles, como sujetas por poderosa atracción, se juntan, se confunden en una sola alma inmortal que, sintiéndose comprimida en el augusto recinto, se levanta y se pierde en lo infinito, como la nube de incienso frente al altar del Señor.

En aquel instante hubieran podido desplomarse las columnas del templo, caer en escombros sobre la multitud apiñada, sin escucharse una sola queja: nadie hubiese podido sentir la muerte, por que todos estaban de antemano gozando la inmortalidad.

Solo el espíritu de la religión es capaz de transformar al hombre de tal manera, petrificando, por decirlo así, su barro miserable, y llevando su espíritu á las eternas regiones, antes que el seco brazo de la muerte levante su guadaña, para separar á estos dos compañeros de la vida.

Acabada la misa y el canto, el arzobispo de Toledo se acercó de rigurosa pontifical al monarca, poniéndole, después que hubo jurado guardar las leyes del reino, la corona real sobre su frente.

Entonces la multitud convocada admiró un estupendo prodigio. De la cabeza del rey vió levantarse un vapor luminoso, parecido á los resplandores que iluminaban la frente de Moisés cuando bajó á anunciar el Decálogo á su idólatra pueblo. Aquel vapor luminoso fuese poco á poco extendiendo hasta formar una nube, de cuyo fondo salió una abeja más reluciente que el oro, que perdióse volando hácia el firmamento.

La multitud, que en su admiración no osaba respirar siquiera, como dominada por un mismo resorte, prorrumpe en entusiastas aclamaciones que conmueven las bóvedas del templo, oyéndose largo espacio retumbar en las hondas sonoras, como los ecos de cien despeñados torrentes.

Los nobles, de rodillas ante el rey, prestante homenaje de lealtad y obediencia, y asegurado con la unción sagrada, con el entusiasmo del pueblo y la fidelidad de los señores, juzgóse firme en el trono y dirigióse á la casa real rodeado de brillante séquito, para cumplir la misión altísima á que el cielo le llamaba.

#### IV.

Pronto los gritos de las aclamaciones populares convirtiéronse en gritos de sedición. Pocos reyes han visto siempre guiada por vientos bonancibles la nave del Estado. *Post nubila Febus*, y al reverso después de la calma la tempestad. Los vascones y astúres, ya por los impuestos abrumadores que resistían pagar, ya porque tuviesen en poco al nuevo y anciano rey de los godos, rebeláronse contra su gobierno, al que hubiesen quedado pronto sujetos, si otra alteración más peligrosa en la Gallia no distrajera sus fuerzas militares. Con todas las que pudo reunir, envió al conde Paulo, capitán experimentado, á sosegar esta rebelión, que fué lo mismo que arrojar combustible á la hoguera; pues el conde, así que tuvo bajo su mano respetable ejército, emprendió tratos desleales con los rebeldes, pensando nada menos que arrebatarse la corona á quien tan alta confianza, aunque indignamente, merecía.

Apoderóse de Barcelona y otras plazas importantes, de aquí pasó en alas de su ambición á unirse con los francos, y mal grado del arzobispo de Narbona, penetró en esta plaza, donde estimando sus fuerzas bastantes á desafiar las de su legítimo monarca, manifestó descaradamente el derecho que le asistía para rebelarse contra la elección de Wamba. Un tal Ranosindo, farsante público y amigo privado suyo, dijo en alta voz que era preciso elegir nuevo soberano y que ninguno conocía de más capacidad para sentarse en el trono que el mismo Paulo. Sus parciales, con desaforados gritos, aprobaron la propuesta, y á poco el rebelde conde vió ceñida su frente con aquella corona con que el gran Recaredo quiso premiar los sacrificios de un santo mártir español.

Wamba, apenas llegó á su conoci-

miento el abominable proceder de su general, llama á los grandes á consejo, expónese la situación del reino, y les pide parecer acerca de la determinación más acertada.

Unos, poseídos de indignación, juzgaban peligrosa la más ligera tardanza en el castigo de los culpables; otros, más prudentes, estimaban sobremedera aventurado, lanzarse con las escasas tropas de que disponían á sofocar una sublevación de tales proporciones; en aquellos hablaba la intrepidez, en estos la calma.

Wamba, oídos entrambos pareceres, y estimándolos igualmente, les dijo creía poco decoroso de su magestad el retardar la ejecución del castigo, que la enfermedad del reino era grave y exigía pronto y eficaz remedio, que en la guerra el que se adelanta al enemigo lleva la mejor parte, y que contando con la bravura y fidelidad de sus súbditos, tenía determinado arrancar las raíces de las discordias sembradas en sus reinos, y acompañando de la ejecución sus palabras, marchó con la velocidad del rayo, y cae sobre los vascones y astures á quienes sujeta en breves días, venciendo los nuevamente después de su triunfo con la clemencia no merecida que usó con los vencidos.

Si detenerse, divide su ejército en tres cuerpos, pasa á Cataluña, Barcelona le abre sus puertas, atraviesa deseguida el Pirineo, y acude al reto insolente de Paulo, que embriagado con su efímera elevación, descuidó la defensa de las plazas que estaban bajo su dominio. Hallábase éste en Narbona, á donde Wamba se dirigía; pero apenas supo su llegada, corrió apresuradamente á Nimes, en cuyo punto esperaba franceses y alemanes que le ayudasen á la resistencia contra Wamba, que atacó valerosamente las murallas de aquella rebelada ciudad, entrándola después de lucha tenaz, y cogiendo á los capitanes de los rebeldes que trató con clemencia, matando el furor de la venganza, el deseo de rematar presto la sedición.

Si detenerse á celebrar triunfo tan señalado, voló á Nimes, donde el traidor Paulo le aguardaba dispuesto á resistirle, si no con bravura, con la desesperación que prometía su peligro evidente y la deslealtad de su proceder, imposible de quedar impune.

Atacaron los del rey con decisión, alentados por las anteriores fáciles victorias, más los de adentro se defendían con no menor denuedo. Desde el amanecer hasta la noche duró la pelea, sangrienta, pero indecisa. Por último, los sitiadores se retiraron bien menguados sus filas, y no osaron de nuevo atacar la rebelde ciudad, si Wamba, siempre avisado, no les enviase á tiempo diez mil campeones de refresco, con los que al alba siguiente repitieron el asalto coronado de la más completa victoria. En vano el conde Paulo animaba á los suyos con la palabra y el ejemplo, en vano les certificaba no ser los más los que vencían, sino los más valientes; sus soldados desmayaron al segundo impetuoso ataque, y cuando los franceses vieron sobre los adarves á los soldados reales, recelaron que los españoles de Paulo les habían dado traidora entrada, y revolviéndose contra ellos les acometían por todas partes, viéndose á los miserables huir de las espadas de los de Wamba, y caer atravesados por aquellas que antes se habían desenvainado en su defensa. Todo era sangre, confusión y espanto; si peleaban morían, si intentaban la fuga también.

No pocos tomaron el partido de defenderse con las fuerzas que presta la desesperación, y entre ellos Paulo, que, seguido de algunos valientes, se encerró en el teatro de la ciudad, que valía por un castillo, resuelto á defenderse hasta el último trance, si la fortaleza del lugar no le ofrecía el rendimiento con honrosas condiciones. Mas pronto vino á desalojarle de aquel fortísimo baluarte el rey en su persona, que coronó su triunfo haciendo deponer á Paulo las insignias reales, en el mismo día precisamente que él fuera coronado en la Iglesia de Toledo.

Prendido el usurpador con sus principales satélites, presentóse ante el rey tan humilde y avergonzado, como antes altanero, y postrándose en tierra y con lágrimas en los ojos, invocó, no inútilmente, su clemencia; porque Wamba temió que si le castigaba, fresca la sangre de la batalla, aquel castigo parece-

ría más venganza que merecida pena, y dióle gracia hasta tanto que un tribunal le sentenciase según la gravedad de su culpa y el rigor saludable de las leyes; con cuya conducta acreditó doblemente su valor, que más se necesita para dominar los naturales impetus de la cólera, que para vencer al enemigo más poderoso.

A los tres días del triunfo, mandó se viese la causa de los conjurados.

El rey hallábase en su trono; á sus lados los más ilustres capitanes del ejército; á su frente Paulo con el prelado Gumildo, Vitimiro y otros jefes postrados miserablemente en el suelo, y aguardando que su humillación atenuase la pena que sus deslealtades merecían.

Puso sus reales plantas sobre los cuellos de los culpables, y en alta y poderosa voz les preguntó si tenían contra él queja alguna, para apartarse de su obediencia:—Solo mercedes hemos recibido de tí—contestaron con la doble vergüenza del crimen y de la ingratitude. Entonces leyeron las leyes de los Concilios á estos delitos referentes, y quejó contra ellos fulminada sentencia de muerte afrentosa. El rey, en cuyo ánimo pesaba más la humanidad que la justicia, contentóse con que les cortasen la cabellera, degradándoles por esta ceremonia de su antigua nobleza, y después mandó á su ejército volver á España entrando en Toledo triunfante á los seis meses de su elevación. Llevaba entre los prisioneros á Paulo, ceñido con una corona de cuero, por escarnio, y por todas las calles del tránsito oyó lleno de satisfacción vitores y aclamaciones más entusiastas que las que oyera el día que entró á coronarse en la iglesia catedral de Toledo.

Si hábil en los negocios de la guerra, si piadoso en la victoria, no era menos excelente en los negocios de la paz. Castigadas las facciones que por varios puntos despedazaban el reino, decidióse con la mayor actividad á borrar las huellas desastrosas de las pasadas luchas, haciendo florecer y hermosear sus Estados con los beneficios de la tranquilidad que siguió á los arriba mencionados acontecimientos. La ciudad de Toledo le debe una gran fortificación, dentro de la cual quedaron encerrados sus arrabales; la Iglesia le debe la celebración de los Concilios oncenos de Toledo y tercero de los Bracarenenses, el ejército le debe su disciplina, y todos apreciaron los resultados de su prudente gobierno; en tanto que la guerra con su séquito de horrores no se atrevía á pisar los hermosos campos del suelo español.

La larga felicidad suele ser principio de venideras desgracias. Ni en el hombre ni en el Estado son eternas la ventura ni el infortunio; antes este sigue á aquella incansablemente, como un eslabón á otro, en la cadena de la vida de los individuos y de las sociedades.

En la Arabia feliz, un genio pensador y resuelto habíase anunciado como el verdadero Profeta de la divinidad, predicando una nueva religión á los orientales.

Bien pronto las inmensas regiones asiáticas, las fecundas del Egipto, las abrasadas del Africa, obedecen sus leyes y creen sus revelaciones. Este profeta, ¿quién no le conoce? Mahoma, que pretendía dominar el universo, con la doctrina y con la espada. Sus sectarios, dueños del Africa, amenazaban en aquella sazón derribar la monarquía de los godos, para lanzarse después á la conquista de la Europa. Armada una flota de ciento setenta velas talaron las costas de España, bien que no desembarcaron en su suelo. Wamba equipó al instante otra armada numerosa, comprendiendo, lo que hoy todavía no queremos entender, que una nación rodeada de los mares, debe tener fuerzas marítimas respetables para la seguridad de sus litorales; y poniéndose al frente la dirigió contra los sarracenos con tal pericia y valor, que los atrevidos piratas quedaron sepultados en las olas del Mediterráneo.

Si los monarcas degenerados que á Wamba siguieron hubiesen imitado esta conducta, si hubiesen comprendido la importancia de esta derrota naval, no tendríamos, tal vez, que llorar la catástrofe del Guadalete, ni hubiéramos tenido que emplear siete siglos de heroicos sacrificios para reconquistar la patria del poder de los musulmanes. Mas no todos los reyes son Wamba, y la monarquía que cuenta nombres como este tan ilus-

tres, registra nombres tan odiosos como los de Vitiza y Don Rodrigo.

Acercábase el fin de sus trabajos, y el principio de su gloria. Si extraña había sido su elevación, no lo fué menos su descendimiento del trono. Vivía en su corte, ejerciendo el cargo de conde de palacio, un ambicioso, sucesor de Recesvinto, por nombre Ervigio, á quien parecían siglos las horas que pasaban sin alcanzar el trono.

Viendo, pues, que se alargaban los días del que tan dignamente lo ocupaba, resolvió deshacerse de él, con una traza parecida á la que costó la corona al joven Tulga.

Por disposición de este Ervigio, que le sucedió en el gobierno, borrando su prudencia el modo criminal con que la había alcanzado, diéronle á beber una agua ponzoñosa que le dejó sin sentido, cortáronle los cabellos y vistiéronle túnica de monge, como si su ancianidad no mostrase que valía más para regir una nación poderosa que para habitar una estrecha celda.

Vuelto en sí de su fatal letargo, vió que lo acaecido no tenía remedio, y estando, al parecer, moribundo, nombró sucesor al que le despojaba de su magestad, y firmó su renuncia con temblorosa mano. Al otro día mejoró completamente su salud, vióse de súbito transformado en monge, descubrió los artificios de aquel á quien había levantado, miró su larga cabellera cortada, á Ervigio ya coronado, y despreciando el honor que se le arrebatara, retiróse al monasterio de Pampliega, donde pasó sus últimos días.

De labrador vióse transformado en monarca poderoso; de monarca en monge. Benigno como el primero, elevado como el segundo, piadoso como el último, Wamba sera eternamente uno de los reyes más grandes que registra la historia de nuestra patria.

GERMAN SALINAS.

#### FANY

LA MUJER EN DEMANDA DE SUS DERECHOS.

(Cuento político-social-americano.)

(Conclusion.)

La educación del ciudadano americano se manifiesta en el empeño que toma en los debates del Congreso, y el ardiente interés personal con que procura profundizar las cuestiones políticas. Cuando el ánimo, fuertemente conmovido por la importante cuestión que se debate, se eleva con esfuerzo gigantesco; cuando la gran crisis de alguna convulsión nacional está cercana; entonces es, cuando la gran exaltación política levanta al pueblo adelantándose á los tiempos, y eleva á una nación entera á un programa más alto de inteligencia y moralidad. Las grandes cuestiones políticas hacen vibrar la fibra más profunda de una mitad de la nación; pero pasan muy por encima de sobre la cabeza de la otra mitad, y con todo, los teoristas, al mismo tiempo se maravillan de que los primeros tengan su naturaleza desarrollada por completo, y las otras se mantengan estacionarias. Ahora bien, esta educación vasta, universal, práctica, siempre manifiesta, esta que pedimos para la mujer, y nunca hasta que se le hayais concedido podreis decidir cuál será su capacidad. ¿Negar á la mujer aptitud para los negocios de Estado? ¿Cómo á las hermanas de Isabel de Inglaterra, de Isabel de España, de María Teresa de Austria, y aun añadiré también de Isabel Heyrick, quien, cuando la inteligencia de toda Inglaterra andaba perpleja y vacilante en el desierto de una falsa filosofía, cuando Brugham y Romilly, Clarkson y Wilberforce y todos los demás talentos grandes y filantrópicos de aquella nación estaban dudosos sin poder resolver la cuestión de las Antillas y de la esclavitud de los negros—escribió con su inteligencia de mujer cañera, propia de un hombre de Estado, este sencillo, pero poderoso hecizo: EMANCIPACION INMEDIATA SIN CONDICIONES, que resolvió el problema y dió libertad á una raza entera. ¡Qué noble conducta la de aquellos hombres! Con un ardor que hace honor á su civismo y prueba que reconocieron una voz inspirada al oírlo, se sentaron á los pies de aquella mujer de Estado y siete años bajo su instrucción contribuyeron más á resolver el problema social, más importante que ha conmovido la Inglaterra, que un siglo entero de esfuerzos más ó menos grandes anteriormente. ¡Oh! ¿no podeis leer la historia á menos que no la leais al revés, sin admitir que la mujer aun sujeta, encadenada, excluida, degradada, coma ha estado todavía algunas veces, con un rayo de su gemir instintivo, ha hecho más para resolver las grandes cuestiones, que todo el farrago de la inteligencia del otro sexo.

»Por tanto, fundado en la justicia natural, en la más alta conveniencia y en el derecho que tiene la mujer á todos los medios de educación, como ser inmortal é intelectual, pedimos para ella los derechos civiles y los privilegios de que goza el hombre.

»No me extenderé ahora sobre otro aspecto de la cuestión; el valor del cambio que medita-

mos, bajo el punto de vista filosófico. Nuestras delicadas ideas han hecho de la mujer una planta de invernadero, hasta tal punto, que la mitad de ellas son inválidas. Mejor sería que nuestras mujeres como las muchachas alemanas e italianas, trabajasen en los caminos públicos y tomaran parte en las faenas de las cosechas, que no verse espuestas á desfallecer y enfermarse dentro de casa, en la sedentaria rutina á que nuestra superstición las condena; pero dejó á otros la consideración de este triste punto.

«Una palabra más. Hemos oído hoy un discurso muy profundo y elocuente, sobre las medidas más convenientes que debiera tomar la mujer respecto á la inadecuada remuneración que recibe su sexo. La mujer en el servicio doméstico obtiene solo un tercio próximamente de lo que se paga á un hombre por servicios semejantes ó muchos más ligeros, y con las que trabajan fuera de su casa sucede casi lo mismo. Los mejores empleos mujeres están sujetos á un descuento de cuarenta ó cincuenta por ciento, respecto del salario pagado á los varones. Sería útil aun cuando fuera justo, censurar por esto á los individuos; todos hemos sufrido largo tiempo el peso de una común preocupación y de la misma ignorancia. El remedio no está en exigir que el fabricante pague más al obrero, ni que el amo pague más á sus criados. La culpa no es del capitalista. Declamamos contra el rico propietario, pero la culpa no es exclusivamente suya; lo es también de la sociedad misma. La culpa la tiene ese ínfimo conservantismo que se opone con cara de pedernal á todo lo nuevo; esa prensa servil, que tan bien sabe, por esperanza propia, cuán fácil es manejar á los tonos y cobardes con el ridículo. La culpa la tienen esas necias, que presentan constantemente á sus hermanas la idea de lo que es *proprio de una señora*, como una cabeza de Gorgona, para retraerlas de ganarse el pan, siendo ellas mismas en su necesidad, la mejor respuesta á la débil preocupación que toman por argumento. La culpa la tiene ese púlpito que declara indecoroso en la mujer el trabajo de la mujer, excepto en ciertas ocupaciones, y por tanto la masa entera de obreras acude solo á dos ó tres profesiones, remachando así las unas las cadenas de las otras. ¿Me preguntáis la razón de los mezquinos salarios que se pagan por el trabajo de la mujer? Hsta aquí: hay casi tantas mujeres como hombres obligadas á buscar el pan con su trabajo; el hombre busca empleo en todas partes y de todo género, y nadie se lo impide; si no puede ganarse la vida en un oficio, toma otro, y cuando es tal la concurrencia que bajan los salarios, los obreros abandonan aquel empleo, y los salarios vuelven á subir.

No así la mujer; la gran masa de su sexo tiene que ceñirse á dos ó tres ocupaciones, siendo la concurrencia, que para cada una de estas haya más mujeres de las que puedan emplearse y así se matan unas á otras por competencia. Supongamos que haya en una ciudad costura para 1.000 obreras. Si los sastres no pudieran encontrar más que quinientas, se verían obligados á pagarles lo que ellas pidieran. Pero vendamos á lo más frecuente; que haya 5.000 mujeres para aquella obra, incapacitadas para cualquier otra ocupación y condenadas á morir de hambre si no obtienen una parte de ella; á los ojos salta que estando de sobra su trabajo, debe remunerarse pobremente. No pueden, como el hombre, decir: «dame tanto ó busco otro oficio.» Tienen que aceptar lo que se les ofrece, y con frecuencia pedir menos que sus hermanas, con el fin de asegurar su parte. Todo artículo se vende barato cuando se halla con exceso en el mercado; y el trabajo de la mujer se encuentra en este caso. Todas las profesiones de la mujer están atestadas de concurrentes por que solo tiene dos ó tres á su elección; pero abrida paso á otras ocupaciones, abrida el estudio del artista, permitida, al menos, la práctica de bufete del abogado; dadla lugar para empezar en todos los trabajos de la sociedad que se practican dentro de casa y dejadla que los monopolice. Sacad de las numerosas y hambrientas filas de costureras de New-York algunas para las artes del dibujo, para el mostrador, para las bibliotecas y archivos públicos, para llevar las cuentas de los comerciantes y para tomar el pulso y la consecuencia será que, como los demás trabajadores independientes, como sus hermanos varones podrán poner condiciones y se les pagará su trabajo equitativamente. La competencia en un campo demasiado estrecho ya, es lo que tiene hambrientas á las mujeres en nuestras ciudades, y la superstición y las preocupaciones hacen todavía más estrecho ese campo.

«La mujer, por la competencia de sus hermanas, es arrastrada casi á punto de perecer. Cargada de impuestos, mal pagada, en la degradación y en la miseria, ¿debe admirarnos que ceda á las tentaciones de la riqueza? Lo mismo acontece con los hombres, y así engrosamos las filas del vicio por medio de las preocupaciones de las costumbres y de la sociedad. Corrompemos la fábrica social para que la mujer tenga que limitarse á dos ó tres ocupaciones. ¿Cuánto nos hace sufrir la tiranía de las preocupaciones! Cuando arrepentidos y de buen grado demos á la energía, á la inteligencia y determinación de la mujer su debida recompensa y su natural empleo, la cuestión de salarios se arreglará por sí sola, y nunca hasta entonces quedará resuelta.

«Esta cuestión está íntimamente ligada con el gran problema social de los vicios de las ciudades. ¿Vosotros los que bajáis la cabeza con terror y vergüenza al ver los progresos de la demoralización en la vida civilizada de nuestros días, y os apartáis con horrorizados semblantes; tornad ahora la vista hacia esas preocupaciones

sociales que os han hecho cerrar á la mujer el camino á los trabajos lucrativos, y considerad de nuevo las conclusiones á que habéis llegado. Mirad hacia atrás, os digo, y ved si estais seguro de llevar la razón en esto. Venid acá, y discutamos la cuestión; decid si esta delicadeza artificial, esta preocupación pueril, en cuyo altar de Moloc sacrificais la virtud de tantas, merecen la exaltada adoración que les tributais. Reflexionad un momento: ¿de dónde salen las mujeres que llenan las filas del libertinaje? A guisa son precipitadas á la ruina por un mero vértigo. Su protección se hallaría en el carácter y buen sentido común, que un interés mayor en la vida práctica, crearia generalmente en ellas. El deseo de placeres sensuales, desarrollado con exceso por la falta del ejercicio de otros poderes dormidos en ellas, hacen naufragar á otras infelices; el remedio para estas sería darlas ocupación, despertar su inteligencia, excitar su actividad. Dad á cualquiera un interés ardiente en la vida, algo en que ocuparse, algo que incite su emulación, y pronto vereis la sensualidad dominada como es debido. Las cabezas ociosas son las que sufren la tentación del mal, y debe llamarse enfáticamente ociosa aquella cuya naturaleza tan solo se ocupa á medias. ¿Cómo es que el hombre con más frecuencia que la mujer, después de haberse entregado por algún tiempo á los placeres sensuales, logra dominarse y entregarse á una vida mejor? No es únicamente porque el juicio del mundo sea más severo con ella, sino porque el hombre puede entregarse á negocios que conmuevan vivamente todas sus facultades y acallar así sus pasiones con honrosos cuidados, mientras que una mujer vulgar una vez caída no encuentra vida activa y ocupada donde refugiarse, en donde la inteligencia lucha para dominar la pasión, y en donde la virtud está sostenida por altos y activos pensamientos; por tanto, cuando vuelve la pasión y la encuentra desocupada, trae consigo mayores males que antes. Pero indudablemente la gran tentación á este vicio es la afición á los trajes y á las riquezas y al lujo que estas proporcionan. Los hechos dominarán las teorías. Reconozcámoslo ó no, existen muchas mujeres que ganan dos ó tres pesos por semana, y que se consideran tan capaces como sus hermanos los hombres, de ganar mucho más si les permitiera emplearse con la libertad que á ellos. Sufriendo al ver que les están vedadas las codiciadas recompensas de la vida, se ven tentadas á cerrar los ojos respecto á los medios por los cuales puedan probar al hombre un campo franco para su industria, nuevecientos noventa y nueve, de cada mil, desdenarán degradarse por adquirir vestidos ó comodidades.

«Este gran problema social; destruir ó disminuir el vicio en las ciudades, no tiene otra solución que la que este movimiento os ofrece; esto es dejar que la mujer escoja por sí misma su propio empleo, siendo como nosotros responsable al Criador Universal, y no á sus semejantes del otro sexo.

Os exhorto, pues, á que mireis esta cuestión bajo el punto de vista en que he tratado de presentársela. Este movimiento no es de puro capricho, ni superficial, ni basado en gustos particulares, ni en blanda compasión por relaciones de sufrimiento individual, sino una gran protesta social contra el mismo edificio de la sociedad. Es una cuestión que socavará—lo concedemos, y estamos prontos á arrostrar las consecuencias—que socavará el altar en que adorais, que socavará el sistema social en que vivís. Y es verdad—no hay que negarlo—que si tenemos razón, las doctrinas que se predicán en los púlpitos de Nueva Inglaterra son falsas; es verdad que toda esa afectada repugnancia á que la mujer se desvíe de su esfera, es un error, y un error cargado de graves consecuencias. Entendámonos. No queremos eludir las consecuencias lógicas; arrojamos el guante. Hemos hecho la cuenta, y conocemos la carga y el yugo que nos echamos encima. Sabemos también las burlas, las malas interpretaciones y representaciones falsas que nos esperan. Lo hemos pesado todo; y no es más que un peso en la balanza y poivo impalpable en la medida, comparado con el inestimable beneficio de hacer justicia á una mitad de la especie humana, de sanar esta herida que de otra manera sería incurable, haciendo cesar esta abundante fuente de corrupción, en el mismo origen de la vida civilizada. En verdad, esta es la gran cuestión del siglo; ante ella todas las demás palidecen, y necesita muy poca ayuda de la legislación. Por otra parte, objeciones especiosas no son argumentos. Sabemos que tenemos razón, y solo pedimos oportunidad para discutir la cuestión, para presentarla de lleno ante el pueblo, y entonces dejarla á la inteligencia y al corazón de nuestro país, confiando en que, las instituciones que nos rigen y la educación que otras reformas han dado ya á los dos sexos, han creado hombres y mujeres capaces de resolver problemas aun más difíciles y de adaptarse á cambios todavía más radicales.»

Aquí un fuerte y nutrido aplauso saludó al pastor, como prueba del asentimiento de los circunstantes.

Los sajones no son tan ardorosos como los meridionales; aplauden y censuran con frialdad, pero con conciencia, y por eso apenas creyó la reunión á tiempo debido haber pagado el merecido tributo á la obra, cesó el motivo que los distrajera, después de dos horas largas de profunda atención á tan beneficiosa lectura.

Las felicitaciones al autor del discurso no se confundieron con el actor, y así un *hurral* dado á Wendell Phillips, ausente, enorgulleción al pastor Harvey, que consideraba su amor propio halagado en relación del éxito obtenido por el

mérito intrínseco del talento que representó dando vida á la palabra escrita del conciudadano que los honraba.

Fany gozaba con el placer intelectual de la mujer que no busca para el hombre que ama lo *remarcable*, sino que ve algo más sustancial en el fondo.

Disolvíase en grupos la mayoría de la reunión, yendo unos á comer ó beber, y los otros á pisar el verde césped que pronto las heladas habían de matar para renacer despues, cuando nuestros amigos Fany, la Philips, Harvey y dos señoras más, ricas propietarias del Estado, y casada una con un abogado de importancia política, se dirigieron á un bosquecillo de moras con objeto de firmar el pacto acordado por la directiva que componían.

«¿Qué resolvemos, en fin? dijo M. Philips con su aire de autoridad grave y persuasiva.

«Fandar la asociación, para lo cual cada uno pondrá de su parte lo que buenamente pueda. El talento, sus dotes, y nosotras los medios. Contad con cinco mil duros (dollars) desde ahora, y no reparéis que algo más se hará, pues los ricos debemos pagar por los pobres, ya que en beneficio de la mitad del género humano es la tarea que nos imponemos, seguros de su triunfo en día no lejano.

Quien así hablaba era la Sra. Burton, cuyo espuso manejaba un capital de tres millones de pesos, y tenía en New-Jersey una fábrica en que se ocupaban ochocientos operarios de ambos sexos, siendo, por lo general, señoras y aciaños, pues no es común que los hombres espeditos para fuertes trabajos estorben á seres más débiles que con ellos pueden beneficiarse.

«Muy bien, exclamaron todos.

«Aceptado, dijo luego Harvey.

Y se acordó que se pudiesen los fondos á disposición de la persona más acomodada como de mayor responsabilidad.

Así quedó formada la asociación de propaganda para trabajar en favor de la emancipación de la mujer.

Volvamos á Brooklyn despues del instructivo y agradable paseo por el Hudson.

## IV

Una escuela primaria de las que costea el gobierno en los Estados-Unidos, es digna, como apuntamos al principio, de la consideración y estudio del hombre pensador.

Fany, profesora de ese plantel, no era todavía más que la tercera ayudante, pues para alcanzar el rango de superiora ó presidenta, no tenía la suficiente edad.

De paso haremos algunas observaciones acerca de la vida y costumbres de nuestra heroína. Así comenzaremos por poner al lector en conocimiento de las circunstancias especiales de su pobre modo de vivir.

Apénas el día alumbraba, ya Fany estaba lista de las tareas higiénicas del tocado y vestido sencillos con que la mujer del Norte se adorna respetuosamente.

Esa costumbre puramente yankee que tan bien concuerda con el *comfort* que se observa en la vida doméstica, y que obedece á la necesidad contraindicada por el hábito; debe tenerse muy en cuenta por el lector. Situadas las habitaciones de una manera tan apropiada y conveniente, en que por pequeño que sea el apartamento que ocupe la familia ménos acomodada se encuentran perfectamente distribuidos, y la distancia conveniente, dormitorio, gabinete de recepción (*parlor*), sala de comer, cuarto de baño y letrina inodora de sistema hidráulico, aparte del salón principal reservado para el día de visitas, se comprenderá la verdad descriptiva del cuadro que nos proponemos trazar.

La primera operación al salir de la cama en todos tiempos, es ir al baño, y concluidas las funciones corporales que metódicamente requiere una buena higiene, se procede al vestido y en seguida al desayuno, que es la principal de las necesidades para el yankee, que come buena carne para poder leer buenos libros y tener el espíritu en condiciones de actividad. Esto se llama *break fast*, operación importante sin la cual el americano no puede hallarse en condiciones de hacer buenos (*business*), negocios. Y á tal grado llega la fijez de tan conveniente costumbre, que toca á veces en la exageración. Cuando algun viajero meridional permanece en la mesa del almuerzo, que allí se practica de prisa para ganar tiempo, es común en las patronas ó dueñas de fonda en que se come á la redonda, tomarse la libertad de decir al huésped que si no tiene negocios que hacer.

Muchos de nuestros paseantes por la Puerta del Sol dudarán de lo que decimos; pero tomándose el trabajo de trasladarse al lugar de la escena, estamos seguros que en el *Boarding House* habrán de sufrir la ruda interpelación que no oirán jamás al dejar el lecho á las cinco de la tarde en una de nuestras casas de huéspedes.

Así, pues, nuestra amiga Fany, tan luego como habia concluido su desayuno, reposaba los minutos que le quedaban disponibles leyendo los periódicos del día. En seguida comenzaba sus tareas de enseñanza, para lo cual eran fijadas las horas de nueve á doce del día para las clases explicativas que reciben los alumnos. Durante el descanso que media entre esa hora y las tres, en que comienzan de nuevo las clases hasta las seis de la tarde, dedicábase á sus estudios científicos, y la noche, despues de comer, era la que le quedaba libre para el cultivo de los ramos de adorno con que complementaba su educación.

Los americanos, mujeres ú hombres, son las personas más decididas por la lectura y la me-

ditación antes que la discusión, que es lo que mata á las razas meridionales, que disputan por lo general sobre temas que ignoran ó no entienden.

Como allí cada ciudadano está obligado á profesar una religión, cualquiera que sea, porque la tolerancia de todas hace que el espíritu de asociación arraigado en el país se fortifique cada vez más, el día de fiesta es consagrado exclusivamente al culto, y tan estrictamente observado, que se nota la diferencia de los católicos, únicos capaces de producir á veces escándalo con sus músicas y paseos, siguiendo la moda perenne de la Iglesia al café, lugar vedado bajo pena prohibitiva al que contravenga la ley, por no ser lícito la venta de licores en esos días.

Transportáremos al lector á la habitación de Fany una noche en que conversaba alegremente con la expansión propia de esa gente verdaderamente libre hasta de muchos errores, y en la que, según costumbre, recibía al pastor Harvey, su amigo y su amante.

«En verdad, la decía este, miss Philips tiene razón, la carrera de la mujer en la vida la corona el matrimonio; pero no esa unión todavía no depurada de los tiempos bárbaros de la gloria romana, en que el *pater-familias* se crea con el derecho de vida y muerte sobre la mujer que no pudiera ya relegar al *gineceum* sino el contrato basado en un amor convencional, á la altura de las aspiraciones de ambos contrayentes para complementarse en el orden moral como en el físico, siempre bajo la razón social de Fulano de tal y compañía; porque esa institución divinizada es hija imperiosa de la necesidad de familia, siempre en comandita con cierta solidaridad en los actos mutuos de que cada cual es responsable.

«De ahí nuestra buena administración, amigo Harvey, nosotras somos en el hogar el ministro de Hacienda, que amontona ingresos para calcular económicamente los gastos.

«Mucho me place oiros tan fundamentales razones.

«Gracias, pero mis buenos deseos, aunque parezcan exajerados, un día tendrán su triunfo: la mujer se redimirá á costa de tantos siglos de condenación desde el primer paso del Edén.

«Nosotros nos comprendemos, y por tanto nos amamos; por lo cual pareceme prudente el tratar de unirnos. ¿Vd. me entiende?

Y Fany, bajando la cabeza, sonrojada, pero para levantarla con mayor alíve, contestó á su interlocutor estas palabras:

«Esa idea acaricio, pero antes debemos pensar en la época de mejores condiciones para realizar proyectos de tanta trascendencia.

«Convenido, contestó M. Harvey.

Y saludando afectuosamente en son de despedida á la jóven Fany, marchóse dejándola entregada á sus gratas distracciones.

Pronto resonaron las teclas del piano, y si Bellini hubiera podido oír la fiel interpretación que la jóven daba con mano maestra á una de las escenas más bellas de la *Sonambula*, cuando Elvino coloca el anillo nupcial en el dedo de su amada, diciendo con su igual ternura:—«Prendi l'anell ti donno.»—Nada más bello que el sentimiento que embargaba el alma de Fany, dejándose correr sus delicadas manos, en cuyas pulsaciones el artista hubiera creído encontrar una paleta veneciana.

Así pasaba las horas nuestra amiga cuando no las invertiera en la meditación sobre algun pasaje clásico de la historia.

Penetrar en el alma de aquella mujer singular, y leer lo que de seguro pasaba en su fondo, sería desde luego el más bello de los triunfos para el filósofo que trata de profundizar los inconcebibles pliegues del corazón humano.

Fany abrigaba una doble ambición: satisfacer el hambre de su inteligencia ávida cada vez más de saber, y lograr la realización de los deseos de la mujer en el orden sensible; ser esposa y madre.

¿Cómo realizarlo? Hé aquí el todo de la cuestión.

Harvey el tipo del hombre moral, dotado de inteligencia y con un fondo de bondad extraordinaria, era para ella el ideal complementario y su existencia. Profundamente versado en lenguas antiguas y modernas, lo mismo que en ciencias físicas y morales, era el encanto de cuantos le conocían, y su elocuencia era reconocida por todos lo mismo en la cátedra evangélica, que en la del profesor. Sabía ponerse al alcance de todas las inteligencias, y lo mismo el niño que el hombre de edad madura, comprendía cuanto expresaba su palabra fácil y convencedora, siendo por lo tanto respetado por todas las clases del pueblo, á quien llamaba el *porvenir latente* del progreso humano.

Y el buen pastor comprendía también la necesidad de amar. Sentía como hombre de conciencia moral y recto juicio, la misión del sacerdote sobre la tierra, ese tipo acabado que se encuentra en las riberas del Hudson, el maestro de escuela á la vez sacerdote de su parroquia, padre de familia y buen ciudadano.

Así, que el hombre pensador que ha observado la base solidísima en que descansa la república de la union Americana, comprende que no es otra cosa que el resultado de las fuerzas aunadas de cada uno, formando un todo homogéneo. Y es matemático. La suma es de la misma especie que los sumandos; y donde cada hombre se consagra á buscar el medio de propender á su mejor conservación física y elevación moral, aprovechando para sí la mayor cantidad de bien posible, la sociedad tiene que ser por fuerza indestructible, por que las pequeñas alteraciones que en ella se sucedan, no han de influir para nada en el desmembramiento que

precede á la enervación. Allí la tolerancia se comprende como base de la libertad. Cada cual puede profesar las ideas que mejor le acomoden, pero nadie las manifiesta sino cuando concurren al bien común, y por loco sería considerado quien pretendiese implantar un sistema contrario á su manera de ser. Bien puede cualquiera en virtud de su derecho como hombre libre predicar en la plaza pública el ateísmo ó la monarquía absoluta: el pueblo acudirá ordenado y respetuoso á oír tales conceptos; y con la misma frialdad que acudió se retirará tolerante lamentando el extravío y dirá: «locuras»—(full).

Siempre recordaremos con gusto la conversación que tuvimos con un eminente como humilde hermano de la Compañía de Jesús, cuyo saber y experiencia eran dignos de fijar la atención del hombre pensador. Vino el conocimiento durante el viaje hecho por ferro-carril desde Boston á Nueva-York, y hablando acerca de los grandes adelantos materiales del país,—decía con la convicción del hombre experimentado:—el pueblo que todo se lo debe así mismo, que ejerce la caridad hasta para con el criminal que relega á una penitenciaría para moralizarse, que educa al niño, que propende á garantizar la libertad de la mujer, que da trabajo al que lo necesita, y para todos tiene abiertas sus puertas, es un gigante digno de tener por pabellón el cielo estrellado.

## V.

Permítanos el lector, si en gracia del asunto que tratamos y para mejor inteligencia, lo trasladamos á la populosa ciudad de Nueva-York, primer puerto comercial de América.

Situada la isla entre la confluencia de los dos ríos Hudson y Harlem que desembocan en el Atlántico, es por su posición importante bajo todos conceptos. Poblada inmensamente el bullicio que la actividad sajona produce en sus calles es digno de atención. *Broadway*, la gran arteria que divide la ciudad es el continuo cruce por donde circula la infatigable actividad de una población que se mueve siempre en busca del negocio y en que nadie deja para el siguiente día lo que puede realizar en el presente. *El-go a head*—(adelante) es la palabra de orden de aquella gente que practica como proclama que el tiempo es dinero—(Time is money)—La parte baja de la ciudad es la esfera del comercio y la industria, y la parte alta es donde viven las personas acomodadas. Aunque la distancia es muy larga, como se recorre en *omnibus* (diligencias), ferro-carriles urbanos, que parten desde la *batería* que es el extremo bajo de la ciudad, y en que nace *Broadway*, bifurcándose por las calles traviesas y para convergir hacia el centro de donde salen, es sumamente cómodo dada la baratez del pasaje. Las avenidas (*avenue*) paralelas á *Broadway* son otras tantas vías de amplia comunicación sobresaliendo entre ellas por la magnificencia de la arquitectura empleada en sus edificios la universalmente celebrada *quinta avenida*.

De todo esto venimos á parar en que la señora Burton vivía en su cómodo hotel situado en la quinta avenida.

Celebrábase allí una de esas reuniones familiares con motivo de la costumbre de recibir á los amigos un día dado de la semana, y con mayor razón estaba más concurrida la noche á que nos referimos por tratarse en ella de la «Asociación emancipadora de la mujer» de que hicimos mención anteriormente.

Después de haberse hablado, cantado y tocado, como es costumbre, pasaron los convidados á tomar el té, y momentos después se encontraban en el gabinete de lectura Fany, las señoras Burton y Philips y el pastor Harvey, que leyó varios pasajes de *París en América*, obra en que su autor el inteligente é imparcial M. Laboulaye pone de manifiesto los adelantos y civilización del pueblo americano.

No hay que decir que fuera aplaudido, por más que fuese en su obsequio, pues que no exagera el insigne escritor al hacer justicia al país de Franklin y Fulton.

—¡Muy bien! dijo al concluir miss Burton; aunque siempre me sorprende que la sociedad europea nos favorezca cada vez que por casualidad se ocupen de asuntos nuestros.

Momentos después la amable reunión se dispersaba satisfecha del buen rato, durante el cual solo el tenue ruido de las piezas de ajedrez, que dos caballeros jugaban en un ángulo de la sala, interrumpiera el silencio que reinó por más de una hora.

Aquella noche la Sra. Philips había oído de la boca de miss Burton estas palabras:

—Fany y Harvey deben ser felices. A nosotros toca ayudarlos á completar su dicha.

Las buenas amigas trabajaban por el matrimonio de ambos amantes.

## VI.

Habían pasado ya los bellos días del estío, y el invierno asomaba su blanca cabeza coronada de nieblas y yelos.

La gentil Nueva-York aparecía como el negativo de una fotografía, bajo la nieve, la noche que Fany leía frente á la chimenea de su estancia la siguiente carta:

«Fany querida: esta será la primera vez que hablaremos de amor, como la última que es de nuestra vida de amantes.

El tiempo con su vuelo ha acercado los límites de esa aspiración que, retardada, distraída con los encantos de la ilusión los deseos de dos personas que se penetran, porque se quieren y han de unirse hasta la muerte.

Las circunstancias han variado; ya puede realizarse tan hermoso sueño; al primer mandato de la mujer que adoro quedará hecho lo que tanto

se ha deseado y puede decirse que no pende más que de una palabra.

Una vida de paz, amor y abnegación es lo que, á mi entender, cabe en la unión de dos seres que, á la inteligencia, reunen la bondad y deseo de buscar el bien para poder comunicárselo á los demás.

Llamados por nuestra profesión á practicar la caridad, dando luz al ignorante para que gane el pan y no pida de limosna, tenemos severos deberes que cumplir, cosa que no debo recomendar á quien es conocedora exacta de los derechos de los demás.

Un sitio ameno y retirado en las montañas de Vermont, donde el espíritu halle expansión y la calma atempera los sentidos, es el lugar destinado á ser el teatro de la actividad que poseemos y allí dedicados á la noble tarea de la enseñanza, pensaremos por muchos que no piensan, trabajaremos por el porvenir del pueblo que bien lo merece, puesto que lo trabaja.

Ratos de solaz dedicados al cultivo de la madre tierra, fuente de riqueza, de donde al menos podamos sacar flores para embellecer la tumba de los muertos.

Cumpliendo con la ley natural, cuidar de los hijos, si los tenemos, y en el amor de Dios criarlos para que la patria pueda contar con sus servicios.

Y si tales votos que juraremos sobre el Evangelio se cumplen será el más feliz de los mortales

Vuestro prometido

W. Harvey.»

El júbilo se retrató en el semblante de la virtuosa joven que pronto había de vestir el velo de la desposada.

Sus amigas Burton y Philips habían cumplido su promesa.

En *Cooper Institut* habían acordado un día que allí se celebrara un *meeting* con motivo de una colecta para obras de beneficencia, reunir cierta cantidad con que fundar un colegio para niñas huérfanas, el que debía ser dirigido por Fany tan pronto como tomase estado.

Todo estaba ya listo, cuando por esa época se disponía á hacer los preparativos de la boda y al efecto debían los novios el mismo día del matrimonio ir á pasar á Filadelfia la luna de miel.

Por entonces estaban en competencia dos líneas férreas que cobraban á cual más barato por la conducción de viajeros.

Esta es una de las fases más notables de ese gran pueblo americano.

Taladrar montañas para plantear ferro-carriles no es nada comparado con fabricar puentes de alambre sobre los ríos á inmensas alturas.

La obra del *Nisgara* es una de las maravillas del arte en el país de los portentos.

El *yankee* viaja lo más cómodo y barato, y por eso se ven allí más de cuatro catástrofes algunas veces.

Pero como el progreso mira bajo la moralidad social la imperdurabilidad humana, no se aterra y dice con mayor fuerza ante el peligro: *Go á head!*

## VII.

Un triste incidente vino á estorbar la realización del enlace de los novios.

Hubo por entonces un incendio en New-Bronswick, y un hermano de la señora Philips, que era *bombero*, pereció en la demanda.

¡Sabeis lo que es un fuego en los Estados Unidos de América?

Apenas se oye la señal de alarma, corren los ciudadanos presurosos al lugar del siniestro; éste va en busca de su traje, uniforme particular de fieltro á propósito para el caso; aquel como se encuentra no desdeña conducir la *bomba*, y todos ayudan á la obra de salvación humana y utilitaria.

Tan bien manejados los aparatos que al caso sirven, el *bombero* (*fireman*), corta el incendio de tal manera, que la casa vecina no padece en lo más mínimo. Al través de las llamas se ve relucir el casco del obrero que salva la niña ó el anciano sobre sus hombros, y tal vez encuentra la muerte en un descenso peligroso por conservar la vida al prójimo amenazado.

Todo al vapor en ese país de la electricidad, puede llevarse á cabo la cosa con una celeridad admirable. Es necesario verlo para creerlo. Parecen los *ciclopes* de un infierno en que se revuelven las furias del progreso.

Pues bien, en uno de esos accidentes peligrosos pereció James, que por salvar una familia fué aplastado por un techo que se desplomó. Sus parientes, como era natural, guardaron el luto correspondiente, hicieron las exequias de orden sus hermanos los masones, y á causa de tan lamentable desgracia se aplazó el matrimonio de Fany, como ya hemos apuntado anteriormente.

En el cementerio de *Greenwood* se procedió á la elevación de un mausoleo en memoria del honrado bombero.

*Greenwood* es superior al *Per Lachaise* de París. En extensión, la magnificencia de los monumentos fúnebres allí alzados, la ordenada disposición de sus calles que se recorren en carruajes, y lo quebrado del terreno que sustenta tristes sauces y sombríos cipreses junto á copiosas fuentes que parecen verter llanto á raudales, hacen del conjunto, armonizado por los contrastes del mármol y el granito de sus obeliscos, coronados de fúnebres coronas, la obra más bellamente melancólica en que, si bien la muerte deja ver su desnudez, se reconoce la fuerza renovadora que todo lo transforma en el mundo de la materia.

Allí estaba Fany la mañana que los amigos

del finado fueron á tributar la triste ofrenda al ciudadano que había pasado á mejor vida.

—¡Qué fascinadora melancólica dijo la joven al contemplar el sepulcro de Carlota Candy.

—Aquí tiene el hombre su escabel para otra vida superior, dijo Harvey.

Y después de vagar por las sepulturas de los pobres, que guarnecen tristes siempre vivas en el cercado de madera sembrado de césped en que descansan sus cenizas, y que es lo ménos que el miserable puede alcanzar, se dirigieron á la ciudad por *Fulton Ferry*, con objeto de acabar los preparativos de la boda que ocho días después debía celebrarse para bienaventuranza de la joven Fany.

## VIII.

Habíanse celebrado los esponsales del pastor y su amada—cuando la señora Philips se hallaba en su casa de *Brooklyn*—una mañana á la mesa tomando el *lunch* (especie de merienda entre almuerzo y comida).

Mary, la criada de confianza, le entregó el número del día del *New-York Herald*.

Después de haberlo hojeado dejó caer el papel sobre la mesa y prorumpió en lágrimas exclamando:

—¡Oh! ¡desgracia inaudita!...

Minutos de congoja sufrió, y levantándose atribulada se encontró con la señora de Burton, que la recibió en sus brazos.

Las dos lloraron.

—¿Pero ha visto Vd.?

Se dijeron ambas mirándose con extrañeza.

—Leamos, dijo la Burton.

Y tomando el *Herald* comenzó el siguiente relato:

«El tren de pasajeros del Norte, á las tres horas de camino, sufrió un retraso y de allí que al apurar la locomotora hubiese un choque, reventando la máquina, y pereciendo en el descarrilamiento cuarenta personas, y más de la mitad mal heridos. Entre los últimos se cuenta el pastor Harvey, que tiene una pierna rota y un brazo contuso, y entre los muertos la señora Fany, su esposa, atravesada por una de las asulias de las paredes del carro que se despedazó entre el puente y un *wagon* del otro tren.»

—¡Qué desdicha, amiga mía! agregó la Philips.

—Morir á tan temprana edad la bella Fany, antes de libar la copa del placer nupcial! dijo M. Burton, es horrible, y vería padecer su amante es tormento mayor.

En efecto, casados ya, salieron ambos novios en dirección al lugar que escogieron para su residencia, y la muerte alevosa se atravesó á su paso después de tantos esfuerzos y halagadoras esperanzas.

El presentimiento secreto de *Greenwood* se realizó para Fany.

Algunos días más tarde, el cadáver de la gran mujer que tanto venía trabajando por la emancipación de sus compañeras de sexo, yacía en el suelo que tantas veces había pisado al orar por los que hoy le acompañan por toda una eternidad!

El buen pastor quedó inutilizado después de dolorosa y difícil convalecencia acompañado y servido por las amigas de Fany que á su memoria tributaron los mayores obsequios al desgraciado esposo.

¡Adios flor bella, nacida para morir trouchada en medio de la vida, cuando se abrían tus perfumados pétalos al aura de la primavera!

¡Morir al pisar el umbral del templo, que á su vez le condujera al capitolio, proclamando los derechos de la mujer, en cuya defensa empleabas los mejores y virginales años de tu existencia!

¡Pero tu inmortalidad está allí! Otras hay que te secundan y el hecho de redención para una mitad del linaje humano será una verdad, conquista de la civilización y el progreso.

ALGUNAS PALABRAS MAS.

Si comparamos el estado de adelanto de la república de los Estados Unidos con el resto de la América notaremos la inmensa diferencia que hay entre la civilización *latina* y la *sajona*, hijas cada cual del modo de ser y educación de la sociedad.

La raza septentrional, fría, reflexiva, dotada de actividad, calculadora, severa como libre, y eminentemente práctica, es fiel guardadora de la ley, y amiga del trabajo por lo que ha llevado hasta la exajeración su *puritanismo*.

Comparémos los Estados de la Unión con la misma Inglaterra, y se verá cuánto sobrepuja su valer y adelanto en todos los ramos.

Las que fueron, y aun son colonias, de Méjico abajo, los males que todavía purgan, dependen de la constitución, hija de los horrores de conquista, de la explotación colonial, del cancer de esclavitud, y las influencias climatológicas que encienden el espíritu por un momento para dormir enervado por los goces bajo un sol que quema, y donde la primavera constante tiene en continuo vaiven la naturaleza.

No es en la república de la unión americana, cuyos Estados, regidos por leyes especiales, según las exigencias de cada uno autonómicamente, donde se ve el repugnante espectáculo de la miseria mendicante que enjendra la vagancia, ni la criminalidad envilecida por una absurda legislación penal, que en vez de rehabilitar al desgraciado delincuente, lo sume en el cenagoso caos del crimen, hasta sepultarlo en la eterna condenación.

Garantida allí la libertad de conciencia, y por ende la de cultos, en virtud de la más amplia libertad civil, toleráanse todas las religiones, por-

que el Estado comprende que no debe imponer ninguna, y el pensamiento libre se manifiesta espontánea y benéficamente, escolitando los mejores medios que pueren en juego para bien de la comunidad.

Ese magnífico y sorprendente desarrollo de los intereses materiales que políticos míopes y filósofos de escaso valer creen perjudicial por la parte de utilidad que encierran los delirios optimistas de un progreso indefinido, no son más que la manifestación sensible de otros más altos y profundos, los únicos al cabo que han preocupado siempre sobre la tierra á los hombres de buena voluntad.

Allí robó Franklin al rayo la electricidad, Fulton aplicó el uso del vapor á la locomoción, John-Brown con su muerte redimió al esclavo que santificó Lincoln con su sangre; la guerra de más gigantescas proporciones que registra la historia, puso á prueba la ciencia en materia de inventos; vino la paz sin represálias, y con ella la reconstrucción del país que paga honradamente la inmensa deuda que contrajera, bastándose asimismo, y brindando protección á los oprimidos de todo el mundo con el escudo de libertad y trabajo, que simboliza el águila solitaria de las rocas de *PLIMOUTH*.

J. M. PRELLEZO.

## LAS ESPONJAS.

La pesca de las esponjas se hace principalmente en el mar del Archipiélago y en las costas de Siria; empieza en Mayo y Junio y acaba en Agosto para los griegos, que se sirven de la draga; pero los sirios la continúan hasta Setiembre, sumergiéndose los pescadores y cogiéndolas con la mano.

Las esponjas de inferior calidad se encuentran en las aguas bajas, mientras que las buenas solo se hallan á gran profundidad.

Para las primeras se hace uso de un tridente, con el que se las arranca; pero con gran deterioro; por lo que, para las esponjas finas, hábiles buzos descienden al fondo del mar, donde con un cuchillo las desprenden con mucha precaución.

También se pescan esponjas en el golfo de Méjico; pero son generalmente muy poco estimadas.

El producto de esta pesca no puede entregarse al comercio sin someterle primero á ciertas preparaciones para despojarlas de la materia animal que encierra; y su calidad se determina según la finura de las fibras de su red córnea y de la estrechez de sus mallas. De esta última clasificación resultan tres distintas y principales cualidades que las distinguen: 1.ª en *finas blancas*, destinadas al tocador; 2.ª *finas duras*, todavía de pequeña granulación, pero amarillentas, llamadas *chimosas*, y 3.ª en *gruesas comunes* llamadas también *venecianas*, para limpiar los pisos, las cuerdas y otros usos domésticos.

No concluiremos esta sucinta reseña sin añadir algunas palabras sobre un hecho importantísimo bajo el doble punto de vista científico é industrial, que, en el porvenir podría ser para Europa manantial de un producto tan importante como lucrativo, y cuyo monopolio han tenido siempre los orientales. (1)

Nos referimos á la aclimatación de ciertas esponjas en las costas del Mediodía de la Península y de nuestras posesiones de Africa.

El enorme consumo que se hace de estos zoófitos, unido á la poca inteligente dirección de su pesca, empobrece poco á poco los bancos submarinos é indudablemente no está lejano el día en que su reproducción no llegará á reemplazar esta destrucción periódica y creciente.

Convendría prevenir con urgencia un resultado tan sensible, ensayando la naturalización de esos espongiarios en las costas referidas; y como la experiencia ha demostrado, que la esponja cuanto más avanzada al Norte, tiene más fino y espeso el tejido, podría esperarse fundadamente una mejora notable en la calidad de los productos. Como el precio de la esponja de tocador llega y aun excede de 400 rs. por kilogramo, se comprende perfectamente cual sería el producto de uno de estos campos submarinos donde se hiciera una explotación regular; sobre todo, si se tiene en cuenta que bastarían tres años para ponerlos en plena producción.

La única dificultad consistiría en la trasplatación de las esponjas de Siria á nuestras costas ó á las de Africa.

Dos medios igualmente practicables se presentan: el primero el de arrancar con ayuda de un iciteño, los grupos de roca en los que se adhieren las esponjas, y después de colocarlos cuidadosamente en cajones agujereados, remolcarlos hasta el sitio previamente elegido.

Es más que probable que en el año siguiente estos zoófitos se multiplicaran en su nueva patria.

En cuanto al segundo medio, consistiría en recoger sencillamente los gérmenes que se desprenden del animal y trasportar los fondos de roca que les estarían reservados.

Si se ocupasen formalmente de esta cuestión, la dificultad sería sin duda alguna, vencida rápidamente.

(1) Francia paga un impuesto anual de 7 á 8 millones de francos por un producto que podría fácilmente ser francés; y aunque en España sea ménos el consumo, siempre representa una suma importante.

Madrid: 1873.—Imprenta de LA AMÉRICA, á cargo de José Cayetano Conde-Floridablanca, 3.

# SECCION DE ANUNCIOS.

## Vin de Bugeaud

TONI-NUTRITIF

au Quinquina et au Cacao combinés

43, rue Réaumur  
27 et 29, rue Palestro

Chez J. LEBEAULT, pharmacien, à Paris

43, rue Réaumur  
27 et 29, rue Palestro

Los facultativos lo recomiendan con éxito en las enfermedades que dependen de la *pobresa de la sangre*, en las *nevrocias* de todas clases, las *fleres blancas*, la *diarrea cronica*, *perdidas seminales involuntarias*, las *hemorragias pasivas*, las *escrúfulas*, las *afecciones escorbúticas*, el *periodo adinamico de las calenturas tifoidales*, etc. Finalmente conviene de un modo muy particularmente especial á los convalecientes, á los niños débiles, á las mugeres delicadas, et á las personas de edad debilitadas por los años y los padecimientos. La *Union medical*, la *Gaceta de los Hospitales*, la *Abeja medica*, las Sociedades de medicina, han copetado la superioridad del presente remedio sobre los demas tónicos.

Depositos en La Habana: SARRA y C<sup>o</sup>; — En Buenos-Ayres: A. DEMARCHI y HERMANOS, y en las principales farmacias de las Americas.

## Los MALES DE ESTOMAGO, GASTRITIS, GASTRALGIA y las IRRITACIONES de los INTESTINOS

Son curados **RACAHOUT DE LOS ARABES** de DELANGRENIER, rue Richelieu, 26, en Paris. — Este agradable alimento, que está aprobado por la Academia imperial de Medicina de Francia y por todos los Médicos mas ilustres de Paris, forma un almuerzo tan digestivo como reparador. — Fortifica el estómago y los intestinos, y por sus propiedades analépticas, preserva de las *fiebres amarilla y tifóidea* y de las enfermedades epidémicas. — *Desconfiese de las Falsificaciones.* — Depósito en las principales Farmacias de las Américas.

**INOFENSIVOS** de esquisito perfume y de **INSTANTANEAMENTE** al cabello y a su color primitivo, por una simple aplicacion, **grasan ni lavan**, sin manchar la cara, y sin causar **medades de ojos ni Jaquecas.**

**TEINTURES DU DOCTEUR GALLMANN**  
QUIMICO, FARMACEUTICO DE 1<sup>a</sup> CLASSE, LAUREADO DE LOS HOSPITALES DE PARIS  
12, rue de l'Echiquier, Paris.

Desde el descubrimiento de estos *Tintes perfectos*, se abandonan esos tintes debiles llamados *AGUAS*, que exigen operaciones repetidas y que mojan demasiado la cabeza. — Oscuro, castaño, castaño claro, s frs. — Negro rubio, 40 frs. — Dr. GALLMANN, 12, rue de l'Echiquier, PARIS. — LA HABANA, SARRA y C<sup>o</sup>.

## IRRIGADOR

Invencion del Doctor ÉGUISIER.



Los irrigadores que llevan la estam-pilla DRAPIER & FILS, son los únicos que nada dejan que desear.

Estos instrumentos reconocidos como superiores y de perfeccion acabada, ninguna relacion tienen con los numerosas imitaciones espareidas en el comercio.

Precio: 14 á 32 fr. segun el tamaño

DRAPIER & FILS, 41, rue de Rivoli, y 7, boulevard Sébastopol, en Paris.

## BRAGUERO CON MODERADO

Nueva Invencion, con privilegio s. g. d. g.

PARA EL TRATAMIENTO Y LA CURACION DE LAS HERNIAS.

Estos nuevos Aparatos, de superioridad incontestable, reunen todas las perfecciones del **ARTE HERNIARIO**; ofrecen una fuerza que uno mismo modera á su gusto. Todas las pelotillas son en el interior de cauchú maleable; no tienen accion ninguna irritante y no perforan el anillo.

Se encuentran en nuestros almacenes toda especie de Bragueros y Suspensorios.

Medalla á la Sociedad de las Ciencias industriales de Paris.

**NO MAS CANAS MELANOGENA**  
TINTURA SOBRE ALIENIE de DICQUEMARE alió DE RUAN

Para teñir en un minuto, en todos los matices, los cabellos y la barba, sin peligro para la piel y sin ningun olor.

Esta tintura es superior á todas las usadas hasta el dia de hoy.

Fábricas en Ruan, rue Saint-Nicolas, 39.  
Depósito en casa de los principales perfumadores y perfumadores del mundo.  
Casa en Paris, rue St-Honoré, 207.

## VERDADERO LE ROY

EN LIQUIDO ó PILDORAS

Del Doctor SIGNORET, único Sucesor, 51, rue de Seine, PARIS

Los médicos mas célebres reconocen hoy dia la superioridad de los evacuativos sobre todos los demas medios que se han empleado para la

### CURACION DE LAS ENFERMEDADES

ocasionadas por la alteracion de los humores. Los evacuativos de **LE ROY** son los mas infalibles y mas eficaces: curan con toda seguridad sin producir jamas malas consecuencias. Se toman con la mayor facilidad, dosados generalmente para los adultos á una ó dos cucharadas ó á 2 ó 4 Pildoras durante cuatro ó cinco dias seguidos. Nuestros frascos van acompañados siempre de una instruccion indicando el tratamiento que debe seguirse. Recomendamos leerla con toda atencion y que se exija el verdadero Le Roy. En los tapones de los frascos hay el sello imperial de Francia y la firma.

PHARMACIE GOTTI  
PURGATIF LE ROY  
SELON L'ORDONNANCE  
DU DOCTEUR SIGNORET

Des Individus recommandant nos  
titions sophistiquées, on est

Avis Es  
SECON

Rue 7

Signoret  
DOCTEUR-MÉDECIN  
ET PHARMACIEN

## ROB BOYVEAU LAFFECTEUR

AUTORIZADO EN FRANCIA, EN AUSTRIA, EN BELGICA Y EN RUSSIA.

Los médicos de los hospitales recomiendan el **ROB VEGETAL BOYVEAU LAFFECTEUR**, aprobado por la Real Sociedad de Medicina, y garantizado con la firma del doctor Girardeau de Saint-Gervais, médico de la Facultad de Paris. Este remedio, de muy buen gusto y muy fácil de tomar, con el mayor sigilo, se emplea en la marina real hace mas de sesenta años, y cura en poco tiempo, con pocos gastos y sin temor de recaidas, todas las enfermedades sílilíticas nuevas, inveteradas ó rebeldes al mercurio y otros remedios, así como los empujes y las enfermedades cutáneas. El Rob sirve para curar: Hérpes, abscesos, goma, marasma, catarros de la vejiga, paliós, tumores blancos, asmas nerviosos, úlceras, sarna dejenada, reumatismo, hipocondrias, hidropesia, mal de piedra, sífilis, gastro-enteritis, escrúfulas, escorbuto. Depósito, noticias y prospectos, gratis en casa de los principales boticarios.

Depósito general en la casa del Doctor Girardeau de Saint-Gervais, 12, calle Richer, PARIS. — Depósito en todas las boticas. — Desconfiese de la falsificacion, y exijase la firma que viste la tapa, y lleva la firma Girardeau de Saint-Gervais.

## PEPSINE BOUDAULT



EXPOSICION UNIVERSAL DE 1867

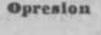
la medalla unica para la pepsina para ha sido otorgada

A NUESTRA PEPSINA BOUDAULT

la sola aconsejada por el Dr CORVISART médico del Emperador Napoleon III

y la sola empleada en los HOSPITALES DE PARIS, con éxito infalible

en Elixir, Vino, Jarabe BOUDAULT y polvos (Frascos de una onza), en las



Gastritis Gastralgias Agruras Nauseas Eructos Opcion Plitulas Gases Jaqueca Diarreas

y los vomitos de las mugeres embarazadas

PARIS, EN CASA DE HOTTOT, Succ<sup>r</sup>, 24 RUE DES LOMBARDS.

DESCONFIESE DE LAS FALSIFICACIONES DE LA VERDADERA PEPSINA BOUDAULT

NICASIO EZQUERRA.

ESTABLECIDO CON LIBRERÍA MERCERÍA Y ÚTILES DE ESCRITORIO

en Valparaiso, Santiago y Copiapó, los tres puntos mas importantes de la república de Chile.

admite toda clase de consignaciones, bien sea en los ramos arriba indicados ó en cualquiera otro que se le confie bajo condiciones equitativas para el remite.

Nota. La correspondencia debe dirigirse á Nicasio Ezquerra, Valparaiso (Chile.)

## JARABE DE LABELONYE

Farmacéutico de 1<sup>a</sup> clase de la Facultad de Paris.

Este Jarabe este empleado, hace mas de 30 años, por los mas célebres médicos de todos los paises, para curar las enfermedades del corazon y las diversas hidropesias. Tambien se emplea con feliz éxito para la curacion de las palpitaciones y opresiones nerviosas, del asma, de los catarros crónicos, bronquitis, tos convulsiva, espustos de sangre, extincion de voz, etc.

Deposito general en casa de LABELONYE y C<sup>o</sup>, calle d'Aboukir, 99, plaza del Caire.

Depósitos: en Habana, Lertverend; Reyes; Fernandez y C<sup>o</sup>; Sara y C<sup>o</sup>; — en Mejico, E. van Wingaert y C<sup>o</sup>; Santa Maria Da; — en Panama, Kratochwill; — en Caracas, Sturup y C<sup>o</sup>; Braun y C<sup>o</sup>; — en Cartagena, J. Velaz; — en Montevideo, Ventura Garacochea; Lascarez; — en Buenos-Ayres, Demarchi hermanos; — en Santiago y Valparaiso, Mongiardini; — en Callao, Botica central; — en Lima, Dupeyron y C<sup>o</sup>; — en Guayaquil, Gault; Calve y C<sup>o</sup>; y en las principales farmacias de la America y de las Filipinas.

## GRAGEAS DE GÉLIS Y CONTÉ

Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris.

Resulta de dos informes dirigidos á dicha Academia el año 1840, y hace poco tiempo, que las Grageas de Gélis y Conté, son el mas grato y mejor ferruginoso para la curacion de la clorosis (colores palidos); las pérdidas blancas; las debilidades de temperamento, en ambos sexos; para facilitar la menstruacion, sobre todo á las jóvenes, etc.



PILDORAS DEHAUT —Esta nueva combinación, fundada sobre principios no conocidos por los médicos antiguos...

problema del medicamento purgante.—Al revers de otros purgativos, este no obra bien sino cuando se toma con muy buenos alimentos...

PASTA Y JARABE DE NAFÉ DE DELANGRENIER

Los únicos pectorales aprobados por los profesores de la Facultad de Medicina de Francia y por 50 médicos de los Hospitales de París...

RACAHOUT DE LOS ARABES de DELANGRENIER

Único alimento aprobado por la Academia de Medicina de Francia. Restablece a las personas débiles del Estómago ó de los Intestinos...

Cada frasco y caja lleva, sobre la etiqueta, el nombre y rubrica de DELANGRENIER, y las señas de su casa, calle de Richelieu, 26, en París.

EXPRESO ISLA DE CUBA.

EL MAS ANTIGUO EN ESTA CAPITAL. Remite a la Península por los vapores-correos toda clase de efectos y se hace cargo de agenciar en la corte cualquier comision que se le confie.

EL UNIVERSAL.

PRECIOS DE SUSCRICION.

Madrid, un mes. . . . . 8 reales. Provincias, un trimestre, directamente. . . . . 30 » Por comisionado . . . . . 32 » Ultramar y extranjero. . . . . 70 y 80

EL TARTUFO, COMEDIA EN TRES ACTOS.

Se vende en Madrid, en la librería de Cuesta, calle de Carretas, núm. 9.

CATECISMO DE LA RELIGION NATURAL,

D. JUAN ALONSO Y EGUILAZ,

REDACTOR DE «EL UNIVERSAL.»

Este folleto encierra en una forma clara, metódica y compendiosa, el resumen sustancial de los principios de la religion natural, es decir de la religion que a todos los hombres ilustrados y de sano criterio dicta su simple buen sentido.



VAPORES-CORREOS DE A. LOPEZ Y COMPAÑIA.

LINEA TRASATLANTICA.

Para Puerto-Rico y la Habana, salen de Cádiz los dias 15 y 30 de cada mes. Prestan este servicio vapores de 3.000 á 3.500 toneladas de desplazamiento.

LINEA DEL MEDITERRANEO

EN COMBINACION CON LA TRASATLANTICA.

Salidas de Barcelona para Valencia, Alicante, Málaga y Cádiz los dias 7 y 22 de cada mes. Regreso de Cádiz los dias 1.º y 16. Para pasajes, fletes y otros informes dirigirse á

D. JULIAN MORENO, ALCALA .28.

TENEDURIA DE LIBROS.

FOR D. EMILIO GALLUR.

Nueva edicion refundida con notables aumentos en la teoria y en la práctica.

Obra recomendada por la Sociedad Económica de Amigos del pais de Alicante, y de grande aceptación por el comercio en España y América. Un tomo de 300 páginas próximamente, en 4.º prolongado, que se vende á 20 reales en las principales librerías, y haciendo el pedido al autor en Alicante.

CORS CALLOS

Juanetes, Callosidades, Ojos de Pollo, Uneros, etc., en 30 minutos se desembaraza uno de ellos con las LIMAS AMERICANAS de P. Mourthé, con privilegio s. g. d. g., proveedor de los ejércitos, aprobadas por diversas academias y por 15 gobiernos.

JARABE DEPURATIVO

DE CORTIZAS DE NARANJAS AMARILLAS CON IODURO DE POTASIO

El Ioduro de potasio es un verdadero alterante, un depurativo de grande eficacia; asociado al jarabe de cortizas de naranjas amargas se ven recibido por todos los estómagos sea cual fuere la constitucion del enfermo sin perturbar ninguna de las funciones. Su composicion siempre igual permite á los médicos fijar las dosis segun los diversos temperamentos en las afecciones escrofulosas, tuberculosas, cancerosas, sifilíticas secundarias y terciarias, aun reumáticas, para las cuales es el más seguro específico.

En Madrid: Ferrer y C.ª, J. Simas, Sorolla y C.ª, Somolinos, Moreno Miguel.

LA ESPUMADERA DE LOS SIGLOS,

POESIAS POR ROBERTO ROBERT.

UN TOMO, 20 REALES.

Se vende en las librerías de Cuesta, Guifarro, Bailly-Bailliere, Leccardo Lopez, y Gaspar y Roig.

Se vende en las principales librerías y en la administración de la «Galería Popular» calle del Aguardiente, 6, Madrid, á donde pueden dirigirse los pedidos, mandando el importe en letra del Ciro Mútuo ó en sellos de franqueo.

OBROS DE F. M. TUBINO.

Mutillo, su vida y sus obras, 4 pesetas. Pálio de Céspedes, estudio sobre el hemiciclo en España. Premiado con medalla de oro en certamen oficial, 5 pesetas. El Arca y los arcaicos contemporáneos en la Península, 5 pesetas. En prensa: Cervantes y Don Quijote. Estudios críticos. Dirigirse al autor con el importe del pedido, Huertas, 82, Madrid.

CORRESPONSALES DE LA AMÉRICA EN ULTRAMAR Y DEMAS CONDICIONES DE LA SUSCRICION.

Table with columns for different regions: ISLA DE CUBA, FILIPINAS, CENTRO AMÉRICA, BOLIVIA, BRASIL, PARAGUAY, URUGUAY, GUYANA INGLESA, TRINIDAD, ESTADOS-UNIDOS, PERÚ, PLATA, and EXTRANJERO. Each column lists agents and their locations.

CONDICIONES DE LA PUBLICACION.

POLITICA, ADMINISTRACION, COMERCIO, ARTES, CIENCIAS, INDUSTRIA, LITERATURA, etc.—Este periódico, que se publica en Madrid los dias 13 y 28 de cada mes, hace dos numerosas ediciones, una para España, Filipinas y el extranjero, y otra para nuestras Antillas, Santo Domingo, San Thomas, Jamaica y demás posesiones extranjeras, América Central, Méjico, Norte-América y América del Sur. Consta cada número de 16 á 20 páginas. La correspondencia se dirigirá á D. Eduardo Asquerino. Se suscribe en Madrid: Librería de Durán, Carrera de San Gerónimo; Lopez, Carmen; Moya y Plaza, Carretas.—Provincias: en las principales librerías, ó por medio de libranzas de la Tesorería Central, Giro Mútuo, etc., ó sellos de Correos, en carta certificada.—Extranjero: Lisboa, librería de Campos, rua nova de Almada, 68; París, librería Española de M. C. d'Enne Schmit, rue Favart, núm. 2; Londres, Sres. Chidley y Cortazar, 17, Store Street. Para los anuncios extranjeros, reclamos y comunicados, se entenderán exclusivamente en París con los señores Laborde y compañía, rue de Bondy, 42.